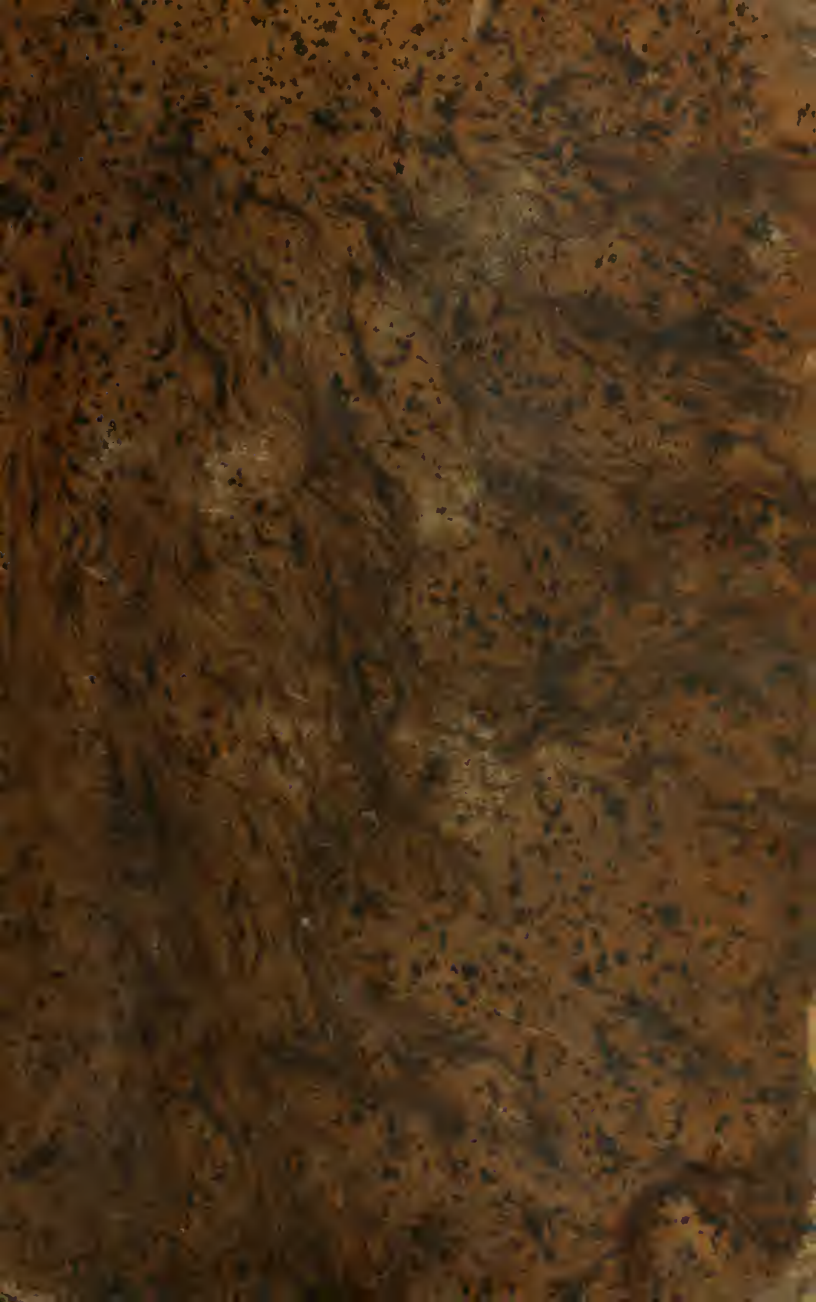
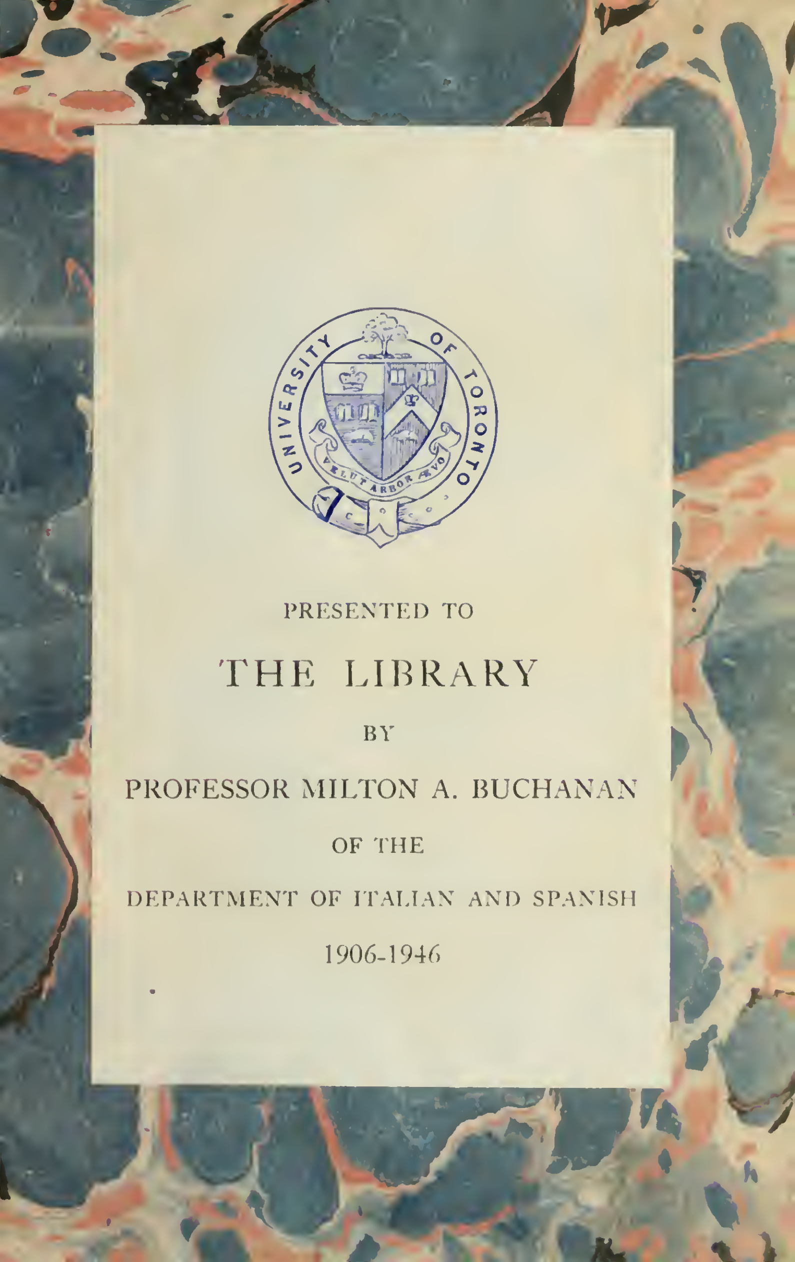




ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

19

De mi dueño soy Favor de

Ayza

NUEVA FLORESTA,

Ó COLECCION DE CHISTES.

NUEVA FLORESTA,

Ó COLECCION

DE CHISTES, AGUDEZAS, PASAGES GRACIOSOS, CHANZAS LIGERAS Y SINGULARES RASGOS HISTÓRICOS, PARA RECREO DEL ESPÍRITU Y ADORNO DEL ENTENDIMIENTO,

SACADOS DE VARIOS AUTORES E IDIOMAS

POR EL TENIENTE-CORONEL DE CABALLERIA

DON BERNARDO MARIA DE CALZADA.



CON LICENCIA:

MADRID: EN LA IMPRENTA DE GONZALEZ.

MDCCXC.

A LOS LECTORES.

Sabida cosa es que la lectura variada y amena gusta regularmente á todos; por lo que fuera ocioso, y aun cansado, detenernos á persuadirlo: la Coleccion que presentamos puede ser capaz de divertir con utilidad del entendimiento: si fuere favorablemente acogida, conseguirémos la mayor recompensa que nos podemos prometer.

COLECCION DE CHISTES, agudezas, pasages graciosos, chanzas ligeras y singulares rasgos históricos, para recreo del espíritu y adorno del entendimiento.

Cierto Marques tenia dos hijas, la una gorda, y la otra flaca: la Marquesa, su muger, le pidió con instancia que escribiese á ambas. Cediendo á su importunidad el Marques, tomó la pluma y escribió á la primera: *hija mia, enflaquécete*; y á la segunda: *hija mia, engorda*; y no escribió mas. Viendo la Marquesa que cerraba tan pronto las cartas, le dixo: *¡Jesus, y qué cortas!* Pero el Marques la respondió: *bastante tienen que hacer con lo que les encargo.*

A un criado muy simple mandó su amo que llevara dos higos hermosos á un amigo suyo, y juntamente una carta. Tentado de la golosina el criado, se comió uno en el camino. El amigo, noticioso por la carta de que los higos eran dos, preguntó al criado por el otro: este respondió que se lo habia comido: pues ¿cómo? le replicó el amigo: y el criado, tomando el higo que quedaba, le dixo: *de esta manera*. Y se lo comió tambien.

Un Juez, que era de genio áspero y violento, mandó á sus lacayos, que no dexaran entrar á nadie. No obstante, un pretendiente tuvo habilidad para introducirse. Encolerizado el Juez lo envió á pasear con mucho descaro. En aquel mismo instante se presentó una dama, y el Juez la dixo: señora, ni siquiera un minuto de audiencia puedo daros, con que mejor será que os volvais. Fuese la dama;

y

y volviéndose el Juez al pretendiente, le añadió: ¿en qué estábamos de nuestra conversacion? *Señor*, respondió el pretendiente, *os han interrumpido en el mejor parage, porque me habiais enviado, no á las minas, ni á un presidio, si no á otra parte que no me acuerdo.* Depuso entonces el Juez su ceño, y le oyó quanto quiso decir.

En una procesion de la Pasion de Christo, que se hacia en cierto lugar, era uno de los primeros papeles el del demonio, porque con sus largas uñas tenia privilegio de tomar lo que se le antojaba. Un particular, que habia practicado quantas diligencias pudo por hacer de tal, y no lo habia logrado, dixo: *este año no he podido ser mas que apostol; pero el que viene espero ser diablo.*

Una porcion de penitentes se convinieron en disciplinarse dentro de una Ermita extramuros del pueblo: quisieron

ron mover á cierto libertino para que fuese tambien de la penitencia: este aceptó la proposicion, siquiera por hacer alguna obra buena; pero como la disciplina lo horrorizaba, no llegó á la Ermita hasta una hora despues de lo convenido. Halló cerrada la puerta, miró por el agujero de la llave; y como viese á todos aquellos devotos manejando con estrépito sus instrumentos penitenciales, les gritó desde afuera: *hermanos mios, yo junto mi intencion con la vuestra, y me uno con vosotros.*

Hojeando uno el Diccionario de la lengua halló que *justo y equitativo* eran sinónomos. Fue á comprar un par de botas, se las probó, y como le viniesen muy apretadas dixo al zapatero: *maestro, estas botas son demasiadamente equitativas.*

Dos Abates estaban hablando de sus amores á la puerta de una casa; y un ciego pordiosero, que los estaba escuchando escondido, salió, y les dixo en tono de limosna: *Reverendos Padres en Christo, asistidme.* Uno de los Abates le preguntó: ¿en qué has conocido que seamos Eclesiásticos? y el ciego respondió: *en los discursos piadosos y edificantes que acabo de oiros.*

Cierto Marques moderno y vanísimo se quedó dormido con la cabeza apoyada sobre una mesa donde estaba jugando con otros. Un Conde mozo y travieso, equivocando al Marques con un qualquiera, le quemó las puntas de los dedos con un naype encendido. Despertó el Marques al dolor, y reconociéndolo el Conde, le dixo: Perdonad, Marques, que os habia tomado por fulano; y el respondió: *quemadme hasta el alma, con tal*

que

que no me equivoqueis con ningun plebeyo sucio.

Un Judio quiso vender á Alfonso, Rey de Aragon, un quadro de San Juan en quinientos ducados, y aquel Monarca le dixo: *me maravillo de lo mucho que superas la avaricia de tus antepasados; pues ellos vendieron por treinta dineros la persona del Maestro, y tú pretendes vender por quinientos ducados la imagen del Discípulo.*

Un fanfarron sacó la espada contra un pobre hombre, á quien habia provocado; y pasando casualmente por allí el Sacristan de una Iglesia, le dixo el guapo: vuélvete á tocar á muerto en la Parroquia. Pues ¿por quién? le preguntó el Sacristan. Por ese hombre, le respondió el valiente, señalando á su contrario. Ese hombre está bueno y sano, replicó el Sacristan. *Es verdad*, repuso el rufian; *pe-*

ro,

ro, hombre, ¿no miras que quiere reñir conmigo?

Otro guapeton sacó su espada contra un hombre, que se puso valerosamente en defensa, y le tiraba con bizarría. Viendo el valenton el cuento mal parado, gritó á su enemigo: rinde la espada. Piensa en defenderte, le replicó el contrario. Y entonces el provocador, dexando de reñir, le dixo: *mira como soy mas generoso que tú, pues te rindo la mia con el mayor gusto.*

Acostumbraba un artesano, quando queria confesarse, dar de palos á su muger: preguntáronle el motivo, y respondió: *como no me suelo acordar de todos mis pecados, por eso apaleo á mi muger; pues ella entonces tiene muchísimo cuidado de recordarmelos todos con la mayor puntualidad.*

Otro

Otro artesano tenia una muger que gritaba y maldecia incesantemente, sin haber medio de apaciguarla: cansado de tanto estrépito, mandó hacer una cuna proporcionada á la estatura de su muger, y la colgó de las vigas en medio de un quarto. Habiendo comunicado su intento á dos amigos suyos, los convidó á comer. Empezó su esposa á vocear, como de costumbre, y viendo que iba degenerando en un alboroto, la hizo agarrar por sus amigos, quienes, á su pesar, la embocaron en la cuna, donde la aseguraron de manera que no podia moverse: luego despues la mecieron con toda su fuerza; y aunque gritó hasta ponerse ronca, los cunadores no cesaron de mecerla: por fin calló. Viendo esto, pararon la cuna: entonces volvió la muger á gritar; pero tambien ellos volvieron á mecerla. Ultimamente vióse precisada á guardar silencio: de allí adelante,

quan-

quantas veces reincidia en gritar, otras tantas llamaba el marido á sus camaradas para exercitar la misma obra, sin dar oidos á su muger, hasta que, finalmente, se corrigió de su humor quejumbroso y reñidor.

Habiendo un marido corrido la posta, pasó la noche con su muger muy sosegadamente; y despues la dixo: *no lo estrañes, porque estoy en extremo cansado.* Aquella mañana misma vió en el corral de su casa á un gallo que estaba muy quieto junto á las gallinas, y dixo á su esposa: *ese gallo no vale nada, es menester matarlo*; pero ella le replicó: *no lo condenes tan ligeramente: ¿quién sabe? por ventura habrá corrido la posta.*

Una novia, que no llegaba á quince años, tenia muchísima vergüenza de entregarse á su marido: su natural pudor no la permitia meterse con él en la cama, don-

donde ya la estaba aguardando: exôrtábanla á ello la madre y la tia, hasta que viendo su resistencia, la llevaron contra su voluntad, y cerraron tras sí la puerta. Prometióla entonces su esposo, que nada la diria; y ella respondió muy mogigata: *pues ¿y qué tengo de hacer aquí? mejor será que me vuelva con mi madre.*

Cierto Rey era muy amante de los astrólogos: llevaba consigo uno, á quien preguntó una vez: ¿*si lloveria*? Respondióle: *que le aseguraba de un bello tiempo.* Pasó á la sazon un rústico montado en su burro, y quiso el Rey preguntarle lo mismo: *Señor*, *dixo el labrador*, *segun tiemblan las orejas de mi asno*, *lloverá muy pronto.* Efectivamente de allí á poco comenzó una abundante lluvia. Sonrojóse el astrólogo, y el Monarca juró que de allí adelante no consultaria otros astrólogos que los burros.

Oyen-

Oyendo Luis XIV, Rey de Francia, cantar por música aquel salmo de David donde hay estas palabras, *sicut nicticorax in domicilio*, preguntó á un Abate de su Corte ¿qué significaba aquella palabra *nicticorax*? Conturbó la pregunta al Abate; pero, queriendo disimular su ignorancia, respondió: Señor, *nicticorax es el nombre de un soldado del Rey David.* De esta manera metamorfoseó á un pájaro nocturno en un soldado.

Un hombre de talento leyó en nuestro idioma un papel eloqüente: habia en él pensamientos grandes, pero envueltos en mucha obscuridad, y así dixo: ¡*qué bueno estaria el papel, si lo traduxesen en castellano*!

Un Abogado ofreció á cierto hombre, acusado de falsario, sacarlo de su apuro tan blanco como la nieve. Lisonjea-

jeado el reo con aquella esperanza, daba al Abogado quanto dinero le pedia. El infeliz, no obstante, fue sentenciado á salir públicamente en camisa; y encontrándose con el Abogado, le dixo: *me habeis engañado con vuestras ofertas. No hay tal*, repuso el Abogado, *porque habeis salido en camisa, y de consiguiente, blanco como la nieve.*

Una joven tenia un hijo, fruto de un amor prohibido: inclinábase el niño á la virtud, y era un modelo de piedad. Fue su madre á confesarse generalmente, y se acusó del comercio ilícito que habia tenido. Preguntóla el padre espiritual: ¿*si se arrepentia de todo corazon*? y ella dixo: ¿*cómo he de poder arrepentirme, si, de resultas, tengo un hijo que es un modelo de virtudes*? *Pues bien*, replicó el Confesor, *arrepentios, hija mia, de no poder arrepentiros.*

A un hombre, que no sabia donde ir á comer de gorra, se le ocurrió, que un conocido suyo casaba una hija, dándola cien mil ducados de dote. Presentóse en su casa á la hora de comer, diciendo: que tenia que comunicarle un negocio que le valdria cinqüenta mil ducados; pero que era menester tomarse algun tiempo. Convidóle á comer el amo de la casa, dexando para despues el asunto. (Eso deseaba el petardista.) Finalizada la comida, dixo el convidado al amo: *pues, Señor, vos casais vuestra hija dándola de dote cien mil ducados: casadla conmigo, que me contentaré con la mitad, y así ganareis cinqüenta mil ducados en un instante.* Parecióle muy mal el proyecto, y lo despidió furibundo.

Lully, famoso músico, estaba á los últimos de su vida; y un caballero, amigo suyo, decia, que todo el reyno debia

sentir la muerte de tan excelente profesor, añadiendo, que ninguno le igualaria en el sentimiento; pero la muger de Lully, que se hallaba presente, dixo al caballero: *en efecto, sois muy amigo de mi esposo, y mas amigo que ninguno, pues de la última borrachera que le habeis proporcionado, se halla á las puertas de la muerte.* Tomó entonces Lully la palabra, y dixo á su muger: *mira, ese caballero mi amigo es el último que me ha emborrachado; pero, si yo escapare de esta, será el primero que me emborrachará.* ¡Bellas disposiciones para morir!

Cierta Señora dixo un dia á Cartesio: *vos sosteneis que las bestias son unas máquinas. Está bien. Pero decidme: si yo junto perros con perras, ¿al fin no resultarán perritos? parece que no hay duda: pues bien: siendo los reloxes máquinas, como los perros, si pongo juntos muchos reloxes, deberán resultar de su ayuntamiento relo-*

xillos. Pero es así que esto es imposible, luego las bestias no son puramente máquinas.

Estando un Embaxador de Siam en Dunquerque, le dixeron, que aquella Ciudad era una de las llaves de la Francia. Quando á la noche le vinieron á tomar la orden, dió por santo estas palabras: *la llave es digna de la cerradura.*

Un pintor habia trabajado un quadro de la Virgen, y puesto á su pie unos versos de composicion propia: pidieron á un discreto su parecer, y dixo: ¡*buenos versos para un pintor, y buen quadro para un poeta*!

Decia un Abate: que le parecia maravilloso que fuera el Elefante el animal mas espiritual de todos, y añadia: *que él hubiera apostado mas bien á que era el suizo de los animales.* Dicho Abate estaba

preocupado contra unas gentes que cuentan en su nacion muchos hombres de mérito.

Decia un mal Predicador á cierto Jesuita, á fines de la Quaresma: *no sé cómo he podido resistir la fatiga de predicar diariamente, y aun antes de ayer duró mi pasion dos horas y media: con todo, me siento bueno: ¿no admirais la robustez mia?* Respondióle el Jesuita: *si Padre*; *pero todavia admiro mas la de vuestros oyentes.*

Hallándose un General herido en la rodilla, le atormentaron los cirujanos con muchas incisiones, que sufrió pacientemente; pero como al fin perdiese la paciencia, les preguntó: *¿por qué lo despedazaban con tal inhumanidad?* Respondiéronle: *que buscaban la bala*; *hablarais para mañana*, replicó el General, *la tengo en la faltriquera.*

Oyen-

Oyendo un Juez citar las Actas de los Apóstoles, preguntó á un Abogado: *¿qué queria decir aquello de actas?* y le respondió: *que eran unas actas formalizadas y celebradas ante los Notarios de Jerusalen.*

Un Caballero rico tenia varios mayordomos: riñeron un dia formalmente dos de ellos; y un militar, que se halló presente en la quimera, les dixo: *¿no podiais comeros en paz á vuestro pobre amo?*

Habiendo salido un dia al campo Inocencio X vió una viña casi asolada por falta de póda: el amo de la viña suplicó á S. S. que la echase su bendicion: echósela en efecto, pero despues le dixo: *no dexes de podar tu viña.*

Hallándose un Monarca muy á los últimos de su vida, oyó que rogaban á Dios por la salud de su cuerpo y de su

alma; y dixo á los suplicantes: *pedis demasiado de una vez; rogad solamente por la salud del cuerpo.*

Un Caballero habia dedicado toda su vida á hacerse util á las personas de mérito; y por esto se dixo de él, quando estaba agonizando: *que habia vivido toda su vida.* En este sentido, muchísimas personas han vivido poco, al cabo de una vida larga.

Cierto palaciego dixo un dia á su Monarca: *Señor, quisiera saber ¿dónde estará ahora el alma de N.?* Preguntóle el Rey *¿que por qué tenia aquella curiosidad?* y le respondió: *Señor, él y yo jamas hemos tenido otra divinidad que V. M.* Pero con semejante respuesta hizo muy mal la corte á su Monarca, que era religiosísimo.

Lle-

Llegó á Roma un Embaxador, y el Papa, que no queria recibirle, dexó de dar audiencias públicas. Fixóse un pasquin, en que se preguntaba: *¿por qué el Papa no hacia alguna accion pública?* y la respuesta era: *por que el Papa está* incognito *en Roma.*

Haciase una disertacion, delante de la Reyna de Suecia, sobre la edad del mundo y sobre su fin. Pidiéronla su dictamen, y dixo: *me parece que sucede con el mundo lo mismo que con las mugeres: yo le juzgo mil años mas viejo de lo que se cree.*

Estando enfermo un Duque, enviaron á llamar á un médico; pero como este Señor fuese herege en medicina: dixo á un criado suyo: *advierte al médico que no puedo verle, porque no me hallo bueno: que dexe su visita para otra vez.*

Pre-

Preguntó un palaciego por cierto privado, que iba declinando en su favor: respondiéronle: que habia salido á viajar; y él repuso prontamente: *no adelanta mucho camino un privado que viaja.*

Dixo el Mariscal de Turena á un oficial, que era grandísimo hablador; *tengo un consejo que daros: mirad: quantas veces querais hablar, guardad silencio.*

Decia un Predicador en el púlpito: *que era menester mirar la tierra como astrónomo, y no como geógrafo.* Porque para un astrónomo la tierra es un punto; y para un geógrafo es de una extension inmensa.

Dícese que Tomas Moro, estando al pie del cadahalso, donde habia de morir, dixo á uno de los asistentes: *ayudadme á subir, asegurado de que no os pediré que me ayudeis á baxar.*

Que-

Queriendo despedir sus Damas de honor cierta Soberana; dixo un maligno: *si S. M. no quiere quedarse con Damas de honor, le basta conservar las que tiene.*

Dixo uno: que los Monges, en su institucion primitiva, comian poco y trabajaban mucho; pero que en nuestros tiempos era al contrario. La suerte de los establecimientos mas santos es venir á suma decadencia.

Un hombre, muy poco devoto, se estaba durmiendo en la comedia, y le despertaron diciéndole: *¿os parece que estais en el sermon?*

Cierto General, en el sitio de una plaza, estaba mostrando con el dedo algunos puntos exteriores de ella: llevóle un mosquetazo el dedo con que señalaba; pero sin hacer caudal de tal cosa, continuó

se-

señalando con otro dedo, y hablando así.... *como iba, pues, diciendo....* y siguió su demonstracion. Este sí que puede llamarse valor sosegado y verdadero.

Un Jesuita aleman, que queria aprender el español, oia decir continuamente á su huesped: *el demonio me lleve*: puso en su libro de apuntaciones: *el demonio me lleve: exclamatio elegantissima apud hispanos*. Exclamacion elegantísima en español.

Un autor, que hizo un tratado sobre bayles, fue tan mentecato, que deduxo el origen de ellos de San Juan, quien, decia él, *bayló en el vientre de su madre.*

Viendo una Duquesa el entierro de su marido, exclamó: ¡*ay*! ¡*con quánto gusto lo hubiera visto mi marido, que era tan amante de las ceremonias*!

De-

Decia un fanfarron á un hombre prudente, á quien despreciaba: *no temeria yo á cinqüenta hombres como vos*; pero aquel le respondió: *lo creo muy bien, porque estariais seguro en medio de ellos; bien que uno solo bastase para exterminaros.*

Cierto Príncipe estaba dotado de excelentes qualidades; pero, por una modestia mal entendida, se atribuía algunos vicios que nunca tuvo, como ser libertino, bebedor &c. Un palaciego juicioso le dixo un dia: *Príncipe mio, seriais completo, si manifestaseis todas las virtudes que teneis, y ocultaseis todos los vicios que jamas habeis tenido.*

De un Casuista relaxado, que facilitaba el camino del cielo, y hacia muy corto el catálogo de los pecados, se dixo: *ecce qui tollit peccata mundi*: aquel es quien quita los pecados del mundo.

Co-

Cogieron á un Suizo, á cierta distancia de su acampamento, sin pasaporte. Sentenciáronlo á ser ahorcado; y quando le llevaban al patíbulo le dixo el Confesor: *habeis cometido una gravísima falta en separaros del exército sin pasaporte.* Respondióle el Suizo: *¿es ese mi delito? pues aquí tengo uno. Manifestadlo luego,* replicó el Confesor. Entonces el Suizo sacó de la faltriquera el pasaporte. Aquel hombre indiferente caminaba á la horca de muy buena fe con su pasaporte guardado.

Un joven acariciaba mucho, y de continuo, á cierto caballero que tenia una hermana sumamente bonita, y un dia le dixo este: *¡ay, amigo! ¡y quanto quereis á mi hermana!*

Una dama fue abandonada de todos, luego que dexó de amarla su Monarca.

Un

Un palaciego dixo de ella : *quando la fortuna se le manifestó risueña , á nadie si no á sí misma hizo reir : justo es que ahora , que no le rie la fortuna , llore sola.*

A un Embaxador de Siam preguntó un Monarca : *¿que quál de las damas de la Reyna le parecia mejor?* añadiendo: *que solo lo sabria la que mas le hubiese gustado.* Respondió el Embaxador : *ese , Señor , es el verdadero medio de que lo sepan todas las demas : si V. M. la confia un secreto semejante , su misma vanidad la estorbará guardarlo.* Confesemos que dicho Siamoes conocia bien á las mugeres.

En la comida de un Monarca, se habló de un caballero que habia muerto entre las manos de su Médico. Hallábase cabalmente allí el tal facultativo ; y un palaciego , que era General , le preguntó : *¿quántos hombres habia muerto desde que exercitaba la medicina?* Respondióle

el

el Médico: *mas que vos en la Jornada de los Espolazos.* Efectivamente, fue una batalla en que huyó toda la caballería metiendo piernas á sus caballos; y dicho General la mandaba.

Afeábase muchò á un gazetero de Holanda el que satirizaba demasiado á una sociedad poderosa, y respondió: *supuesto que es tan rica, ¿por qué no me cierra la boca?*

Despedíase un militar de su querida para el exército, y ella le decia: *conozco tu ligereza, y apenas habrás caminado veinte leguas, quando ya estaré olvidada.* Respondióla: *no, querida mia, no lo temas, pues, para que no suceda, voy á escribir tu nombre en mi libro de memoria.*

Elogiaban á un grande hablador, por su mucha facilidad de hablar; pero un hombre de talento dixo: *lo definís malísi-*

simamente: decid mas bien, que tiene impotencia de callar.

Seguia cierto caballero un pleyto injusto. Aconsejáronle que hiciese rogativas á Dios para que saliese con felicidad; pero él respondió: *me guardaré muy bien de hacerlo: no conviene que ese Señor oiga hablar de semejante asunto.*

Otro caballero, que era impotente, preguntó á una dama hermosa: *¿en qué pensaba quando no pensaba en nada?* Y ella le respondió: *pienso en vuestro mérito.*

En el tiempo en que el jansenismo era el asunto de todas las conversaciones, estaban dos vinateros hablando en una taberna: preguntó el uno al otro: *¿qué cosa es el jansenismo de que se habla tanto?* Y el preguntado respondió: *ya verás como es algun impuesto nuevo sobre el vino.*

Iban unos cazadores tras de un lobo, y el animal huyendo, se refugió en las inmediaciones de un molino. Tiróle uno de ellos, y mató á la molinera. Quedó el hombre desconsoladísimo, y casi despechado; pero el molinero lo consoló diciéndole: *no os dé cuidado, porque cabalmente habeis muerto á la bestia mas mala de todo el pais.*

Cierto Abate predicaba una moral tan severa, que dexaba espantado á todo su auditorio; pero su madre, por consolarlos, les decia: *no hagàis caso de lo que habla: aun no tenia seis años, quando ya mentia muchísimo.*

Vanagloriábase un hombre de que nunca habia habido en su familia una muger de vida escandalosa. Pero un amigo le dixo: *pues no será muy antigua.*

A

A un Duque dixo un dia su Monarca: *tengo notado que de tiempo á esta parte me dices cosas ofensivas: ya veo que no me amas.* El Duque le replicó : *Señor estoy pronto á sacrificar la vida en servicio vuestro; pero la amistad solo se gana con la amistad.* Repúsole el Monarca al instante : ¡*oxalá que todos me hablasen como tú*!

El epitafio siguiente manifiesta el odio que los Portugueses tuvieron en otro tiempo á los Castellanos : dice así : *aquí yace un Obispo Castellano, que se naturalizó Portugues, para poder morir en gracia de Dios.*

Cierto cortesano tenia una muger muy hermosa, y la presentaba con freqüencia en la Corte. Un dia dixo á un señor (pensando que ignoraba su matrimonio) : ¿*Veis aquella dama*? *pues quando*

quiero duermo con ella. El señor le respondió: *y yo tambien.* Púsose serio el tal marido, y replicó: *y ¿vos tambien? Pues ¿por qué*, replicó el otro, *no podré tener el mismo privilegio?* El pobre marido mudaba de color á cada instante: hasta que, compadecido de él, le confesó su fingido rival, que la conocia por muger suya, y que habia querido castigarle la vanidad de tenerse por hombre afortunado en amores.

Tocábase delante de un Monarca un concierto, en que habia un clave que desafinaba mucho. Preguntó el Rey: ¿por qué no se executaba bien aquella música? Fuéle respondido, que el clave estaba demasiado baxo; y uno de los cortesanos dixo: *pues que lo pongan sobre aquella mesa, que es mas alta.*

Un Católico, ignorantísimo en la controversia, disputaba con un Hugonote sobre

bre la religion, y le dixo: *por último, os cerraré la boca acordándoos, que en vuestros templos teneis órganos.*

Hallábase un hombre muy embarazado para conciliar dos Evangelistas. Dice el uno: que las tres Marias se levantaron para ir al monumento del Salvador de los hombres, *dum adhuc tenebræ essent*, siendo todavia de noche. Y el otro dice: *jam orto sole*, salido ya el sol. Para zanjar la dificultad imaginó este expediente: *el sol se levantó entonces antes del dia.*

Habiéndosele muerto á un Duque un hijo, que era único, le dieron el pésame, y para consolarlo le dixeron, que podia reparar aquella pérdida facilmente. Mas como su muger fuese feísima, respondió: *y ¿contais por nada el modo de repararla?*

Entró un Frayle Francisco, muy de mañana, en el jardin de un Cura, á quien

encontró plantando algunos árboles. *No planteis esos frutales*, le dixo, *porque vienen muy tarde*: pero el Cura respondió inmediatamente: *pues mucho menos plantaré Frayles Franciscos, porque vienen muy temprano.*

Pintaron á un Ministro poderoso con un globo en la mano, y al pie del quadro estas palabras latinas: *hic stante cuncta moventur*: subsistiendo, da movimiento al universo. Y un satírico respondió: *ergo cadente omnia quiescent*: luego en cayendo, quedará el mundo en reposo.

Una señora, que se habia vuelto devota, tenia una mesa delicadísima; y uno de los freqüentemente convidados la dixo un dia: *señora, vos habeis guerreado con el demonio; pero él se ha retrincherado en vuestra cocina: temo que se fortifique en ella de tal modo, que no se le pueda desalojar.*

Di-

Dixo un advertido: que si los criados fueran perfectos deberian servirlos sus amos.

Otro dixo de cierto hombre (músico, poeta, pintor y astrólogo): que era loco por quatro partes.

Pasaba un señor Abate por un puente, á tiempo que iba á espirar un hombre herido. Todo el mundo gritaba ¡*un Confesor*! ¡*un Confesor*! Gritaba el Abate como todos: pero uno le dixo: señor, vos, que sois Sacerdote, podiais confesar á ese pobre moribundo: *teneis razon*, le dixo, *se me habia olvidado.* Y lo confesó.

Hablaba un adulador con una persona á quien necesitaba. Esta le dixo, que habia leido tal libro; y él por adularla exclamó: ¡*qué habilidad tan rara saber leer*!

Preguntáronle á un hombre, que iba á ordenarse, ¿si poseía la materia de los Sacramentos? Él creyó dar un grande testimonio de su saber, diciendo: *los sé como quien los ha hecho.*

Un Oficial anciano, que marchaba á la guerra dixo: *como todos vamos á sacrificar nuestras vidas, podemos decir, que viejos y mozos somos de una misma edad.*

Habiéndose dado á la devocion un gran Monarca, toda la Corte abrazó su exemplo. Alabábase cierto dia la mucha piedad de un señor; y un cortesano que lo oía dixo: *para no engañarnos, es menester saber, si su devocion tiene fecha anterior á la del Rey.*

Un famoso pantomimo, fue á ver á un Superintendente de rentas, para que le mandase pagar una pension que disfrutaba.

ba. El Superintendente, que era naturalmente pantomimo, le hizo mil gestos y contorsiones. El otro, habiéndole dexado gesticular algun tiempo, le dixo: *señor, harto habeis exercitado mi oficio, exercitad ahora el vuestro, mandando que me den dinero.*

De un hombre público, (que habia sido engañador, avaró y sequaz de la política de Machiavelo), dixo un satírico: *aun quando lo viéramos en el cielo, lo debiéramos callar, por no hacer perjuicio á la religion en la creencia del pueblo.*

Un prisionero convino con el Gobernador de cierta plaza, en que se fingiria malo, y seguidamente muerto, para que, en aquella creencia, depositasen su cuerpo en una Ermita fuera de las murallas, donde al instante resucitaria para escaparse. No obstante el convenio, fue vendido por el Gobernador, quien avisó al General. Di-

cho

cho Xefe dexó representar la comedia, y se trasladó á la Ermita, al mismo tiempo que llevaban el fingido difunto. Luegò que estuvo allí, dixo: *no quisiera que me sospecharan de haber envenenado á este hombre. Por eso he traido conmigo un Cirujano, para que abra y registre el cuerpo, y con esto cerrar la boca á la calumnia.* Preparó el Cirujano su bisturin, y al ir á comenzar la operacion, gritó el fingido muerto: ¡*no comenceis la carniceria, que no estoy difunto*! Costóle al resucitado su proyecto un año mas de prision, por haber dado con otro mas advertido que él.

Un palaciego, condecorado con los primeros honores, iba andando delante de un Duque, cuyo page habia sido: divisó á otro cortesano, (que tambien habia hecho gran fortuna, aunque originariamente tuvo tienda de especeria), y dixo entonces al Duque: *me parece que toda-*

via

via llevo delante de V. E. el hacha que solia comprar en la tienda de aquel caballero que viene por allí.

Decia un Príncipe de los que gozan beneficios de mucha renta : *que Dios estaba muy mal servido por su dinero.*

De una cierta mogigata, de quarenta años, que despedazaba á todo el mundo con sus maledicencias , y no era muy desapiadada con los hombres que la freqüentaban , se dixo : *que no era tigre , si no leona.*

Un hombre de calidad , que tenia una muger feísima , se encontró cierto dia con el amante de su esposa , y le dixo: *¡ay , amigo! ¡quan obligado os estoy de que enamoreis á mi muger! ¡quánto la honrais en eso! ¡quién habia de pensar que hubiera llegado á tener algun crédito!* Finalmente , le hizo tantos agasajos , que le cu-

cubrió de confusion, obligándole á que abandonase el puesto.

Habiendo hecho un Monarca quantas diligencias le fueron posibles para conquistar á una señora de su Corte, no lo consiguió, y de resultas la nombró dama de honor de la Reyna, diciendo: *que no conocia otra muger mas digna de aquella distincion.*

Dixo cierto magnate á un hombre, que iba á casarse con una viuda: *preciso es que seais loco, quando vais á embarcaros sobre un navio en que vuestro predecesor ha naufragado.*

Un hombre condenado á horca envió á llamar á un sangrador diciendo: *como nunca me han sangrado, quiero sangrarme, porque dicen, que la primera sangria salva la vida.*

Un

Un comediante, que tenia coche, decia: que, á ser mas rico, tambien tendria pages; pero uno le replicó: *verisimilmente creeis estar todavia sobre el teatro representando algun papel.*

Una señora, que habia sido amada de un caballero, se hizo despues demasiado comun. Encontróla el dicho una vez, y ella fingió que no le conocia: entonces él la dixo: *ya veo, señora, que mas fiais en mi vanidad, que en mi discrecion.*

Preguntáronle á un Embaxador de Siam ¿qué le habia parecido el vestido del gran Monarca, objeto de su embaxada, que llevaba de catorce á quince millones de piedras preciosas? y respondió: *aunque mil veces vea al Rey, otras tantas no veré mas que á S. M.*

Un militar digno, muy anciano, solicitaba de su Rey, que lo nombrase Teniente General; y el Monarca le decia siempre, que pensaria en ello, y que á su tiempo lo seria. En una de estas ocasiones, se quitó el pretendiente la peluca, y mostrando al Rey sus cabellos blancos, le dixo: *pues mire V. M. mi cabeza, y despáchese, porque tardaré muy poco en morir.* Echóse á reir el Monarca, y lo nombró Teniente General.

Un Predicador malo dixo á otro, que era muy eloqüente: *empleais demasiado trabajo en vuestros sermones*; pero uno, que lo estaba oyendo, le repuso: *es verdad que el padre emplea en ellos mucho trabajo; mas V. R. se lo da á sus oyentes.*

Decíase de un Príncipe, en su menor edad, que era muy porfiado; y de su ayo, que era muy entero. Y una dama de la

Cor-

Corte, chistosa y advertida, dixo: *déxenlos hacer que, ludiendo uno con otro, se pulirán.*

Un matemático explicaba los elementos de Euclides á un Duque; y como este no pudiese comprender nada de ellos, exclamó: ¡qué diablo ha de poder entender eso! Y el matemático le replicó: *un diablo con paciencia.*

El Presidente de un Consejo, mandó á uno de los Ministros, que impusiese silencio á los concurrentes. Él, por cumplir con la orden, á cada instante decia: señores, callen ustedes. Tanto gritó aquel hombre bullicioso, que se vió obligado el Presidente á mandar, *que callase el Ministro.*

Un vagamundo, que acababa de casarse pidiendo limosna, dixo á su esposa: *¿ves esta pierna que tengo llagada?*

Pues

Pues mira, muger mia, ella sola basta para mantener á un Príncipe.

Queriendo un Monge dexar su Orden, para entrar en otro de mayor austeridad, le dixo la superiora de quien dependia: *me admiro de vuestra solicitud, quando no hay cosa que mas deba humillar al hombre, que el estar gobernado por una muger.*

Enviaron á llamar á un Médico, en cierta ocasion, para que visitase á una señorita enferma. Entró en el quarto de la hermana de la paciente, y, como la encontró en cama, la tomó el pulso, y ordenó una sangria. Al salir, se encontró con el ama de llaves, y la dixo: *la señorita se halla bastante desazonada*: replicóle el ama: mirad que os engañais, que la enferma es la otra hermana: entonces repuso el Médico: *¿por qué no me lo dixisteis? quando entré en ese quarto*

lle-

llevaba toda mi imaginacion ocupada con un enfermo: los Médicos somos como los Jueces: conviene llamarnos de nuestras distracciones.

Tuvo cierto poeta una desavenencia con un militar, que no habia aprobado sus versos. Dixéronle al poeta: ¿que cómo se habia atrevido á reñir con el soldado? y respondió: *no le temo, no, porque si él tiene á su favor al Dios Marte, yo tengo en favor mio á Apolo, que no vale menos que Marte.*

Estando para casarse un cortesano de avanzada edad, lleno de achaques, le dixo la Reyna: ¿cómo te casas con una muger tan vieja, tan fea, y que huele tan mal? Y el cortesano respondió: *señora, ¿soy, por ventura, mozo, bonito y aromático?*

Un Príncipe tenia un cochero que estaba continuamente borracho, y por lo tanto queria despedirlo. Mandóle comparecer, y le reprendió sus borracheras. Entonces dixo el cochero al Príncipe: por ventura, Señor, ¿vos no bebeis? Sí bebo, respondió el Príncipe; pero no me emborracho. *Yo lo creo*, repuso el criado, *porque no sois cochero.* Aquella respuesta apaciguó al Príncipe, y se quedó con él.

Un hombre llevó á cierto Cardenal la nueva del nacimiento de un hijo de una sobrina suya. El Cardenal le prometió buenas albricias. Murió el niño poco tiempo despues; y como aquel buen hombre quisiese refrescar la memoria de la oferta al Cardenal, le dixo su Eminencia: *amigo, no me hableis de eso, porque me renovais el dolor.*

Ir-

Irritado un señor contra su lacayo, que era muy ingenuo, le dixo: sube mañana á mi quarto, que quiero darte de palos. Al dia siguiente, el bonachon del lacayo tocó á la puerta de su amo diciendo: señor, vengo á cumplir con lo mandado. Entonces su amo le respondió: *te has dado demasiada prisa*; *y no puedo cumplirte lo ofrecido*, *porque ya no tengo cólera.*

Un literato de mucha flema, no hallaba modo de reñir á un criado suyo, que lo merecia, y se fue hácia su biblioteca. Una hija suya le preguntó ¿dónde iba? *Voy*, le respondió, *á buscar un tratado de cólera*, *que me enseñe cómo haré para encolerizarme.*

Un Príncipe niño fue á visitar á su padre, y pidió para sentarse una silla. Riñóle el Rey, y mandó darle un tabu-

rete sin respaldo. A la noche, quando decia el Credo para acostarse, al llegar á las palabras, *y está sentado á la diestra de Dios Padre*, preguntó el Príncipe á su aya: *¿en algun taburete?*

Un Obispo preguntó á un niño ¿qué edad tenia? Cinco años, le respondió. Pues muéstramelos, replicó el Obispo, porque lo que se tiene puede mostrarse. Entonces el niño le repuso: *mostradme los vuestros, y os mostraré los mios.*

Habiendo sido gratificado un poeta satírico, porque escribió la vida de un gran Monarca, dixo con este motivo: *quando exercitaba yo el oficio de satírico, que entendia bien, me amenazaban con palos; y ahora me dan una pension, por hacer el de historiador que no entiendo.*

Decia un aficionado al vino: *han dado en asegurar que un vaso de vino sos-*

tie-

tiene á un hombre : yo acabo de beberme ahora mas de treinta , y apenas me puedo mantener en pie.

Un Médico advertidísimo decia : *los médicos son , primeramente, mirados como dioses , luego , como humanos , y despues, como demonios.*

Exôrtando á un Caballero valeroso para que muriese christianamente, y que mostrase el mismo valor que habia manifestado durante su vida , respondió : *no he vivido ochenta años , sin haber aprendido á emplear bien un quarto de hora para morir.*

Hallándose cierto Cardenal agonizando, el Cura que le exôrtaba le decia: apretadme la mano , Señor , para que yo conozca que participais de los sentimientos que procuro infundiros. Entonces el Cardenal le apretó con tanta fuerza la

mano, que el Cura se desmayó de dolor; y, vuelto en sí, dixo: *este terrible apretamiento indica la fuerte inclinacion de su Eminencia á todo lo que es agarrar.*

Riñeron dos Soldados igualmente valerosos; y el uno mas diestro venció al otro. Quiso el vencedor obligar al vencido á que le pidiese la vida, amenazándole con que se la quitaria. Pero este le dixo: *tú eres tan generoso, que no me la quitarás; y yo lo soy tambien tanto, que no te la pediré.* El vencedor quedó con aquellas palabras desarmado.

Un Eclesiástico rico, supo que su jardinero, que era gran borracho, no habia bebido agua desde la edad de seis años, y aun supo que habia jurado solemnemente no beberla en su vida. Envióle á llamar, y le dixo: jardinero, sé tu juramento, pero puedo absolverte de él; y quiero que ahora mismo bebas un vaso de

de agua. Mandó, en efecto, traer un vaso lleno, pusóselo en la mano al jardinero, y este comenzó á hacer quantos ascos manifiesta un enfermo, que va á tomar una medicina de malísimo sabor; y al fin dixo: Señor, á lo menos mandad que me traigan otro vaso de vino, para quitarme el mal gusto del agua, que es un veneno. Concedióle su amo lo que pedia. Entonces el jardinero, presentando sus dos vasos, añadió al Señor, que era necesario que bendigese el agua: bendíjola efectivamente su amo con las ceremonias debidas; y el jardinero seguidamente arrojó el vaso diciendo: *Señor mio, el agua bendita es para los muertos, y el vino para los vivos.* Bebióse todo el vaso del vino, y finalizó aquella escena.

Un joven, muy malvado, se encontró con un anciano de cien años todo agoviado, y le preguntó: ¿en quanto compraste ese arco, que quiero comprar

uno? y el anciano le respondió: *si lográras uno como el mio, lo conservarias poco tiempo, pues no tardaria en ser enderezado en la horca.*

Cierto Cardenal Canciller, era uno de los hombres mas ignorantes de su siglo. Recibió su Monarca una carta del Rey Britano, en la que le decia en latin: *mitto tibi octo molossos.* Habiendo leído el Canciller la carta, le dixo al Rey: *Señor, el Rey de Inglaterra envia á V. M. ocho muletos.* Llegaron los ocho dogos ofrecidos, y los cortesanos zumbaron mucho al Cardenal sobre su equivocacion; pero este les dixo: *no me acuseis de ignorancia, quando solo es defecto de mi vista, pues ella me hizo leer* muletos *en lugar de molossos.* A este Cardenal le dixo un palaciego; que se habia arruinado un arco del Ponto Euxîno; y él preguntó: ¿*quánto costará reedificarlo*?

Viajando por Cataluña un Prelado, en opinion de santo, quedó sorprendido quando, al salir de un meson, le pidió el mesonero cien duros por el gasto de una noche, y aun le pareció que le hacia gracia. *Señor*, le dixo, *como todo el mundo os reconoce por santo, quantas sillas, camas, platos, manteles y servilletas, os han servido, son otras tantas reliquias, que ya no puedo profanar haciéndolas servir; por lo que, considero justo que me indemniceis de esta pérdida.* El Prelado, por no perder su buena opinion adquirida, pagó y calló.

Exâminando cierto zapatero el zapato de un personaje de un quadro, dió su parecer sobre ello, y gustó mucho á los circunstantes. Quiso despues exâminar la pierna de la misma figura; pero dixo tales desatinos, que lo hicieron callar, diciéndole: zapatero, no juzgues mas allá del

del zapato; *ne*, *sutor*, *ultra crepidam.* He aquí el origen de este proverbio, que se aplica á los que se meten á tratar de asuntos superiores á su capacidad.

Una Dama, que tenia un modo de mirar muy agrio, dixo que un caballero le habia querido hacer *los ojos dulces*; pero la respondieron: *que dicho señor habia salido muy mal con su empresa.*

Cierto Confesor de un Monarca, dixo á un Abate joven, que le hacia la corte para alcanzar algun beneficio: vosotros los aspirantes á beneficios sois amigos nuestros mientras nos necesitais, pero en viendoos hartos nos echais en olvido. A lo que el joven le respondió: *no temais eso de mi*, *padre mio*, *porque soy insaciable.*

Un Monarca se quejó á cierto Embaxador de la mala conducta que habia te-

ni-

nido un enviado de su misma nacion. No se admire V. M. le respondió, porque tambien allá tenemos nuestros locos. *Acá tambien los hay*, le replicó el Monarca, *pero nos guardamos bien de enviarlos á las Cortes extrangeras para tratar de los negocios públicos.*

Un Obispo, que pasaba por santo, viajaba en coche: era muy malo el camino, y se atascó el carruage: tuvo que salir el Obispo, y por mas esfuerzos que se hicieron, no pudo desatascarse el coche. Entonces el cochero dixo: Ilustrísimo Señor, las mulas no hacen caso de mí, porque no me oyen jurar; mas como yo jurára, pronto saldriamos del paso. *Jura, pues*, respondió el Santo Prelado, *pero que sea poquito.* Echó un voto el cochero, y al instante arrancaron las mulas el coche.

Un pobre, en tiempo de nieves, se paró á pedir una limosna á la puerta de la casa de un labrador. Este le azuzó los perros. El infeliz, para defenderse, se baxó á tomar una piedra; pero, como habia elado, estaba tan asida, que no pudo desprenderla. Entonces exclamó así: ¡*miren qué hombre tan malvado, que ata las piedras y desata los perros*!

Un Guarda-bosques sostenia, que á él le tocaba juzgar del delito de un particular que habia apaleado á otro; y para ello racionaba de esta manera: *los palos vienen de los árboles, los árboles pertenecen á los bosques, luego este asunto me compete.*

Un célebre Procurador, que era tuerto, llevaba anteojos. En una ocasion que pleyteaba dixo: para venir á lo mas esencial, cercenaré todas las inutilidades. Enton-

tonces le interrumpió el abogado de la parte contraria diciendo: *siendo así, debeis cercenar uno de los vidrios á vuestros anteojos, porque es inutilísimo.* De tal manera desconcertó aquella réplica al Procurador, que no pudo proseguir.

Un Oficial de mérito, tuvo la comision de apaciguar un motin, causado por la carestia de víveres. Estaba en medio de una plaza, á la cabeza de un destacamento, y mandó en alta voz: *que tirase sobre la canalla, sin hacer daño alguno á la gente de bien.* No hubo uno que quisiera ser comprendido en la canalla; y así quedó sosegado el motin en un instante.

Notando Carlos V que Maxîmiliano, Conde de Buren, se reía quando le via andar temblándole las piernas de flaqueza, le preguntó el motivo de su risa: Señor, le respondió, quando veo á V. M.

tem-

temblar, me figuro que veo al imperio vacilante en vuestra persona: y el Emperador le replicó con cierta dulzura, mezclada de severidad: *debias saber que es la cabeza la que gobierna, y no los pies.*

Un Monarca dixo á cierto Oficial de fama; pero que era Hugonote: á no ser por tu religion, fueras ya general: y él le respondió: *Señor, supuesto que V. M. me juzga digno de serlo, he conseguido mi fin, porque no me propuse otro.* Aquella respuesta le valió la dignidad.

A este mismo Caballero, que era Aleman, dándole un lacayo suyo cuenta de una comision, que habia cumplido muy mal, le dixo, por disculparse: Señor, me han creido Aleman; y entonces le replicó: *pues lo han errado, porque debieron haberte creido necio.*

He

He aquí el origen del proverbio: *dexemos al mundo como está.* Cenaba un Frayle Francisco con quatro Hugonotes: uno de ellos, que mandaba en la cocina, encargó que compusiesen quatro perdigones y un pollo muy flaco, contando con que, poniéndoselo delante al Religioso, le tocaria comérselo. Sentáronse á la mesa, y el criado, que la servia, no le puso al Frayle delante el pollo. Entonces uno de los religionarios, haciendo caer la conversacion sobre el sistema del mundo, nombró la hipotesis de Copérnico: imaginaos, señores, decia, que la tierra, que gira al rededor del sol, tiene el movimiento que doy á este plato: (diciendo esto, volvió el plato, y puso el pollo delante del Frayle:) dicho Religioso, que era advertido, conoció la treta, y les replicó así: *Señores, atengámonos al sistema de Ptolomeo, que está fundado en la Escritura*: y entonces colocó el plato en

su

su primera posicion, diciendo: *dexemos al mundo como está.*

Un Caballero, que no estimaba los versos de cierto poeta por falta de fuego, fue á visitarlo, y lo encontró muy acatarrado moqueando y escupiendo muchísimo; con cuyo motivo dixo: *no he visto hombre mas húmedo, ni poeta mas seco.*

Cierto Predicador, en el acto de un sermon, reparó en algunos pisaverdes, que hablablan entre sí casi en voz alta, y estaban recostados sobre un altar. Para castigarlos de su irreverencia, exclamó así: *señores, vemos ya cumplida la prediccion del Profeta Rey, que dice: vendrá un tiempo en que veremos becerros sobre los Altares del Señor.* Tunc imponent super altare tuum vitulos: *ya mirais aquellos becerros que están sobre el altar; bien que ignoro si su sacrificio será agradable á Dios.*

A un Oficial de Marina, que sostenia tener derecho para mandar las galeras, y á la sazon se hallaba en un puerto donde no las habia, le pusieron en el sobre de una carta: *A N...... Comandante de las galeras, en su ausencia.*

Una celebrada Meretriz, cogió en sus redes á cierto petimetre rico, y á poco, le hizo una infidelidad escandalosa: él la dexó con ruidoso desprecio; y como la hubiese regalado magnificamente, la hizo volver todo quanto la habia dado, hasta una cinta. Cayó enferma del pesar, y la mandaron los médicos una lavativa compuesta, que no pudo arrojar. En estas circunstancias exclamó: ¡*ojalá que este remedio me lo hubiera dado mi perdido amante, que él me lo hubiera hecho volver*!

Diciéndole á un Predicador, cuya vida no era muy arreglada, que su mo-

ral era severa, replicó: *tomo este partido, para que mis oyentes tengan tanto que meditar sobre sus vidas, que no puedan reparar en la mia.*

Cierto Oficial, que no habia tenido la mejor conducta, pidió un gobierno á un Ministro sensato: negóselo el Ministro, y encolerizado el militar dixo: por vida de.... que si empezase á servir ahora, yo sabria lo que habia de hacerme. Y ¿qué hariais? le preguntó el Ministro enojado. *Arreglaria de tal manera mi conducta,* respondió el Oficial, *que nada tuviese V. E. que echarme en cara.* Agradó tanto al Ministro aquella inesperada respuesta, que lo propuso para un buen gobierno.

Un Labrador, que tenia cerca de ochenta años, fue con su muger, que aun era mas vieja, al mercado para comprar un cuervo. Preguntados sobre la estrañeza de aquella compra, respondió ella:

nos

nos han dicho que este pájaro vive hasta 300 *años, y le hemos comprado recien sacadito del nido, porque mi marido y yo queremos averiguar si es cierto.*

Cabilando un hombre sobre las varias incomodidades de la vida, se puso á la orilla de un precipicio, y dixo: *¿cómo es eso de comer, beber, dormir, vestirse y desnudarse cada dia? Ya estoy cansado.* Acabando de decir estas palabras, se arrojó en la sima.

Las inmunidades de las Iglesias proporcionan en Italia la impunidad de los delitos. Cierto asesino, que se via perseguido y apretado por los ministros de justicia, que le cortaban el camino de una iglesia, se encaramó de un brinco sobre los hombros de un eclesiástico amigo suyo: este lo llevó á la iglesia por entre medio de los ministros, quienes no se atrevieron á prender al culpado, que les

iba diciendo: *cuidado que me toqueis, porque voy sobre un hombre sagrado.*

Hallábase un Avaro muy embarazado, por no saber donde esconder su tesoro para que no se lo robasen. Despues de haber dado tortura á su imaginacion, hizo un agujero en la pared de una iglesia, escondió en él su dinero, y luego lo tapó muy bien. Pero no obstante, le quedó la sospecha de que si algun ladron via aquel hueco recien tapado, podria volverlo á abrir; y creyó que, para no despertar la curiosidad, seria bueno poner encima esta inscripcion: *hìc jacet Christus*: pusóla en efecto; pero cabalmente aquello mismo sugirió á un ladron el pensamiento de averiguar lo que era: así lo verificó, llevándose el tesoro, quitando la inscripcion, volviendo á tapar el agujero, y sustituyendo esta otra: *surrexit, non est hìc, ecce locus ubi posuerunt eum.* A la verdad, que la expresion

que

que profanó este avaro, era justísima en un sentido, porque su tesoro era para él una divinidad.

Estando en la clase un Escolar, travieso y chistoso, pidió licencia para salir á su maestro: negósela este con enfado: fingió el estudiante que no lo habia oido: repitió la súplica: volviósele á decir que no; pero entonces salió, y el maestro no le detuvo. Entró una hora despues, y el maestro encolerizado le dixo, ¿que cómo se habia atrevido á salir sin su licencia? Respondióle muy humildemente el discípulo: *os he pedido la licencia dos veces, ambas me dixisteis que no; y como dos negaciones afirman, por eso salí.* Quedó desenojado el maestro, y aun riendo de la agudeza.

Un Estudiante escribió á su padre en estos términos: *padre mio, os escribo el lunes con el dador de esta, que saldrá el*

martes, y llegará aì el miércoles: suplico á vmd. que el jueves me envie dinero con él; y si acaso no lo recibiere yo el viernes, saldré el sábado, para verme con vmd. el domingo.

Cayó un hombre, desde el tejado de cierta casa, sobre una muger, que á la sazon pasó por debaxo: tuvo la felicidad de no hacerse mal ninguno; pero mató con el golpe á la muger. El hijo de la difunta se presentó al Rey, pidiendo venganza contra el matador de su madre. Entonces le dixo el Monarca: *está bien: yo te permito que te arrojes desde la misma altura, sobre ese hombre que acusas, para cuyo fin, mandaré que lo aten en el paraje que eligieres, y así podrás matarlo del mismo modo que él mató á tu madre.*

Un fanfarron se vió desafiado por medio de un papel: presentóse en el puesto antes de la hora prefixada. No lejos de allí habia un ahorcado. Descolgó el cada-

daver, y lo tendió en el suelo. En esto, llegó su enemigo, y encarándose á él le dixo: *me iba ya impacientando con vuestra tardanza, y por no fastidiarme mas, he muerto á ese hombre.* El expectáculo de aquel cadaver asustó tanto al recien llegado, que pidió perdon allí mismo á su contrario.

Cierto Obispo, gobernaba á los Eclesiásticos de su Diócesis con vara de hierro. Encontró en la calle á un pobre italiano, abundante de narices, y con anteojos: parecióle aquello indecente, y le prohibió andar por las calles de aquel modo, sin atender á su cortedad de vista, y á que era costumbre en su país. Al dia siguiente, el Sacerdote italiano, que no era tan corto de vista como aparentaba, se encontró con el Obispo, y le dió con toda su fuerza una cabezada en el estómago, que le dexó sin aliento: gritó el Obispo, impulsado del dolor, y entonces

el Eclesiástico, fingiendo tribulacion, le dixo: *Ilustrisímo Señor, desde que me probibisteis los anteojos, voy dando de cabeza por todas partes, pero prefiero mi obediencia á todos los peligros.* Entonces el Prelado dolorido le replicó: *no solo te permito llevar anteojos, sino que te mando, que los lleves de los mayores que encuentres.*

Un hombre ignorantísimo, admirado de la facilidad con que le habian graduado en cierta Universidad, ofreció á los Doctores una suma de dinero considerable, para obligarlos á que graduasen á su caballo; pero le respondieron: *que, aunque graduaban á burros, de lo que él mismo era buen testigo, no acostumbraban hacerlo con los caballos.*

Un Obispo era tan amante de los pleytos, que, queriendo el Rey desembarazarle de los que tenia, suplicó á S. M. encare-

recidamente, *que le dexase siquiera cinco ú seis para su entretenimiento.*

Cierta Señorita dixo á un joven, enamorado de ella: *yo te concederé los favores que me pides, luego que me hubieres dado lo que no tienes, lo que no puedes tener, y lo que puedes darme, que es un marido.*

Un joven, que estaba enamoradísimo de una dama, calló por timidez mas de tres años; pero al cabo, su pasion le obligó á que declarára su amor, y tantas fatigas pasadas. Entonces la dama le preguntó: *¿por qué no habeis hablado antes, y os hubiera yo ahorrado muchas penas?* Bastó aquella indecorosa pregunta, para que volviera el joven en sí, convirtiendo su amor en desprecio.

Hacia vanidad un Obispo de llevar muy crecida la barba. Cierto dia, que estaba comiendo con un sobrino suyo á

la mesa del Príncipe de Condé, dexó caer un poco de sopa sobre su barba. Advirtióselo el sobrino diciéndole: *Señor, limpiese la barba vuestra grandeza.* Resentido el Príncipe de que se le diese á ninguno el título de grande en presencia suya, reprendió de esta manera al avisador: *habeis de decir sobre la grandeza de vuestra barba.*

Preguntado Alexandro ¿qué querria ser mas, si Aquiles ú Homero? respondió: *lo mismo es eso, que si me preguntaran ¿qué querria ser yo mas, si vencedor, ó la trompeta de la victoria?*

Un hombre, que se habia casado con muchas mugeres á un tiempo, dió por disculpa, quando le juzgaron, que lo habia hecho por ver si encontraba siquiera una buena. Condenáronlo los jueces, diciendo: *que era menester que fuese á buscarla al otro mundo.*

En-

Enseñando el Marques de Spínola, á cierto Embaxador Francés, un par de botas de Francisco I°, le dixo: muy embarazado os veriais para enseñarnos en Francia otras de alguno de nuestros Reyes: á lo que repuso agudamente el Embaxador: *para eso era menester tomarlas en guerra, y ya veis quan dificultoso es coger á las gentes donde no se hallan.*

Dice Tácito, *lib.* 4, que sucede lo mismo con un mal príncipe que con un año de esterilidad y penuria. Despues de este, viene un año bueno, que nos indemniza de las desgracias del anterior. Algunas veces succede un buen príncipe á un tirano. Débense desear los príncipes buenos; pero estamos obligados á tolerarlos tales quales fueren.

Cierta joven, fue deshonrada por un hombre, que la dió palabra de casamiento; pero la burló. Asistió la desgra-

graciada á un sermon, en que el predicador fulminó contra los hombres que engañaban á las mugeres con fingidas promesas de matrimonio, asegurando, que quantos pecados cometian despues las engañadas, eran de cargo de los engañadores, y que responderian de ellos ante la presencia de Dios. Al oir aquello la burlada exclamó: ¡*quánto me alegro de poderme vengar del pérfido malvado, echándole á cuestas todos los pecados que cometeré en adelante! Ya le miro como condenado.*

Viéndose obligado un hombre á partir su cama con otro en un meson, le dixo: amigo, no puedo menos de advertiros, que ventoseo muchísimo, y que pasareis la noche con grande incomodidad. Respondióle el otro: pues mi vientre, aunque no sea tan ruidoso como el vuestro, no os dexará tambien de incomodar modestamente: metiéronse no obstante

en

en la cama; y el segundo, para vengarse de la bufonada del primero, se puso entre las piernas unos fuelles, con los que empezó á soplar suavísimamente. Impacientado el compañero, saltó de la cama diciendo: ¡*imposible es que no tengais metido en la barriga todo un ibierno*!

Habia criado un Cura quatro perros: al uno de ellos le puso por nombre Aristóteles, y al otro Cartesio: cada uno de estos dos perros tenia su discípulo: dicho Cura procuró mantener entre ambos partidos una eterna enemistad, de modo, que cada quando se encontraba Aristóteles con Cartesio, habia una quimera entre ellos. Siempre que el Cura queria divertirse, llamaba á Aristóteles y á Cartesio, y los colocaba á sus lados, teniendo cada perro al canto su correspondiente discípulo. Primero hablaba con Aristóteles, exôrtándole á que hiciera las amistades con Cartesio: entonces Aristóteles, con in-

incesantes ladridos y brotando fuego por sus ojos, daba á entender, que no queria composicion alguna. Cartesio, por su parte, hacia lo mismo, despues de exôrtado igualmente por el amo. Viendo aquello el Cura, los hacia juntar hocico con hocico, para ver si, confiriendo juntos, se avenian: entonces comenzaba nueva algaravia de ladridos, hasta que finalizaban abalanzándose uno á otro, y estropeándose á bocados. Separábalos por fin el Cura, diciendo al mismo tiempo: *he aquí la imagen de las disputas, no solamente de la filosofia, sino tambien de la teologia.*

A un Pintor, que hacia bellos quadros, y tenia unos hijos muy feos, le preguntaron la causa de aquella diferiencia; y respondió: *que trabajaba los quadros de dia, y los hijos de noche.*

Cier-

Cierto Monarca nombró Consejero á un ignorante. Todo el Consejo junto le rogó, que revocára el nombramiento, alegando la insuficiencia del nombrado. Preguntó el Rey: ¿que de quántos miembros se componia la junta? Respondiéronle, que de ciento; y entonces les repuso el Monarca: *¿será posible que, entre cien personages tan sábios como vosotros, no podreis infundir la ciencia á un ignorante?*

Dió un avaro, en cierta ocasion, una comida muy mezquina, y dixo á los convidados, que no les causaria indigestion; pero uno le replicó: *os engañais mucho, porque una comida semejante es dificilísima de digerir.*

Un Enviado, de limitadísimo mérito, era muy vanaglorioso; y como su calidad de enviado le ensoberbecia mas, le compusieron los quatro siguientes versos.

Quie-

Quiere Pablo persuadir,
Que es menester suficiencia
Para esta su residencia;
Pero basta residir.

Un Gobernador, que habia defendido muy mal la plaza que mandaba, tocó un dia casualmente con la espada en la pierna de su Rey: pero este le dixo con prontitud: *á la verdad que es desgracia, pues soy el primero á quien has hecho mal con tu espada.*

Un Caballero afeaba mucho á cierta dama el que amase á otro caballero: ella le dixo: que era una locura creer que pudiese amar á un hombre tan pícaro; pero él la replicó: *bella razon me alegais para vuestra justificacion, quando yo tambien os amo, sabiendo que sois mas pícara que él.* Esto prueba, que se puede amar sin estimar.

Cor-

Cortóse un Frayle en medio del sermon, y para no dar su brazo á torcer, dixo al auditorio: *no direis que me quedé parado, pues me voy*; y se fue en efecto.

Un Predicador tuvo igual desgracia, luego que hubo comenzado su segundo punto, y así dixo á su auditorio: *oyentes mios, soy de parecer, que es mejor atenerme al punto primero, y no predicaros el segundo, hasta que hubiereis aprendido lo que os he enseñado en aquel.* Dicho esto, desapareció del púlpito.

Dixo á su auditorio en un sermon otro Predicador, á quien nadie habia convidado á comer durante todo el tiempo de la predicacion de la Quaresma: *he predicado contra todos los vicios, excepto contra el luxo de las mesas, porque ignoro cómo se da de comer en este país.*

A una cierta Señora, muy religiosa, que era Abadesa en un Monasterio, quiso visitar otra señora de calidad; pero envió á preguntarla, si le daria la derecha en su Convento, y respondió: *decidla, que tendrá el lugar que quisiere, pues no conozco derecha ni izquierda, sino quando hago la señal de la Cruz.*

Un Maestro de Escuela fue comisionado por el Ayuntamiento de su pueblo para arengar á un personage. Puesto en su presencia, le dixo así: *Señor, los ignorantes, que están aquí presentes*, (señalando al Ayuntamiento) *han comisionado á este pedante* (señalándose á sí mismo) *para cumplimentaros.* Semejante arenga agradó muchísimo al personage.

Suplicó un Señor á cierto sábio, que le explicase el sistema de la creacion del mundo: para ello le dió hora en su casa

en

en seis dias consecutivos; y al séptimo, al entrar dicho Señor en casa del maestro, le dixo este: *quando Dios crió el mundo, descansó al séptimo dia: llevad á bien, que yo haga lo mismo, porque no hay cosa mas justa que las justas aplicaciones de la Escritura Santa.*

Una Señora joven, muy hermosa, fue á confesarse. Regocijado el Confesor de tener á sus pies tan linda penitenta, la hizo mil preguntas, y por último quiso saber su nombre. Pero la Dama, para castigar su curiosidad, le dixo: *Padre mio, mi nombre no es pecado.*

Leyendo una muger cierta novela, al llegar á tal conversacion larga de dos amantes, exclamó: ¡*qué conversacion tan inutil, hallándose juntos y solos*!

Un mal Abogado, que defendia una causa capaz de excitar la piedad, pre-

guntó, despues de haber arengado, ¿si habia conseguido mover á lástima á los jueces? y le respondieron: *sí*, *amigo*: *les habeis causado compasion.*

Un Labrador pleyteaba contra un vecino suyo, y para animar al Abogado, le regaló un tarro de leche. Mas diestro su competidor, envió al mismo Abogado un cerdo entero, y ganó el pleyto. Quejóse el otro labrador al Alcalde, y en tono lastimero le dixo: ¿dónde está mi pobre leche? El Alcalde le descubrió el misterio de la corrupcion, diciéndole: que el cerdo se la habia tragado. ¡*Ah*, *Señor*, replicó el buen hombre, *otra bestia*, *mayor y mas maligna*, *se la ha bebido.*

Objetaban al Papa Julio II° cierto espíritu de parcialidad y de encono contra los franceses; y un sugeto le dixo: Santísimo Padre, Dios puso las llaves en las manos de San Pedro, para que cerrase la en-

entrada en el mundo christiano á la discordia, y la abriese á la paz. ¿No sabeis, le respondió el Papa, que San Pedro y San Pablo eran compañeros, y ambos Príncipes de la Iglesia? Mis predecesores usaron de la llave de San Pedro, y yo de la espada de San Pablo. Replicóle el sugeto: que siendo San Pedro solo el Xefe de la Iglesia, mas bien representaba su Santidad al primero que al segundo, y que Dios mandó á San Pedro, que embaynase la espada. *Sí*, repuso ligeramente Julio, *pero fue despues de haber herido.*

Andres Martinet, noble veneciano, y célebre pintor, pintó, de orden del Papa Inocencio VII°, las quatro Virtudes Cardinales, con los vicios sus opuestos. No le recompensó el Papa segun sus esperanzas, y así le dixo: Santísimo Padre, ¿quereis que todavia añada otro pecado mortal, que es la ingratitud? Picado el Papa, que conoció lo fino de la pregun-

ta, le respondió: lo permito, con tal que añadas tambien otra virtud, que es la *paciencia*. Quiso con aquello dar á entender al pintor, que aguardase mayor recompensa.

Dixéronle á un hombre muy presuntuoso: que la vida de los héroes era corta; y replicó al instante: *por ventura ¿tengo yo la culpa de no haber muerto todavia?*

Un hombre, que tenia el pelo muy negro, se burlaba de otro, que lo tenia roxo, y le decia: amigo, os pareceis á Judas; pero el roxo le replicó: *es verdad que Judas fue roxo*; *mas luego que vendió á nuestro Salvador*, *se le volvió negro el pelo*, *porque este es el color del delito.*

Un Caballero, que se habia casado con una señorita muy fea, pero riquísima,

ma, decia: *yo la he tomado al peso, y no he reparado en otra cosa.*

Un pequeño Príncipe de Italia, supo que un francés, que estaba en su Corte, habia dicho algunas bufonadas sobre su persona y proyectos. Enojado, le envió á decir: que, dentro de tres dias, saliese de sus Estados, y el mofador respondió: *aun me hace S. A. mucha gracia, pues no necesito mas que tres quartos de hora para obedecerle.* Aludiendo á la corta extension de ellos.

Un Eclesiástico, que viajaba, no quiso pagar en cierta aduana un derecho que le pedian por un Crucificado nuevo que llevaba. Instándole el Administrador al pago, hizo el Eclesiástico una genuflexîon ante la Cruz, y despues le dixo al comisionado: *ya veis que ha servido, y de consiguiente, que no es nuevo.*

A un Embaxador Turco visitaron ciertas damas, muy llenos sus rostros de blanquete y arrebol. Queriendo saber del mismo Embaxador, (las que se tenian por mas lindas,) qué tal le habian parecido, las respondió : *nada puedo decir sobre ese asunto, porque no entiendo de pinturas.*

Dos amantes de una meretriz, recíprocamente celosos, sacaron las espadas para matarse, á la puerta misma de la manceba; pero esta, asomándose á una ventana, les dixo: *amigos, mis favores no se consiguen por hierro, sino por plata y oro.*

Un Clérigo muy tartamudo, que padecia, y hacia padecer á sus oyentes quando hablaba, pidió licencia al Obispo para predicar; y este le dixo: *por mí, te la concedo, pero naturaleza te la niega.*

Cier-

Cierto Pisaverde, estaba cantando á media voz en la representacion de una ópera. Un Caballero, que le seguia en el orden de asientos, maldecia entre dientes al fatuo abejorron, que no le dexaba oir una aria de gusto. Este entreoyó algo, y le preguntó ¿con quién las habia? Entonces el discreto Caballero le respondió: *¿con quién las he de haber? con esa maldita cantatriz, que no me dexa oiros.* Esto sí que se llama dar á conocer delicadamente su fatuidad á un importuno.

Una Señorita era tan morena, que, á poco mas, hubiera nacido negra. Otra amiga suya, á quien preguntó ¿qué es lo que hacia para tener un color tan blanco y hermoso? la respondió: que, á fuerza de lavativas, se le iba poco á poco aumentando, hasta llegar al punto que tanto la admiraba. *Me pongo el espejo delante*, la dixo, *y á cada lavativa, me*

mi-

miro, para notar los progresos de la medicina, de manera que por medio de él, arreglo la dosis de las lavativas. Al oir aquello la morena, dió principio la mañana siguiente á geringarse á sí misma; y como no advertia que se fuese aclarando su color, multiplicaba las ayudas: en fin, tomó tantas, que se hinchó como una bota, y estuvo para rebentar: fue menester darla el emético.

Vivia un Obispo devorado por la ambicion de ser Cardenal, y siempre estaba enfermo, envidiando la cabal salud que disfrutaba su Capellan limosnero. Un dia le dixo: ¿qué es lo que haceis para gozar una exîstencia tan saludable, quando la mia es tan débil y lánguida? *Señor*, le respondió el limosnero, *V. S. I. tiene continuadamente el sombrero en la cabeza, y yo tengo la mia dentro del sombrero.*

Ha-

Habiéndose dexado ganar un ministro, por ciertos partidarios, hizo publicar un edicto, poniendo impuestos sobre las fuentes: irritado un poeta contra los malos consejeros, dixo:

Sonoras fuentecillas,
¡Quánto mejor os tratan
Que á los pobres humanos,
Pues os permiten murmurar sin tasa!

Un Paje de cierta Princesa, apostó con un amigo suyo, que quando la diese la mano, se la apretaria hasta hacerla gritar. Hízolo en efecto, y la Princesa le preguntó: ¿si estaba loco? Os pido mil perdones, Señora, la dixo el Paje, porque esto ha sido una apuesta que hice, contando con que vuestra bondad me lo perdonaria, aunque es una falta de respeto. ¿Por qué no me avisastes, le replicó, y hubiera gritado sin recibir daño alguno? ¿*No veis*, *Señora*, repuso el Paje, *que entonces no hubiera podido apos-*

tar

tar en conciencia, y que hubiera sido preciso restituir la apuesta?

Un hombre de distinguida calidad, pero poco religioso, murió con mala opinion de arrepentido, y con equívocos sentimientos sobre el espíritu verdadero del christianismo. Otro sugeto, muy christiano, deploraba la desgracia de aquel caballero. Entonces un Señor, preocupadísimo de su nobleza, dixo: *Dios lo mirará muy bien, antes de condenar á un hombre de su calidad.* Ninguna cosa prueba mejor su extremada y extravagante embriaguez, que esta falsa idea que habia formado de Dios.

Un labrador tenia cinco caballos, uno de ellos muy gordo, y los otros quatro muy flacos. Preguntóle un Procurador, que se admiraba de aquella diferencia, la causa de tal novedad. *Cesará vuestra admiracion,* le respondió, *quando supiereis,*

que

que el caballo gordo es el procurador, y los otros quatro sus clientes.

Hubo un cierto Caballero, que fue el terror de todos los barberos, por la suma dificultad de afeitarlo bien. Era hombre que hubiera quitado la vida al barbero que le hubiese dexado un pelo en la cara; y ademas, se cegaba de cólera por la menor rascadura; de manera, que los pobres barberos se llegaban á él temblando. Pero como pagaba muy bien, el maestro de la tienda no queria perder aquel parroquiano. Llegó por fin el caso de que ninguno de los oficiales de la barberia quiso ir á afeitarlo. Presentóse en tal sazon al maestro, un barbero muy tuno, á quien noticiaron el raro humor del nominado Caballero, y su altivo genio. *Aunque ese hombre sea el demonio*, repuso el tunante, *le afeitaré como yo quisiere.* Efectivamente, se presentó en casa del señor indigesto; el qual, luego que lo

lo vió, se le puso á mirar de hito en hito, maravillado de su crecida estatura, y del cierto ayre desembarazado, que comunica el haber corrido mundo. Amigo, le dixo, ¿sabes quan dificultoso es afeitarme? Sí señor, le respondió, pero sé tambien, que mi habilidad es mil veces mayor que vuestra delicadeza; y sin darle mas tiempo, le acomodó los paños, dispuso sus navajas, y empezó á afeitarlo con la mayor suavidad y ligereza, tanto que parecia que la navaja no tocaba en la piel: pero, de tanto en tanto, se paraba, y alzaba al Cielo los ojos, como pidiendo favor. Sorprendido el Caballero de aquellas demostraciones, le preguntó: ¿si acostumbraba á orar quando afeitaba? En todas ocasiones es buena la oracion, respondió el barbero: pues yo mando, replicó el Caballero enojado, que dexes el rezo para otro tiempo. No puedo, repuso el barbero, porque á Dios se ha de pedir quando hay necesidad. Pero hombre, conti-

tinuó el Caballero en el mismo tono, ¿qué necesidad urgente tienes ahora de rogar á Dios? Supuesto que quereis que lo diga, acudió el mancebo, sabed: que tengo una vehemente tentacion de degollaros, y por eso pido al Señor, que me dé fuerzas para resistirla. Retírate, pues, al instante, gritó enfurecido el Caballero, que no quiero acabarme de afeitar. Fuese el barbero, y dixo á su maestro: *me asegurasteis que aquel Caballero no permitia que le quedase un pelo en el rostro, y le acabo de dexar con la mitad de la barba. Id á verlo si gustais.*

Juan Daens, Comerciante de Amberes, era riquísimo: habia prestado hasta dos millones á Carlos V. (Suma en aquellos tiempos muy crecida:) convidó á comer á su misma casa á dicho Monarca, y lo regaló suntuosisímamente, pero ningun manjar fue mas delicioso para S. M. que el último: mandó el Comerciante que le

le traxesen un tronco de canela finísima dentro de un gran brasero: pególe fuego él mismo, y quemó en su llama el villete de los dos millones que Carlos V le habia entregado, diciéndole: *Gran Monarca, ya V. M. me ha pagado con la honra de venir á comer á mi casa.*

En tiempo del mismo Carlos V, fijaron en Roma, en la estatua de *Pasquino*, una estampa que representaba siete personas. El Papa daba la mano al Emperador, quien estaba sostenido de un Labrador con esta divisa: *yo sustento á los dos.* Al lado del Emperador estaba un Comerciante con esta: *yo robo á los tres.* Al lado del Papa un Jurisconsulto con esta otra: *yo engaño á los quatro.* Un poco mas abaxo se via un Doctor en medicina con la siguiente: *yo mato á los cinco.* Y en lo mas alto de todo se via un Eclesiástico con esta última: *yo absuelvo á todos.*

Un

Un Cura de una aldea, quitó de su Iglesia un quadro, que representaba á la Virgen y á muchos Santos, porque habia entre ellos figuras extrañas, propias á excitar la risa. Acostumbrados los feligreses á venerar aquel quadro, que exâltaba su imaginacion piadosa, no pudieron sufrir que se quitára tal auxîlio á su piedad, pues lo necesitaba, y no podian vivir sin él. Pleytearon los feligreses contra su Cura; y el Abogado, que arengó por ellos, empezó así: en esta causa, hablo por la Virgen, y por muchos Santos del Cielo. Interrumpióle el Presidente diciéndole: Señor Abogado, haced que comparezcan vuestras partes: á esto repuso el Abogado: *abra el tribunal los ojos de la fé, y las verá.*

A un gran Monarca, pedia encarecidamente uno de sus criados, que hablase al Gobernador del Consejo, siquiera una

palabra, en favor de un pleyto que él tenia contra un abuelo suyo: y el juicioso Monarca, viendo su importunidad, le dixo: *y ¿quisieras que hablára yo esa sola palábra, si te encontráras en el lugar de tu abuelo?*

Hallándose Cromwel cercano á la agonía, aseguró que no moriria de aquella enfermedad, porque así Dios se lo habia revelado. No obstante, confesó su impostura á algunos particulares amigos suyos, diciéndoles: *si curo, hedme aquí profeta, y si muero, nada me importa que me tengan por un engañador.*

Cierto Señor dixo á un bufon, en tono de compadecerse, ¡ah, qué loco eres! y el bufon le replicó: *yo soy el criado, y vos el amo.*

Habia en Viena un Conde chistosísimo, y á la sazon se encontraba tambien

en

en la misma Corte un Embaxador de cierto Príncipe de Italia, hombre de limitadísimo entendimiento. La semana de Pasion, le envió á decir el Conde, que no saliese de casa, porque se habia formado una conjuracion contra su persona. Encerróse lo mas que pudo el Embaxador, y al cabo de quatro dias, envió un recado al Conde para que fuese á sacarlo de cuidado. Fue el Conde, y le dixo con la mayor gravedad: *ya sabeis, que en esta Ciudad, el Domingo de Ramos hace el pueblo la ceremonia de representar á Jesu-Christo entrando sobre un asno en Jerusalen. Yo, pues, temiendo que no os eligiesen, al ver vuestra gordura, que hubiera sido causa de que reventaseis en el camino, me pareció muy propio avisaros, para que os libertaseis de tan mal rato.*

Jugando un Monarca al volante, con el Abad de cierto monasterio, picado de que jugaba mejor, le dixo: Abad, doite

á todos los diablos. *Señor*, respondió el Abad, *yo doy á V. M. á todos mis frayles, que son compañeros de todos los demonios.*

Un Orador Sagrado, muy joven, predicando la Pasion á unas Monjas, dixo las siguientes expresiones: *que nuestro Señor, sudando sangre en el jardin de las olivas, lloró como debia llorar, porque es todo ojos: que guardó silencio en presencia de Herodes, porque el cordero pierde la voz delante del lobo: que estaba enteramente desnudo en la Cruz, porque habia caido en manos de ladrones: que para condenar la vanidad de las pompas fúnebres, no quiso luces en su entierro, ni aun la luz del Sol; y en fin, que quiso ser puesto en un sepulcro de piedra, para hacernos ver que, aun muerto, aborrecia la molicie.* Esto se llama un sermon de retruécanos pedantes.

Un joven tartamudo, preguntaba en cierto pueblo: ¿hácia donde caia tal calle? Cabalmente, el preguntado era tambien tartamudo, y le respondió con grandísimo trabajo: el otro creyó que se burlaba, arremetió á él, y se empezaron á dar de porrazos: sobrevino un tercero á ponerlos en paz; y quando les preguntó la causa de su quimera, lo hizo tambien tartamudeando, porque casualmente tenia el mismo defecto. Juzgaron que el mediador se mofaba de ambos, y se agarraron los tres, hasta que habiéndoles hecho entender, la gente que acudió, su comun torpeza de lengua, quedaron muy amigos, y celebrando á carcajadas la aventura.

Cierta Dama, pidió á un poeta un consonante, para uno de los atavíos de su peynado. *No lo encuentro*, respondió el poeta, *porque lo perteneciente á la cabeza*

de una muger, carece de rima y de razon.

Dixo uno, queriendo elogiar á una muger: *fulana de tal, es uno de los hombres mas honrados que conozco.*

Lucio Craso, Romano, reprendió á Curio Domicio haber llorado la muerte de una lampréa. *Confieso mi debilidad*, le respondió Lucio, *pero al mismo tiempo, admiro tu constancia, pues has enviado tres mugeres al sepulcro, sin haber derramado una lágrima.*

Un Jurisconsulto, que habia casado con una muger bonita, pasó la primera noche de novios con la mayor continencia, de lo qual se vanaglorió por la mañana, alegando, que habia observado aquella noche los dos preceptos del Derecho Civil, *honestè vivere, neminem ledere.* (Vivir honestamente, á ninguno perjudicar.) Pero como la muger fuese hi-

hija de Jurisconsulto, y supiese tambien el Derecho, le replicó: y ¿has observado igualmente el tercer precepto de dar á cada uno lo que le es debido? ¿*Jus suum cuique tribuere*?

Cierto Religioso de un orden austerísimo, idolatraba su barba, que era muy crecida, y tanto la cuidaba, que un dia lo sorprendieron *rizándosela* y *entrapándosela*. Este es el hombre entregado á sí mismo. Por mas que le cubra un saco penitente y grasiento, hará vanidad de ello mismo.

Un Aleman joven, de hermosa presencia, amaba á una señora de complexîon vivísima; y queriendo, en cierta coyuntura, obsequiarla con un requiebro honesto, la dixo: Señora, os amo toda en Dios; pero ella, á quien no acomodaba tal especie de amor, le replicó: *pues amadme toda en diablo.*

Un Cortesano, anunció á su Monarca, que venia á arengarle, formada en Cuerpo, la Universidad, hija suya; y el Monarca le dixo: *pues será hermafrodita mi hija, porque tiene barbas.*

Cierto Confesor, de genio iracundo, vió que se le puso á sus pies un Sargento, y que empezó la confesion por decirle: *que se habia entregado al demonio.* El Confesor, no queriendo oirle mas, le despachó sin la absolucion, creyéndole ya condenado. A la verdad, que aquel Padre Espiritual no imitó, en la mansedumbre y tolerancia, al Salvador de los hombres.

Un Predicador, comenzó su sermon de esta manera: *Auditorio mio, en el viejo y nuevo Testamento se encuentran tres cabezas derrivadas de los hombros: la de Goliath, la de Olofernes, y la de San Juan: la primera, fue puesta en una pi-*

pica; la segunda, dentro de un saco; y la tercera, en un plato. La cabeza de Goliath, significa el orgullo; la de Olofernes, es símbolo de la impureza; y la de San Juan, es figura de la santidad. Plato, saco, pica: pica, saco, plato: estas tres cabezas compondrán las tres partes de mi discurso.

Un Caballero quiso baylar en cierta funcion, pero bayló tan mal, que hizo reir á todos los concurrentes: un amigo suyo, dixo con aquel motivo: que si el Caballero baylaba mal, peleaba bien. A lo que respondió otro: *pues que pelee siempre, y que nunca bayle.*

Un Cortesano se enamoró de cierta ramera pública: robáronle una noche dos ladrones quanto llevaba en las faltriqueras, y á la mañana siguiente dixo: no siento tanto el robo del dinero, quanto el de la cartera, que contenia los papeles

les de mi querida. Y un amigo suyo le replicó: *no dexarán de conocer su letra los ladrones.*

A un hombre de calidad, hizo un General no sé qué ofensa, y el ofendido le dixo: si no soy general, soy de la madera de que se hacen; y el General le repuso: *pues quando se hagan de madera, entonces podreis declararos pretendiente.*

Un Caballero, muy calavera, dixo en una tertulia á cierta dama: *á la verdad, Señora, que estais tan llena de arrebol y blanquete, que si os sobreviniera un desmayo, no se os conoceria en la cara.*

El mismo Caballero dixo á un Abate, que alababa con exceso á una señorita tonta y desenvuelta: *andad, amigo, que esa niña no es lo que decis, sino lo que callais.*

Pa-

Pasando cierto Médico por un pueblo, notó que en el Cimenterio habia crecido yerva por todas partes: aquello le pareció muy mal, y dixo al labrador que le acompañaba: que no debian tenerlo en tal estado; pero él le contestó así: *crece la yerva en el Cimenterio*, *porque aquí no tenemos médicos.*

Un mal autor compuso una tragedia, que apestó quando se representó: no obstante, dixo á un amigo suyo: mirad, amigo, la escena es en Capadocia, y para juzgar bien de mi obra, era menester transportarse á los mismos lugares, y conocer el genio de la nacion. *Decis muy bien*, respondió: *yo tambien creo que solo es buena*, *para representada en aquellos climas.*

Un hombre muy feo, fue sacado á baylar por una dama en cierta funcion. Esta

pre-

preferencia lo envaneció muchísimo, y la creyó debida á su mérito personal, de manera, que en los ojos se le leía la vanidad. Quiso en las vueltas tomarse algunas libertades, dando por hecho que la dama se habia enamorado de él; pero ella le ajó su vanidad diciéndole: *Caballero, os he preferido para baylar, viendo que erais el mas feo de la sala, porque mi marido es celosísimo, y no quiero causarle sospechas.*

Un criado, falto de talento, era en casa de sus amos el juguete de los demas criados, y á quien achacaban quanto mal hacian ellos: dicho criado se disculpaba tan neciamente, que daba lugar á creerlo culpado, y por ello recibia malísimo tratamiento. Dixéronle un dia, que el ama estaba embarazada: echó á llorar amargamente, y preguntándole sus compañeros la causa del llanto, les respondió: *ya vereis como me echan la culpa del preñado de la señora.*

Al-

Alfonso, Rey de Castilla, dió audiencia á un Caballero, quien le dixo: Señor, tengo un acreedor desapiadado, que no se cansa de perseguirme, por mas que diariamente lo contento: me ha arruinado, y continúa atormentándome: dadme, Señor, medios para satisfacerlo: preguntóle el Rey, quién era el acreedor, y él respondió: *Señor, es mi vientre.* Gustóle al Rey la agudeza, y lo recompensó magníficamente.

Preguntaron á un necesitado ¿de qué vivia? y respondió: *si me preguntáran de qué muero, responderia, que de hambre.*

Un Comandante Francés, hizo prisionera toda una pequeña guarnicion Española; y preguntando al Cabo de ella, ¿que de quántos soldados se componia? le respondió: *contad los heridos, los muertos y los prisioneros, y sabreis á punto fi-*

xo

xo el número, porque los españoles no sabemos qué cosa es huir.

Un hombre de entendimiento, dixo á un joven desdentado, que acostumbraba hablar obscenidades: *avergonzados de oir tus palabras, han huido los dientes de tu boca.*

Viendo cierto militar una Cruz grande, colocada entre dos tabernas, dixo: que habian puesto á Jesu-Christo entre dos ladrones: ofendióse uno de los taberneros de aquella expresion; pero el militar le replicó: *procura ser el buen ladron, y te salvarás.*

Un Caballero, dado al mundo, pero de mucho mérito, muy festivo, y entregado á las diversiones, tenia un hijo demasiado prudente y reservado. De este joven, pues, se dixo: *que para ser perfecto, le faltaban las imperfecciones del padre.*

Ha-

Hallándose un gran Monarca á caballo, á la cabeza de su exército, un soldado, que no podia sujetar al suyo por muy fogoso, se rozó, á su pesar, con el del Rey, quien, arrebatado, dió de palos con el baston al ginete: entonces este, presentando al Monarca una pistola, le dixo: Señor, quitadme la vida, pues me habeis quitado la honra. *Camarada*, le repuso el Rey, *olvida el agravio que acabo de hacerte, que yo me acordaré para repartelo.* Es admirable la presencia de espíritu de este soldado; pero no es menos de admirar la posesion de sí mismo del Monarca; quien en efecto lo adelantó rápidamente en la carrera.

Un Oficial de mucha antigüedad y mérito, tenia una pierna menos, y la otra casi impedida por la gota. Habia servido bien, y pedia en recompensa el gobierno vacante de una plaza. Díxole el Ministro:

que

que en el estado en que se hallaba, no debia pensar en mandos. *Pues, Señor*, le respondió: *en lo que no pienso es en servir, pero, en quanto á mandar, como nunca he mandado sino con la cabeza, no me hacen falta los pies.*

Un padre, que habia sido muy libertino, dixo á su hijo: instrúyante mis locuras, y aprende á evitarlas: pero el hijo le replicó: *padre mio, yo tambien quiero ser loco á mi vez.*

Cierto Caballero, en tiempo de Pasquas, regaló un pavo á un primo suyo: era numerosísima su parentela, y el pavo fue circulando, regalado de pariente en pariente, *hasta que volvió á su amo primitivo*; quien tuvo mucho regocijo de verlo en su casa, porque era en extremo avaro.

Dos

Dos hermanos, uno muy sosegado, y otro muy vivo, eran conocidos por los epitetos de juicioso y de loco: este dixo al otro un dia: *hermano mio, dame gracias por mi locura, pues con ella resalta mas tu juicio.*

Hubo un Consejero, que descuidaba las obligaciones de su ministerio, por darse demasiado á la música: tocaba delicadamente el violin, y por satirizarlo sobre el mal cumplimiento de sus obligaciones, decian: *que era el primer violin del Consejo.*

Un Cortesano cruzaba con su hijo uno de los salones del palacio: encontraron en él sentado á uno de los Ministros, que se entretenia en silvar. Saludáronlo, y él apenas correspondió con un ligero movimiento de cabeza: la expresion de su rostro era la de un hombre que se conside-

raba superior; pero el mordaz y discreto cortesano, volviéndose á su hijo le preguntó: *¿no es verdad que el Rey tiene un Ministro que silva bien?*

Un poeta, lleno de entusiasmo, y vacío de juicio, mereció, por una sátira picante, que le diesen de palos. De allí á poco tuvo con su impresor una desavenencia, y le dixo encolerizado: que lo haria morir á palos; pero el impresor le repuso: *ya sabeis por experiencia, que no se muere de esa enfermedad.*

Un pobre ciego se arrimó á un coche para pedir limosna á una meretriz, que iba en él, y decia: dad, Señora, limosna á un pobre hombre, que ha perdido los gozos de este mundo. La meretriz al oirlo exclamó: ¡pobre infeliz, que es eunuco! No, señora mia, replicó la criada, es ciego. *Tienes razon*, repuso la buena ama dando una carcajada, *la viveza*

de

de mi imaginativa me ha engañado.

Un hombre, condenado á las llamas, se escapó de las manos de la justicia. No pudiendo hacer otra cosa, lo quemaron en efigie. Aquel mismo dia cabalmente atravesó el prófugo una de las mas altas montañas de los Pirineos; y despues decia: *nunca he tenido mas frio, que el dia que me quemaron.*

Luis Aima, célebre sábio del siglo pasado, nunca pudo fixarse en religion ninguna: cada qual queria traerlo á la suya, pero nadie lo consiguió. Un dia le dixo en el Haya su huéspeda, que habian llegado muchos ministros Luteranos, Anglicanos, Calvinistas, Armenios, Gomaristas &c., que manifestaban grandes deseos de hablar con él. *Pues, amiga*, le dixo, *ruegoos que digais á esos señores, que es inutil su venida, pues he determinado morir incognito.*

Cierto Cura rehusó el título de alteza á un Duque de Mantua, dando por razon: que su Breviario, en donde habia aprendido el Ceremonial, no daba aquel título sino á Dios: *tu solus magnus*, *tu solus altissimus*.

Oficiando el Papa Bonifacio VIII un Miércoles de Ceniza, dixo, al ponérsela al Arzobispo de Génova, que era de la casa de Spinosa: *memento homo quia Gibellinus es*, *&* *cum Gibellinis in infernum descendes*. Los Gibelinos eran los que tomaban el partido del Emperador, y los Güelfos los que tomaban el del Papa.

Administrando un Religioso el Viático, por enfermedad, á una Abadesa, la presentó la hostia diciendo: *accipe soror Viaticum*; pero ella le detuvo la mano con orgullo replicándole: *decid mater*, pues que así os lo manda un Decreto.

Aque-

Aquella humilde Religiosa, aunque moribunda, preferia su punto de honra de ser cabeza de la orden, á la humildad christiana correspondiente á tan santa ceremonia.

Un Caballero, llamado Pablo, estaba enamoradísimo de una señora principal, y aunque mas ella lo atormentaba con su indiferencia, nunca perdia las esperanzas. Encontróla cierto dia á la entrada de una Iglesia, y queriendo darla agua bendita, ella lo miró de hito en hito, y le dixo: *Saule, Saule, quid me persequeris*? Pablo, Pablo, ¿por qué me persigues? haciendo alusion á su nombre.

Don Bartolomé de Carranza, Arzobispo de Toledo, dixo á dos Obispos que le acompañaban por honor, quando fue conducido al Santo Tribunal: voy á la prision en medio de mi mayor amigo, y de mi mas acerrimo contrario. Quedaron

sorprendidos ambos Obispos al escucharle, no sabiendo á qual de los dos habria tocado la nota de su enemigo. *Señores*, continuó el Arzobispo, *no me entendeis: mi mayor amigo es mi inocencia, y mi mayor contrario el Arzobispo de Toledo.*

Cierto Magnate dió en una ocasion de palos á su médico; pero este le dixo huyendo: *acordaos, Señor, de mi facultad.* Como si dixera: mirad que tengo derecho para mataros con las acostumbradas ceremonias.

Un Médico de fama edificó una casa, que tenia sus vistas principales al Cimenterio de una Iglesia vecina; y un satírico dixo con aquel motivo: *que habia querido gozar la complacencia de contemplar sus obras.*

Salieron dos Caballeros á reñir: el uno de ellos tiró al otro un pistoletazo,

y

y no le acertó: este disparó otro tiro, pero al ayre, diciendo á su contrario: veamos si tendreis mejor éxîto con la espada. Basta, amigo, le replicó: yo os rindo voluntariamente la mia, porque no puedo esgrimir sin ser tan ingrato, como vos sois generoso. Dicho esto, se abrazaron, y quedaron íntimos amigos.

Juan Jorge IV, Elector de Saxonia, predecesor y hermano de Federico Augusto, Rey de Polonia, tuvo una concubina tan hermosa, que no se la podia mirar sin admiracion. Esta belleza murió en Dresde de viruelas el año de 1694. Pegósele la enfermedad al Elector, á fuerza de abrazarla en el féretro, y murió tambien diez dias despues.

Sobre este raro y funesto accidente, se compusieron los versos que siguen:

Fatal víctima es Filis de la parca:
Ciego de sus amores el Monarca,

Juzgó librarla de su acerba suerte:
Quiso abrazarla, y abrazó la muerte.

A un sábio célebre, llamado Barthio, fue á visitar un inglés, y durante la visita no se hablaron una palabra, contemplándose uno á otro. Por último, Barthio le volvió la espalda al estrangero, diciéndole: *ya que me habeis visto por delante, miradme ahora bien por detras.*

Dicen los Chinos, que ellos tienen buenos ojos; que los Europeos son tuertos; y que los demas hombres son ciegos.

Cierto Juez ternísimo, era fiscal en el pleyto de una muger hermosa: enamoróse de ella, y empezó á cortejarla. Como la tal tenia tanto interes en ello, porque su pleyto era de conseqüencia, lo recibia con mucho agrado; y la ambicion de ganar su pleyto, hizo en su pecho los mismos efectos que hubiera hecho el amor:

amor: rindióse en fin al Juez, pero perdió el pleyto; pues quando llegó el caso de juzgar, fue el Juez mas equitativo que amoroso. La desgraciada hermosura le hizo mil reconvenciones; pero él la respondió así: *Señora, quando juzgo, juzgo; y quando enamoro, enamoro.*

Decia cierto personage: *que no podia persuadirse á que Dios amase á los necios.*

Hallándose un anciano riquísimo para morir, hizo su testamento, y dexó mandas para todos sus criados, *en caso de curar de aquella enfermedad*: ellos lo cuidaron con tanto amor, que salió del peligro felizmente; pero él les cumplió religiosamente lo mandado. A la verdad, que es una locura dexar mandas para despues de la muerte, porque en este caso, son los domésticos interesados en que muera el enfermo. Al contrario del otro modo.

Mu-

Muchos hombres se han hecho célebres por sus delitos; pero á la verdad, *que su reputacion es un escándalo.*

Un Príncipe trató de pícaro á un palaciego discreto, y él le replicó: *Señor, en todos estados los hay.* Entendiólo el Príncipe, sin necesitar de comentario, y con todo lo llevó á bien.

A un Superintendente de rentas Reales, le presentó cierto amigo suyo un poeta, diciéndole: he aquí un hombre, que os dará la inmortalidad, si le diereis de que vivir: á lo que replicó el Superintendente: alabar á un hombre de mi empleo, es provocar al pueblo para que se enfurezca contra él: es despertar al gato que duerme: como el poeta que me presentais tuviera el secreto de hacerlo callar, mientras yo viviera solamente, le acomodaria muy á su gusto. Y despues dirigiendo la palabra al

poe-

poeta, le dixo: amigo, os serviré en quanto pudiere, pero á condicion de que vuestra musa ha de enmudecer para mí: *los Superintendentes solo son buenos para maldecidos.*

Decia un chistoso: que entre el Sacramento de la Penitencia; y el del Matrimonio, hay la diferencia de que en el primero, *al arrepentimiento sigue la alegria, y en el segundo, á la alegria el arrepentimiento.*

A un hombre de mediano nacimiento, llamado Juan del Valle, elevó su Monarca, por predileccion, á las mayores dignidades. En una concurrencia numerosa, alabó dicho favorecido al Monarca con elogios excesivos, y concluyó diciendo, que era un santo: hallábase un poeta entre los concurrentes, y compuso el siguiente dístico latino, que corrió de mano en mano:

Quis

Quis neget Monarcam miracula prodere mundo,
Qui fecit montem qui modo vallis erat.

¿Quién osará negar que el Rey es santo,
Quando hace al mundo muestra del prodigio
De convertir los valles en montañas?

A un General de exército, que llevaba una pierna de madera, le llevó la otra un cañonazo enemigo, yendo á recorrer los puestos; y dixo en tanto conflicto con la mayor frescura y tranquilidad: *el cañon las ha con mis piernas, pero á bien que llevo otra de madera en mi bagage.* ¡Admirable presencia de espíritu!

Segero, sábio aleman, hizo grabar en una lámina de bronce su retrato de cuerpo entero, debaxo de un Crucificado, á quien preguntaba: Jesus, ¿me amais? y el Salvador le respondia: *sí, ilustrísimo,*

ex-

excelentísimo, y doctísimo Señor Segero, dignísimo Rector de la Universidad de Wirtemberg: sí: te amo.

En tiempos pasados, pleytearon los Médicos con sus Practicantes sobre asunto de precedencia. Preguntó el Juez á las partes: ¿qué orden observaban el ladron y el verdugo, quando caminaban al suplicio? Respondiéronle unanimemente: que el ladron marchába delante, y el verdugo detras. *Pues bien*, dixo, *que el practicante anteceda, y que el médico le siga.*

Cierto militar tenia un criado antiguo y fiel: ambos eran aficionadísimos al vino: hicieron un convenio de que cada uno se embriagaria un dia, para que siempre hubiese uno en su cabal juicio; y lo cumplieron por largo tiempo escrupulosamente. Pero sucedió, que el dia despues de haberle tocado la embriaguez

al

al amo, fueron unos amigos á convidarle para que reiterara la buena obra: obligáronle, por fin, á que soltara su palabra de admitir el convite. Mas como no queria usar del derecho de embriagarse dos dias seguidos, en perjuicio del convenio hecho con su criado, procuró emplear toda su eloqüencia para que se lo permitiese. Inflexible el criado, le respondió, que no se cansara, porque queria llevar á efecto el contrato. Hízole su amo mil ofertas, y para conclusion le dixo: que tenia empeñada su palabra. Replicóle el criado, que él tambien tenia dada la suya de emborracharse aquella misma noche. Finalmente, ambos esclavos de su honor, partieron á embriagarse. El amo fue quien vino primero á casa por la noche, y se quedó dormido sobre una silla junto al fuego. Poco tiempo despues llegó el criado; y apenas entró quando, no pudiendo sostenerse sobre las piernas, cayó redondo en el suelo, derrivando en

la

la caida una mesa, donde estaba un candelero alumbrando. Al ruido despertó asustado el amo; y viendo á su criado en tierra, haciendo esfuerzos inútiles para levantarse, le dixo con torpe y vinosa voz: ¡ah, borracho, que me lo rompes todo! ¿no te avergüenzas de venir en ese estado? Entonces, probó á ayudarle para que se levantase, y no pudiendo hacerlo, cayó sobre él. Acudieron á socorrerlos, y luego los dexaron, quedándose á la puerta, para ver el desenredo de aquella comedia. Se querellaron recíprocamente, y se reprendieron su borrachera; pero el criado dixo ademas á su amo, que no era hombre de palabra. Picado este, le mandó salir del quarto, amenazándole, si no, que le romperia la cabeza. Despidióse el criado, muy sentido del mal modo con que se le trataba. Fue derecho al guarda-ropa, tomó sus andrajos, y los metió en una maleta. Presentóse á su amo cargado con ella, y
con

con la firmeza de un héroe: movido el amo de aquel espectáculo, le dixo con voz tierna: ¿es esta la eterna fidelidad que me habias jurado? Respondióle el criado: quando un amo es ingrato, merece que lo abandonen: ¿creeis, continuó, que no podré encontrar un amo que me merezca? Sí; le añadió el amo sobre el mismo tono; pero ¿dónde encontrarás uno que te permita emborracharte un dia sí, y otro no?.... Como aquello fue tocar la cuerda del instrumento, que iba derecha al corazon del criado, no pudo este resistirse á la impresion que hizo en él este privilegio, que estimaba mas que todos sus gages. Enterneciósele el corazon al instante, y comenzó á sollozar de sentimiento: arrojó la maleta al suelo, y prometió á su amo, que le serviria toda la vida. Diéronse las manos, hízose la paz, y luego se quedaron dormidos, el criado en la desnuda tierra, y el amo en un sillon. Por la mañana, al despertarse, se

mi-

miraron uno á otro, y soltaron una carcajada. *Nada tenemos que echarnos en cara*, dixo el criado: *tienes razon*, repuso el amo, *pelitos á la mar*.

Un Médico, de grandísima reputacion entre las Damas, dixo un dia: que habia aprendido en Paracelso secretos sublimes. Instáronle para que dixese alguno, y contó, que aquel sabio enseñaba el arte de hacer hijos, sin el ministerio de la muger. Las señoras, que tal oyeron, exclamaron á una voz: *que Paracelso era un autor endemoniado, y que era menester quemar públicamente su libro.* Quiso el Médico justificar al autor; pero las Damas se arrojaron á él, y le pararon de manera, que tuvo que escaparse á la calle, sin peluca ni sombrero.

El famoso y antiguo Duque de Alva, llevó á un bayle de máscaras á su querida: un cierto Caballero la dixo al pasar,

aludiendo al título del Duque, ¿qué dice el Alva? y el Duque respondió por ella: *dice, que todas las estrellas desaparecerán á la vista del Sol que anuncia.*

Plutarco refiere, que un hombre, para quien Lysias habia formado una defensa, dixo despues de haberla leído: la primera vez que la leí, me pareció buena, la segunda, mediana, y la tercera, mala. *Pues bien*, le replicó Lysias, *buena es, porque no se lee mas de una vez sola.*

Cierto hombre, presumido de sabio, se puso á componer, en casa de un amigo suyo, un sistema del mundo. Pasó diez dias afanadísimo en su trabajo; y fastidiado ya el amigo de su compañia, le dixo: *quando Dios crió el mundo, ya sabeis que descansó al séptimo dia.*

Un poeta, llamado Pontano, hizo el siguiente solo verso, que incluye un enigma

ma sobre un agujero, preguntando así:

Dic mihi, quid majus fiat quo pluria demas?

Y un satírico le respondió seguidamente:

Pontano demas Carmina, major erit.

Un Caballero necio, vió un dia en el patio de su casa un gran monton de basura. Riñó al Mayordomo, porque no habia mandado sacarla; pero este le dixo: que faltaban carretas para ello. ¡Carretas! replicó el amo; pues ¿no puedes echarla en un hoyo que se haga en el corral? Y ¿dónde pondremos, repuso el Mayordomo, la tierra que se sacare? ¡*Bárbaro*, añadió el amo encolerizado, *tienes mas que hacer abrir un hoyo tan grande*, *que todo quepa en él*!

Mírabase un Monarca al espejo, y admirado de verse con tantas canas, dixo: *las arengas que me han hecho desde mi advenimiento al Trono*, *y particular-*

*mente las de **** me han encanecido antes de tiempo.*

Un Académico, que estaba haciendo exercicios en un Convento, asistió á las tinieblas el Viernes Santo, pero se estubo durmiendo hasta el fin. Al despertar, le dixo un Religioso: por cierto que el sueño os ha acortado las tinieblas. *Sí*; respondió: *eso es cabalmente, segun aquello de Marcial: somnus qui faciat breves tenebras.*

Hablábase delante de Pio V, de los muchísimos beneficios que poseía el Cardenal de Lorena. *Pues á mí*, dixo el Papa, *no me acusarán de pluralidad: todo el mundo sabe que no tengo mas que uno.*

A una Dama, que llevaba un jubon cargadísimo de bordado de plata y oro, le dixo un chistoso: *Señora, ¿qué platero hizo ese jubon?*

Un

Un Oficial de mérito, andaba con mucho trabajo, á causa de una pierna herida en cierto reencuentro. Un bufon inoportuno le dixo: pareceis hecho de una pieza; pero un amigo del Oficial, le replicó: *y ¿qué importa, si la pieza es buena?*

Cierto Cardenal, fue á visitar á un Cura; y estando todavia en su casa, empezaron á tocar las campanas estrepitosamente, por un sugeto de calidad, que acababa de morir, de manera, que no podian entenderse. Preguntó el Cardenal al Cura, ¿cómo no le importunaba aquel ruido? pero el Cura respondió muy al caso: Señor Eminentísimo, *tantum valent, quantum sonant.*

Un Orador, habia fastidiado á su auditorio predicando las Bienaventuranzas. Cierta Señora le dixo, acabado el

sermon: Padre mio, os habeis olvidado de una. ¿De qual? replicó el Predicador. De esta: *Bienaventurados los que no han asistido á mi sermon.*

Cierta Dama, muy ligera de cascos, dixo un dia á una amiga suya: ¡qué pesada tengo la cabeza! ¡me duele mucho! Y la amiga le repuso al instante: *pues, sin duda, es algun cuerpo estraño, que te se ha metido en ella.*

Cantábase el Credo en cierta Catedral con unas voces malísimas: una Dama, que estaba en la Iglesia, dixo: ¡Jesus, qué algaravia! Y volviéndose al instante hácia los que la habian oido, añadió: *cuidado, señores, que no renuncio á la fé: hablo del canto, no de la letra.*

Hubo un cierto Predicador, de cuyos sermones huía todo el mundo: este, pues, para poder predicar, solia pedir á algu-

gunos amigos suyos, que fuesen á oirlo: uno de ellos le envió á decir un dia: *que no iba, por no interrumpir su soledad.*

Un Caballero ignorantísimo, decia, siendo ya viejo: *quisiera ser lacayo, tener diez y seis años, y saber lo que sé.*

Cierta Señora, que estaba hablando á un Ministro, advirtiéndolo distraido, le dixo: *dadme, á lo menos, alguna señal de que me escuchais.*

A un Monge, que padecia mal de piedra, fue menester hacerle la operacion, y al comenzarla dixo al Cirujano: *amigo, y ¿quedaré impotente?*

¿Por qué no llevais guantes? (preguntó cierta Dama á un Caballero muy chistoso.) Y él respondió: *si no puedo parar dentro de mi mismo pellejo, ¿cómo he de parar dentro de otro?*

Un hombre, que se habia vanagloriado de su valor, huyó en cierta ocasion de su contrario; y uno de los testigos de sus fanfarronadas que lo vió correr, le gritó: ¿á dónde está ese valor? y él, sin dexar de correr, le replicó: *en las piernas.*

En una Misa mayor, preguntó cierto labrador á otro: ¿por qué no cantas tambien? y le respondió: *dexa venir el per omnia.*

Confesóse un Lacayo de haberse emborrachado muchas veces, y, despues de absuelto, sacó medio real para dárselo al Confesor, quien le repuso: *hijo mio, guárdalo para beber.*

Habiéndose muerto el Médico de cierta Señora, le presentaron otro, diciéndola: aquí teneis vuestro primer Médico;

co; y ella respondió: *teneis razon, porque no he tenido otro.*

Noticiáronle á un Caballero, que cierto amigo suyo, hombre limitado, habia sido admitido en el Colegio de los Cardenales, á lo que contestó seguidamente: *pues es el primer Colegio donde ha entrado.*

Un Clérigo, que estaba muy mal con su Obispo, juró que no habia de volver á rogar á Dios en su Diócesis. Sucedió que, pasando un rio, comenzó á abrirse la barca que lo llevaba: díxole el barquero: que no les quedaba mas recurso que el de encomendarse á Dios: entonces le preguntó el Clérigo: *¿estamos todavia dentro de la jurisdiccion de mi Obispo?*

Murió una señora de noventa y tres años; y otra conocida suya, que tenia seis meses menos de edad, dixo muy afli-

gi-

gida: ¡*ay de mí*! ¡*cabalmente era ella la única que habia entre la muerte y yo*!

Dos Señoras, sordas ambas, determinaron ir juntas á presentarse á un Capuchino, que corria con fama de hacer milagros, para que las curase de la sordera. Un chistoso, que lo supo, dixo: ¿*cómo se compondrán esas dos Señoras para ir en conversacion? En la vuelta no se me ofrece dificultad, porque ya estará hecho el milagro.*

Un Bernardino y un Benedictino, se encontraron en un meson: quisieron comer juntos, y pasaron entre sí muchos cumplimientos sobre la bendicion de la comida. Finalmente tomó la palabra el Bernardino, y dixo: *Benedictus benedicat.* Pero el Benedictino, queriendo continuar el cumplimiento sobre el mismo tono, dixo: *Bernardus bernardet.*

Un

Un Caballero autor, tenia entre sus manos la de una dama muy linda: retiróla ella á su tiempo; y un discreto, que se hallaba presente, dixo al autor: *ved ahi la mejor obra que ha salido de vuestras manos.*

Un Marques joven, que se habia casado con una Condesa vieja muy rica, se divertia con otras mugeres, á expensas suyas, y lo que era peor, la trataba mal, deseando con impaciencia que se muriera, para gozar libremente de las riquezas que le habia ya legado por testamento. Conocia muy bien la vieja el disparate que habia hecho; aunque no era el desprecio de su marido lo que mas cuidado la daba: temia sí, que no quisiese deshacerse de ella por algun modo violento. Llegó el caso de enfermar, y comenzó á gritar diciendo: que la habian envenenado. ¡Cómo es eso! le dixo el Marques

de-

delante de muchas personas: ¿á quién acusas de semejante delito? A tí, le respondió la vieja. ¡*Ay, señores*! exclamó el marido: ¡*no hay cosa mas falsa*! ¡*que la abran inmediatamente, y se verá la calumnia*!

Un Predicador dixo, antes de empezar su sermon: *oyentes mios, encomiendo á vuestra caridad á una señorita*, *que no tiene bastantes bienes para hacer voto de pobreza.*

Estaba un Monarca en su jardin tomando el sol, que calentaba demasiado. Suscitóse la conversacion de que los Príncipes no querian á nadie. Replicó el Monarca, que aquello no hablaba con él, porque estimaba mucho á sus amigos. *A lo menos*, repuso un Cortesano de buen humor, *si V. M. no los quiere cocidos, los quiere asados.*

Unos Eclesiásticos dixeron á un Arzobispo: que no alcanzaban cómo habia podido componer el no tener pleytos con su Cabildo: á lo qual respondió: *que solamente los maridos lugareños pegaban á sus mugeres.*

Cayó un rayo en una Iglesia de Padres Carmelitas, y con aquel motivo, dixo así un satírico: *Dios ha mostrado su misericordia con los PP., dirigiendo el rayo á la Iglesia, pues si hubiera caido en la cocina, peligraba toda la Comunidad.*

El que hacia de Subdiácono en la misa celebrada en las exêquias de Sixto Quinto, luego que comenzó la Epístola, *Fratres nolumus vos*, quedó por un rato en silencio. Esto dió lugar á la interpretacion de que no querian mas Frayles para Papas. Efectivamente, no los ha habido desde entonces.

Pre-

Presentando un mal poeta, á cierto Príncipe, el epitafio de un célebre dramático, le dixo el Príncipe al poeta: *mas quisiera que el muerto me presentara el tuyo.*

A un jugador, que se mudaba de casa, preguntó un Caballero, ¿si la habitacion tenia bastante luz? y le respondió: *amigo, ha nueve años que vivo en ella; pero me he recogido por las noches tan tarde, y he salido tan temprano por las mañanas, que no he podido hacer semejante reparo.*

De un hombre que maldecia de todo el mundo, y que nunca comia en su casa, se dixo: *que no abria la boca, sin que fuese á expensas de otros.*

En la Ciudad de Florencia se buscaban dos Franceses, pero no pudieron encon-

contrarse en mucho tiempo. Un dia, que, sin saberlo, se hallaron ambos en una plaza donde habia grande concurso, tocaron la Oracion; y como todos los Italianos se arrodillaron, *quedando de pie ambos Franceses*, se reconocieron allí mismo.

Quejábase una Señora de que se constipaba siempre que iba á comprar algo á las tiendas, porque no estaban cerradas como los quartos; y su marido la dixo: *mira, muger, creeme, y no vayas á ellas, sino los Domingos y las fiestas.*

Un Eclesiástico, muy presuntuoso, se cortó predicando en cierta Catedral. A la mañana siguiente recibió una carta con este sobrescrito: *A Don N. residente en la Catedral.*

Preguntándole á una muger ¿cómo habia podido oir el sermon desde tan lejos?

jos? respondió: *porque el predicador me hablaba con las manos, y yo le oia con los ojos.*

Un chistoso, para saber si alguno daba de comer, preguntaba: ¿*se le ve al medio dia*?

Oyendo un Señor, muy necio, cantar la Epístola, que empieza: *In diebus illis*, y queriendo mostrar que sabia algo de latin, dixo: *Indiæ*, son los Indios; pero *busillis* no sé lo que es.

Preguntáronle á un Cura ¿cómo se llamaba el Santo, Patron de su Iglesia? y respondió: *os aseguro que solo le conozco de vista.*

Un Obispo, llamado Pontus de Tyard, asistió á la ceremonia de un bautismo en calidad de padrino. El Cura se rehusaba á poner al niño el nombre de Pontus, por-

porque no conocia Santo ninguno de aquel nombre. Pues ¡cómo, señor Cura! le dixo el Obispo: ¿no os acordais del Santo de quien la Iglesia hace mencion en el hymno *Quem terra, Pontus, æthera*? El Cura, que sabia poquísimo latin, le satisfizo diciendo: *es verdad, Ilustrísimo Señor, no me acordaba.* Y al instante bautizó al niño.

Considerando un dia cierto Abogado un quadro, que representaba la justicia y la paz abrazándose, dixo á un amigo que le acompañaba: *mirad como se despiden para nunca mas verse.*

Hallándose un delinqüente para ser ahorcado, se encaró con el Oficial de la Sala, que iba mandando la comitiva, y le dixo: os emplazo para comparecer de hoy en un año ante el Tribunal de Dios: pero el emplazado le replicó: *es muy*

regular que haga falta, *porque tendré ocupacion aquel dia.*

Predicando en Roma un Italiano el sermon de S. Lucas, en la Iglesia de Santa Martina, tomó por texto: *salutat vos Lucas medicus.* Y un Cardenal, que allí se encontraba, dixo: *ed io anche lo riverisco*; y se fue.

Cierto Presidente de un Consejo mandó dar de palos á un Abogado; y viendo que aquello se alborotaba, dixo uno de los Consejeros: *que se queme el baston*, *y con eso se reducirá todo á humo.*

Presentóse un Lacayo, chorreando de sudor, á su amo, diciéndole: Señor, he venido en diligencia; y el amo le replicó al instante: *hijo mio*, *ya lo huelo.*

Una

Una Dama tenia un galan muy bien pagado. Cierto dia, que ella habia dado otra cita para tal parage, se presentó en él el amante asalariado, con quien encarándose ella, le dixo: ¿quién os ha dicho que aquí estoy? *Señora*, le respondió, *pues ¿no sabeis que tengo buena nariz?*

Preguntando un amigo á otro ¿por qué causa no solian volverse á sus dueños los libros prestados? respondió: *porque es mas facil retener los libros, que lo que contienen.*

Estando un Militar en la trinchera, le llamaron sus amigos á comer; pero él les dixo: *no comeré hasta asegurarme de la digestion.*

En el último sermon de una Mision, que se predicaba en cierta Parroquia, llo-

raron todos los oyentes, menos uno, á quien preguntó el que estaba junto: ¿por qué no lloras? y él respondió: *porque no soy de esta Parroquia.*

A una Dama, que hablaba muy en secreto con un Caballero, la preguntó su marido: ¿qué es lo que estás hablando? y ella respondió: *lo que era imposible que adivinaras, porque hablabamos bien de tí.*

Dos Señoras, que pasaban ya de los cinqüenta, y que querian ocultar su edad, se visitaban anualmente cada primer dia del mes de Enero, diciéndose la una á la otra: *con que, amiga, ¿qué edad hemos de tener este año?*

En un combate de mar de Venecianos contra Turcos, se metió un Veneciano en la bodega; y quando se finalizó el cañoneo, sacó la cabeza preguntando: ¿*siam pre-*

presi, *ò aviam preso*? ¿nos han tomado, ó hemos tomado?

Un Caballero muy novelista estaba siempre circundado de gentes, que acudian á oir sus novedades: entre ellas se presentó un Lacayo, y el Caballero lo quiso echar del corro; pero él le repuso: *Señor*, *yo estoy aquí guardándole lugar á mi amo.*

Dos Petimetras, que se hallaban de muy mala gana en una visita, bostezaban á cada instante, hasta que la una dixo á la otra: *amiga*, *aquí llueve á cántaros el fastidio.*

Cierto famoso Abogado, llamado Adam, componia siempre las arengas para otro Abogado mediano. Cayó enfermo el primero, y vióse precisado el segundo á arengar en el tribunal como pudo. Estando en lo mejor de su oracion,

exclamó uno de los Consejeros: *Adam, ubi es*? ¿Dónde estás, Adan?

Un Obispo puso en su testamento esta cláusula: *y nada dexo á mi Mayordomo, porque ha diez y ocho años que me sirve.*

Llevaban á enterrar una muger, que al parecer habia muerto de un accidente, y por casualidad, quando la conducian á la Iglesia, la pasaron por junto á unas zarzas: picáronla las espinas, y volvió de su letargo, de manera que vivió catorce años mas. Murió finalmente de veras, y quando la fueron á enterrar, dixo el marido á los conductores: *por Dios os pido, amigos, que no arrimeis el cuerpo de mi muger á las zarzas.*

De una Dama, que se hacia el peynado altísimo, se dixo: *que habia dado con el secreto de ponerse la cabeza en medio del cuerpo.*

A

A un Cura de un lugarcillo, se le entraron por las puertas unos Caballeros huéspedes hambrientos. Hízoles primero muchos cumplidos y agasajos; pero, queriendo librarse de ellos, tomó su breviario en la mano para salir. ¿A dónde va el Señor Cura? le preguntaron los huéspedes: *Señores*, les respondió, *voy, mientras se prepara la comida, á reconciliar á un pobre apestado, á quien confesé esta mañana.* Lo mismo fue oir aquello los Señores, que se despidieron del Cura, imaginándose ya contagiados.

El Papa Inocencio XI era hijo de un Banquero. Fue elegido Papa en 21 de Setiembre, dia de San Mateo; y aquel mismo dia dixo Pasquino: *invenerunt hominem sedentem in telonio.*

Cierto Monarca dió un beneficio á un hombre, con la condicion de que no ha-

bia de pleytear mas; pero al besar la mano al Rey, en agradecimiento, le dixo: *Señor, déxeme V. M. siquiera un par de pleytos para mi diversion.*

Habia en Roma una familia, que contaba en ella un Santo nuevamente beatificado: esta familia dió algunos motivos de queja al Papa Urbano VIII, hasta obligarle á decir: *son unos ingratos, quando saben muy bien, que he beatificado á un pariente suyo, que no lo merecia.*

A un Obispo, que hacia la corte al Papa Paulo III, con el fin de ser nombrado Cardenal, le dixo un dia este Papa: tengo entendido que sois bastardo; pero el Obispo respondió: vostra Santità à fatti Cardinali tanti asini, che ben potrebbe far Cardinale anche un mulo. *Vuestra Santidad ha hecho tantos burros Cardenales, que no sería mucho hiciese Cardenal á un mulo.*

El

El Marques del Carpio, Grande de España, Vi-Rey de Nápoles, y hombre de mucho mérito, al entrar un dia en cierta Iglesia de Madrid, dió agua bendita á una dama, que le presentó la mano descarnada y feisima, pero con un grueso diamante en el dedo: no pudo contenerse, y dixo en tono de voz bastante alto para ser oido de la dama: mas quisiera la sortija que la mano; pero ella arrimándose, y asiéndole del collar de la orden que llevaba, le repuso: *y yo mas apreciaria el cabestro que no el asno.*

Una Señora, que hablaba un poco de italiano, queriendo elogiar á otra señora, que era Italiana, la dixo: *non sono tanto meretrice come vostra signoria. No soy tan meretriz como V. S.* Quiso decir que no tenia tanto mérito como ella, y dixo un disparate.

Lle-

Llevaron á bautizar á una criatura á la Iglesia de una aldea: el Cura, que habia bebido algo mas de lo ordinario, no podia encontrar el parage del bautizo en su Ritual, y decia de tanto en tanto ojeando: ¡*qué dificultoso de bautizar que es este niño!*

Un Enviado Francés á Mantua, hablando de las mugeres francesas con una dama principal, la dixo, que iban por la calle con la cara descubierta. La dama replicó, que tendrian la tez quemada; pero el Francés la añadió: *no señora, porque llevan máscara.* No dexó de reir la dama, comprendiendo el equívoco.

Un Italiano llevaba un bulto debaxo de la capa: encontróse con un Francés, quien le dixo: ¿qué llevas ahi? Un puñal, respondió el Italiano. Pero viendo el Francés que era una botella de vino,

le

le replicó, despues de habérsela bebido toda: *toma, que te regalo la vayna.*

Estaban dos Caballeros contándose las proezas de su juventud. Dixo el uno, entre otras cosas, que en un combate de mar habia quitado la vida en un navío á trescientos hombres. Y yo, repuso el otro, hallándome en Suiza, me descolgué por una chimenea para ver á una hermosa vecina mia á quien yo amaba. Replicóle el otro, que no podia ser, porque en aquel pais no habia chimeneas. ¡*Pues es posible*, añadió el primero, *que os haya yo dexado matar trescientos hombres en un navío, y que no querais dexarme siquiera una vez, baxar por una chimenea en Suiza para tener el gusto de hablar con una muger bonita*!

Celebraba un Caballero en cierta concurrencia, el sermon que acababa de oir de un Capuchino, y dixo por último, que ha-

habia predicado como los Apóstoles. No fue gran cosa dicho sermon, y uno de los concurrentes, que tambien lo habia oido, añadió: *cierto que ha predicado como los Apóstoles, pero como los Apóstoles antes que hubiesen recibido al Espíritu Santo.*

A un Cura de una Parroquia, que era muy chiquita, le dixo un amigo suyo: Señor Cura, necesitais una nave mayor; pero él le repuso al instante: *me contentaria con la barca de San Pedro.*

Un Caballero, muy buen latino, hablaba en este mismo idioma con cierto Nuncio, limitadísimo en él. Trataban de la magnificencia de las habitaciones de las fondas francesas. Y queriendo el Nuncio hacer muestra de su afluencia latina, dixo al otro: *in Italia nos habemus pulcros cubiculos, pulcros cabinetos......*

Un

Un hombre, que tenia enemigos muy temibles, consultó á un oráculo para saber si, abandonaria, ó no, el pais. Tuvo por respuesta: *Domine stes securus.* Con esto permaneció quieto en su casa. No obstante, de allí á unos dias sus enemigos la pegaron fuego, de modo que apenas pudo salvarse. Pensando entonces con mayor madurez en el oráculo, reconoció, aunque muy tarde, que no debió haber entendido *Domine*, sino *Domi ne stes securus.*

Alexandro VIII, que fue elegido Papa á los setenta y nueve años de su edad, y que en solas tres semanas habia ascendido á todos sus sobrinos, preguntó á uno de sus familiares ¿qué decian de él? Respondióle: que decian, que no perdia tiempo en el adelantamiento de su familia: á lo qual replicó: ¡*oh*! ¡*oh*! *sono vinti-tre hore è mezza.* Ya son las veinte y tres y media.

Un

Un Caballero se mandó enterrar descubierto, y con hábito Capuchino. Cierta muger, á cuyo marido quitó la vida el difunto, viéndole pasar de aquel modo, se puso á gritar en medio del acompañamiento, diciendo: *por mas que te disfraces, nuestro Señor te conocerá.*

Una Señorita, cuya hermana mayor era Duquesa, viendo que tambien la menor se casaba con otro Duque, dixo muy apropósito: *heme aquí entre dos sillas, y con el trasero en tierra.*

Walher, poeta inglés, compuso en bellos versos un excelente Panegírico de Cromwuel, mientras era protector. Pero habiéndose restablecido en el Trono Carlos II en 1660, Walher le presentó tambien unos versos en alabanza suya. Leyólos el Rey, y despues le dixo: que los habia hecho mejores para Cromwuel:

Wa-

Walher entonces, para salir del apuro, repuso á S. M.: *Señor, nosotros los poetas trabajamos mejor en ficciones que en verdades.*

Dixo un Caballero en cierta tertulia: todos los Príncipes de la Europa estan contra nosotros: y uno de los concurrentes replicó al instante: *pues ¿por qué no aconsejan al Introductor de Embaxadores, que haga demision de su empleo?*

Cantando un Cura la Misa de Requiem, por el alma de un hombre riquísimo, dixo, al presentarle la Ofrenda, que fue un Cirio lleno de escudos de oro: ¡*qué hermosas son las ceremonias de la Iglesia*!

En cierto libro, impreso fuera del Reyno, se lee, que llamando San Miguel á las puertas del Cielo, y preguntando S. Pedro ¿quién llama? respondió S. Mi-

guel:

guel: *un Carmelita*: entonces replicó San Pedro: *¡válgate Dios por Carmelitas! ¡no se ven aquí mas que Carmelitas! Quando haya doce ó catorce juntos abriré.*

Murió un Arzobispo, y empezaron todos los circunstantes á robar quanto habia en la casa. Entre ellos se hallaba un Frayle, que acababa de apoderarse de un Breviario, y poniendo los ojos sobre un Señor Crucificado de mucho precio, dixo metiéndoselo en la manga: *Crucifixus etiam pro nobis.*

Dos Sábios, muy pocos religiosos, quisieron comer juntos un viernes de Quaresma; pero no encontraron otra cosa que tocino y huevos: mandaron hacer una tortilla; y, estándola comiendo, sobrevino una tempestad horrorosa, que amenazaba la destruccion del pueblo. En aquel conflicto, uno de los Sábios arrojó por la ventana la tortilla, diciendo:

¡*mi-*

¡miren vms. quanto alboroto para una miserable tortilla!

Un mal Predicador, que conocia su poca gracia, decia de otro, que era muy bueno: que quando predicaba, todos los oficios abandonaban sus tiendas para oirlo; los comerciantes sus negocios; los abogados sus pleytos; y sus enfermos los médicos; *pero quando predico*, continuaba el mismo, *vuelvo á poner todas las cosas en orden, porque ninguno se mueve de su casa para oirme.*

De un Cura, (que predicaba mucho, y no gustaba á su auditorio,) dixo uno en cierta concurrencia: que lo habia hecho mejor el año antecedente: replicó otro: que no habia predicado: á que repuso el primero: *cabalmente está en eso la mejoria.*

Un Prelado ignorante, que ni aun sabia practicar las ceremonias de la Iglesia, dixo un dia, despues de haber celebrado pontificalmente: ¡*es cosa dificilísima esto de hablar en público*!

A un Predicador se le ocurrió dividir su sermon en veinte y dos puntos. Uno de los Caballeros asistentes, apenas lo oyó, quando se levantó para irse: mas como otro Caballero le preguntase ¿que á dónde iba? respondió: *voy á casa á ponerme de bata y gorro, porque, segun veo, dormiremos aquí esta noche.*

Entró Enrique IV en casa de Madama Gabriela; y el Duque de Bellegarde, que la enamoraba, tuvo que meterse debaxo de la cama. Advirtiólo el Rey; púsose á cenar con ella, y al tiempo de los postres, tiró hácia la cama una caxa de

de dulces, diciendo: *es menester que todos vivamos.*

Cierto Prelado fue á Roma, por ver si podia lograr el Cardenalato, y volvió sin haberlo conseguido, y sumamente costipado. Con este motivo dixo un chistoso: *no es extraña su costipacion, habiendo venido sin sombrero.*

Un pobre hombre llevó á su Cura lo poco que habia juntado para que le dixera una misa. No estaba en casa, y entregó el dinero al ama: contólo esta, y sin detenerse dixo al pobrecillo: *toma, que nosotros no decimos misa por veinte quartos.*

Hallábase agonizando el padre de un pobre labrador: fue su hijo á llamar al Cura para que lo auxîliase; pero estuvo llamando mas de dos horas á la puerta. Entró por fin, y el Cura le dixo: ¿por

qué no llamabas mas recio? Temiendo despertaros no lo hice, respondió el labrador. ¿Qué tiene tu padre? replicó el Cura: Señor, repuso el hijo, quando salí de casa le dexé agonizando. Pues, segun eso, añadió el Cura, ya habrá muerto, y así nada me queda que hacer. *No señor, no*, exclamó el labrador, *porque el tio Pedro*, *mi vecino*, *me ofreció que lo entretendria.*

Un Caballero, que llevaba una pierna de palo, cortejaba á cierta señorita, al mismo tiempo que la obsequiaba otro sin la tal imperfeccion. Hízose embarazada la Señora, y disputaron ambos obsequiantes sobre á quien perteneceria la criatura. Finalmente, se convinieron así: *si el niño nace*, dixo el sano, *con una pierna de palo, será mio*; *y si naciere con dos piernas será vuestro.*

Cier-

Cierta muger pública mató en Madrid á su amante, por una infidelidad que le averiguó. Prendiéronla y presentáronla al Rey, á quien confesó plenamente su delito. El Monarca la puso allí mismo en libertad, diciéndola: *anda, que estando tan enamorada, no podias tener cabal el juicio.*

Alexandro VII, en los principios de su Pontificado, se manifestaba opuesto al Nepotismo. No obstante, al cabo de algun tiempo, mandó venir á uno de sus parientes. Este Caballero era del Orden de Malta, y apenas lo vieron los Romanos, quando dixeron: *ecco la Croce, verrà tosto la processione.* He aquí la Cruz, pronto vendrá la procesion.

Decia uno, que habia recibido todos los Sacramentos originalmente, excepto el del Matrimonio, *que solo lo habia recibido en copia.*

Cierto Capitan, que enamoraba á su patrona, queriendo darla á entender su deseo, se tapó un ojo con un doblon de á ocho, y se la puso á mirar de hito en hito. La doncella entonces, comprendiendo el lenguaje, le dixo: *amigo, el amor no es tuerto, que es ciego.*

Un Eclesiástico, á quien su Obispo suprimió el uso de todas sus funciones sacerdotales, le preguntó: *¿si se comprendia tambien el Breviario en la prohibicion?*

Habiendo acometido unos ladrones á cierto Caballero, fresco y chistoso, les dixo: *amigos, muy temprano habeis abierto la tienda, pues aun no son las cinco de la tarde.*

Cierto Obispo hechó la bendicion á un rústico, y no hubo forma de que se

quitase el sombrero: reprendiéronle sobre aquella irreverencia, y respondió: *como la bendicion sea buena, ella pasará el sombrero.*

Unos Arrendadores, que querian participar á un Comendador, que el Campanario de la Iglesia de su pueblo se venia abaxo, le escribieron en estos términos: *Señor, el Campanario de la Iglesia quiere hacer una visita á los cimientos.*

Sangraron á un libertino, y seguidamente le dieron un vomitivo; pero su mal no tuvo diminucion. Díxole un hermano suyo, que haria bien en confesarse; y él le respondió: *hermano mio, serian muchas evaqüaciones en un dia.*

Estaba un hombre mirando la portada de una Iglesia. Salió un Religioso, saludóle, y le dixo, entre otras cosas, que aquella portada era del orden corinthio.

Padre mio, dixo el hombre, *pues yo habia creido que era del Orden de San Bernardo.*

Un Abogado muy feo, que casi no tenia narices, se via en mil apuros para leer en la Audiencia una Informacion. Cierto Consejero, hombre de desmesurada nariz, dixo: ¿no hay anteojos para ese pobre Abogado? Pero este le rechazó la bufonada, replicándole: *será preciso que me presteis vuestras narices para ponérmelos.*

Un bastardo, muy presuntuoso, hablaba con poco decoro de las mugeres, y era tanta su maledicencia, que movió á uno de los circunstantes, á que dixese: *este Caballero imitará á su padre, y nunca se casará.*

Hallábase á la muerte un grande usurero, y sumergido en un letargo profundo.

do. Volvió un poco en sí, y, no queriendo el Confesor perder aquella oportunidad, tomó un Crucificado, que estaba sobre una mesa, para exôrtarlo. Era de plata: el enfermo se encaró con él, y luego dixo al Confesor: *poquísimo puedo prestar sobre esa alhaja.*

Echaron en cara á una Dama, el que hubiese perdido la almohada (distintivo de la grandeza) por haberse casado con un hombre desigual: á lo que dixo: *que mas habia querido estar tendida, que no sentada.*

Volviendo de oir un sermon cierto Obispo, que solo estimaba las personas de calidad, dixo: lindo sermon ha hecho N. Y un satírico, que estaba presente, añadió: *Señor Ilustrísimo, ¿se presentó el orador con sobretodo, ó de gala?*

Este

Este Prelado mismo, que se habia encargado de predicar un sermon de San Juan de Dios, envió recado de que no podia cumplir la palabra dada, *respecto de haber hallado en la vida del Santo, que en cierto tiempo habia sido Lacayo.*

Presentó á un Poderoso un amigo suyo, á cierto poeta, diciéndole: *aquí teneis á un hombre, que os dará la inmortalidad, si le quisiereis dar con que vivir.*

Un Frayle, que habia ido á predicar la Quaresma á un lugar, se informó de los nombres de los principales del pueblo, y le nombraron á muchos por sus apellidos, que los mas acababan en *fé*: viendo aquello, exclamó: *non inveni tantam fidem in Israël.*

Un Veneciano, que nunca habia salido de Venecia, quiso, por la primera

vez

vez de su vida, montar á caballo: el animal era de aquellos que se plantan: por mas que el Veneciano lo espoleaba, no habia forma de moverse: por último el ginete sacó su pañuelo, y exponiéndolo al aire dixo: *no me admiro de que el caballo no ande, porque el viento es contrario.*

Un gran General, que habia ganado una célebre batalla, fue á besar la mano á su Monarca: este salió á recibirlo hasta lo alto de la escalera del Palacio. El General, que la subia con mucho trabajo, á causa de la gota, gritó al Rey: Señor, perdóneme V. M. el que le haga esperar tanto: á lo que le dixo el Monarca: *primo mio, no te apresures, porque viniendo tan cargado de laureles, no es facil andar con ligereza.*

Fueron convidadas ciertas Damas á una casa de campo; y habiendo disfrutado

do en ella la mañana, trataron de volverse á la ciudad: èl amo de casa las suplicó que no se fueran, porque habia enviado á su lacayo, *en posta*, para que traxese del pueblo algunos músicos, y disponer un sarao, y que creia estaria de vuelta á las cinco de la tarde. Venciéronse las Damas, y se quedaron. Pero unos minutos despues de las cinco, entró muy despacio el criado, á quien preguntó inmediatamente su amo ¿que dónde estaban los músicos? y él respondió: *Señor, aun no he podido encontrar la brida del caballo.*

Un Predicador de Quaresma, á quien ninguno del pueblo habia convidado á comer, durante su mision, dixo el dia de su despedida: *contra todos los vicios he predicado, auditorio mio, menos contra el de la gula, porque ignoro cómo se come en este lugar.*

Un

Un Autor, muy vano, que no habia hallado en cierta obra suya mas que un error, consultó sobre si pondria *errata*, ó *erratum*; y el consultado le dixo: *dadme acá vuestra obra á exâmen, que yo encontraré algunos errores mas, y podreis poner* errata.

A cierto Caballero, que amaba á una muger flaquísima, le preguntaron la causa de su pasion por una muger tan descarnada, pudiendo emplear sus amores en otra mas llena, fresca y hermosa: y él satisfizo diciendo: *como mi querida está tan flaca, me hallo por lo mismo mas cerca de su corazon, y tengo menos que andar para llegar hasta él.*

Dixo un poeta á otro: amigo, vos estais ya reducido á la leche de las musas. *No puede ser*, respondió, *porque las musas son vírgenes, y no tienen leche; á*

me-

menos que no las hayais prostituido.

Estaba cierto curioso en una Cartuja, admirando un bello quadro de S. Bruno. Díxole un Quidam, que acertó á pasar casualmente: ¿qué os parece de esa pintura? y el curioso respondió: *á no ser por su regla, hablaria.*

Un Caballero, que habia prestado á otro mil duros, se encontró con su acreedor en un camino llano y hermoso: ambos coches iban á buén paso: al emparejar en la carrera, sacó la cabeza el deudor, y gritó al otro: amigo, mil perdones; pero este le replicó, tambien á gritos: *amigo mio, mil duros.*

Compuso cierto Poeta un poema, y se lo dió á exâminar á un amigo suyo, pidiéndole su dictamen: este lo tuvo algunos dias en su poder, y despues se lo volvió al autor, diciéndole: *amigo, soy de* *sen-*

sentir que hariais bien de cercenar la mitad de la obra, y suprimir la otra mitad.

A un Frayle, que habia de predicar un sermon de San Agustin, le envió un recado el Obispo, queriendo darle á entender, que no hablase de la gracia; pero se explicó así: *decidle al P. Predicador, que quiero desterrar enteramente la gracia de mi Diócesis.*

Entrando un Sabio en una de las Aulas de Salamanca, oyó que le decia uno: ved aquí un parage, en el que ha ya mas de quatrocientos años que se disputa; y el Sabio le preguntó: *y ¿qué se ha decidido?*

Un Abogado tuerto, dixo en una ocasion á la parte que defendia: creed que nada hallareis en mí de superfluo. (Llevaba anteojos el tal Abogado.) Y la parte le replicó: *para que fuese así, era nece-*

ce-

cesario que quitaseis á los anteojos uno de los vidrios.

Un hombre, de poquísima piedad y religion, se hallaba casi moribundo: su muger, que era religiosísima, no se apartaba de la cabecera de su cama: el Confesor, entretanto, exôrtaba al moribundo, y le decia: amigo, es preciso creer esto, y aquello, y lo otro. Volviase de tanto en tanto el enfermo hácia su muger, y la preguntaba: ¿es esto cierto, esposa mia? Sí, sí, le respondia la buena señora, llena de fervor: hasta que, por fin, cansado de preguntar el moribundo, dixo á su Confesor: *vamos, Padre, acabemos de creer.*

Visitó un Embaxador extrangero la Biblioteca del Escorial, y conoció que el Bibliotecario era un ignorante. Habló despues con el Rey de la magnificencia del edificio, y dixo á S. M. que el encar-

cargado de la famosa Biblioteca era un hombre singularísimo, y tanto, que podria ser un gran Ministro de Hacienda. Pues ¿por qué? le preguntó el Rey. *Señor*, respondió el Embaxador, *porque nada tomaria de vuestras rentas, así como nada ha tomado de los libros de su Biblioteca.*

¿Qué haceis? (dixo á un gotoso, que estaba comiendo jamon, un amigo suyo:) ¿no veis que el jamon es malo para la gota? *Así es*, respondió el doliente; *pero es bueno para el gotoso.*

Un Caballero habló en cierta ocasion al Príncipe de Guemené contra el Cardenal Richeliu, y lo hizo en alta voz, de manera, que el Príncipe dixo al quejoso: *habla mas baxo, porque en esa antesala hay muchas criaturas del Cardenal, que podrán oirte.* (Eran unos pobres que aguardaban limosna.)

Un Doctor pedantísimo entró en una tienda á comprar dos pares de medias. Mostróle el mercader varios tamaños y clases, pero todas parecieron al Doctor muy claras y ligeras, hasta que, por último, cansado de escoger, dixo al vendedor: *amigo, dadmelas de materia contínua, y no de materia discreta.*

Alababan unos Caballeros, á la puerta de una Iglesia, el sermon que acababan de oir, y lo alabaron tanto, que un Monaguillo, que los estaba oyendo, reventando de orgullo y vanidad, les dixo: *pues, señores, yo lo he repicado.*

Estaban un dia dos Italianos observando un cometa: el uno dixo: este cometa pronostica desgracias: apoyó el otro su dictamen, y añadió: será la muerte de algun Príncipe; y hay mucho que temer de la del Gran Maestre de Malta.

Ahi-

Abibò, dixo el primero, *il Gran Maestro di Malta, è ben un Principe da cometa.* ¡Bravo Príncipe para Cometa es el Gran Maestre de Malta!

A un Personage, que se hallaba enfermo, envió un recado cierto amigo suyo de estragadas costumbres, diciéndole, que rogaria al Cielo por su salud. ¡*Que no haga tal*, respondió al criado el enfermo, *porque lo echaria mas á perder.*

En aquellos tiempos en que, despues de la confesion, recibian los penitentes, para la expiacion de sus culpas, alguna disciplina; una Dama, que acababa de confesarse, fue conducida por el Padre espiritual á un lugar secreto detras del altar, para ser disciplinada: siguióla el marido, y se ofreció á recibir la penitencia por su muger. Púsose, pues, en estado, y ya que la Señora vió que el Confesor iba á descargar el primer disci-

plinazo, gritó: *Padre mio, sacudid recio, porque soy una gran pecadora.*

Preguntándole á un Caballero ¿qual era el estado de su fortuna? respondió: *nada tengo, pero debo.*

Preguntando tambien á otro sugeto, ¿que quiénes eran los que maldecian, quando se les deseaba bien? respondió: *son los vagamundos, quando se les dice Dios os asista.*

Dixo cierto Escritor á un hombre: sois un tonto en cinco letras; pero él le respondió: *y vos lo sois en quinientas mil.*

Un Italiano muy dado al juego, y poco rico, acostumbraba decir quando perdia: ¡*o fortuna traditrice, tu mi poi ben far perdere, ma pagar nò*! ¡O fortuna traidora, podrás hacerme perder, pero no pagar.

Ala-

Alababa un Palaciego á cierto Príncipe, diciendo que valia mucho; y otro Cortesano le dixo: *nadie debe saberlo mejor que vos, pues lo habeis vendido muchas veces.*

Consultó un Labrador cierto asunto con un Abogado; y este, habiéndole exâminado, le dixo, que juzgaba buena su causa. Pagóle el Labrador la consulta, y luego le añadió: *Señor Abogado, ahora que ya habeis cobrado la paga, decidme con verdad, ¿teneis todavia por buena mi causa?*

Predicando un Frayle el dia de S. Juan Evangelista, dixo: que entre San Juan y San Pablo habia la diferencia, de que el uno era mas abierto y reducible que el otro, porque, decia, San Pablo hace del misterioso y reservado, sin querer decir á nadie los secretos que supo en el Cielo;

pero San Juan nada oculta: todo lo que vi y supe del Verbo, dice el Santo, os lo digo: *quod vidimus de Verbo vitæ annuntiamus vobis*. Una Señora, que oia el sermon, se volvió hácia un Caballero, que estaba en un banco junto á ella, y le dixo: me parece que el Predicador pone á San Juan muy superior á San Pablo: *ya vereis*, la contestó el Caballero, *como el dia de San Pablo dirá*, *que este Santo fue prudentísimo*, *y San Juan un indiscreto*.

Estaban enfermos de gravedad dos Caballeros ricos, á quienes heredaba otro: este visitaba diariamente á ambos; y en una de las visitas le dixo el enfermo: *amigo*, *vuestra vela está ardiendo por ambos cabos*.

En cierto Tribunal, se estaba durmiendo un Consejero: el inmediato dixo al de mas allá: mirad á mi amigo, que duerme como un marrano. Oyólo el so-

ño-

ñoliento, y replicó: *en un marrano todo es bueno, pero en un burro nada hay que valga.*

Un Predicador de Quaresma, dixo en el sermon de Pasion: que los criados del Pontifice Pilatos se calentaban en el atrio, porque hacia frio: *et calefaciebant se, quia frigus erat.* (He aquí las reflexîones que hacia el buen Predicador á su auditorio.) Ya veis, señores, que nuestro Evangelista no se contenta con referir la cosa como historiador, *et calefaciebant se*, y se calentaban; sino que tambien da la razon como filósofo, *quia frigus erat*, porque hacia frio.

Viéndose un enfermo, rico y sabio, circundado de médicos, quiso imitar á los soldados que van á pasar por las armas; esto es, llamó á sí aquel de los médicos que le pareció mas habil, y le dixo: *amigo, os elixo por padrino.*

Cierta persona de elevado nacimiento y consideracion, hablaba con un hijo suyo en estos términos: hijo mio, grandes exemplos tienes que imitar, pues por mi parte, nuestros antepasados fueron Emperadores de Oriente; y por parte de tu madre, desciendes de los Vi-Reyes de Nápoles. Al oir tan ponderada alcurnia, respondió el hijo. *Padre mio, todos mis antepasados por ambas lineas debieron de ser unas pobres gentes, pues no han podido hacer de mí mas que un miserable Oficial de Infanteria. ¿Cómo no me dexaron algun Imperio ó Vi-reynato?*

Un Desertor, á quien iban á ahorcar, estando ya en la escalera de la horca, regaló al Confesor una alhaja de plata. Picado el Verdugo de que no se la hubiera dado, dixo al Confesor: *ahorcadle vos, Padre mio.*

Ha-

Habiéndosele muerto la muger á un Togado, quiso evitar todas las incomodidades y fatigas de los cumplimientos indispensables en tales casos; y para ello, mandó á su Cochero, que se pusiese de luto, y que, embozado en una capa hasta los ojos, se mantuviese sollozando y suspirando en el rincon mas obscuro de la sala. Uno de los amigos del viudo, tuvo con el Cochero una larga conversacion, procurando consolarlo, hasta que, cansado ya el infeliz, le dixo: *mirad, Señor, que soy el cochero del doliente.*

Preguntó una Dama al Príncipe Mauricio, ¿que quál era el primero, y el mas grande Capitan de su siglo? y él respondió: *Señora, el Marques de Spínola es el segundo.*

Representada en un quadro la mano de un Príncipe, que habia sido valiente y li-

liberal, se le puso la inscripcion siguiente: *esta mano se cierra con el hierro, y se dilata con el oro.*

Predicando un Religioso el sermon de la Magdalena, insistió mucho en la infelicidad de aquellas mugeres, que la imitan en su vida, sin querer imitarla en su penitencia. Exôrtólas á que mandasen decir misas á la Virgen, para que las conservase en un estado puro, y tambien á Santa Magdalena, para que las libertase de sus malas inclinaciones. Al baxar del Púlpito, se le arrimó una mocita, y le dió algun dinero para que celebrase unas misas. ¿Para quién? la preguntó el Predicador. Para la Virgen, respondió la moza. Cuidado con las inclinaciones.... añadió el Religioso. *Pues bien, Padre mio,* repuso la joven, *mezclad tambien en esas misas algo de la Magdalena.*

Pre-

Preguntó Felipe II al decapitado Conde de Egmont ¿quántas jornadas habia desde Bruselas á París? *Señor*, le respondió el Conde, *si por jornadas entendeis el camino que puede hacer un exército en un dia, hay tantas; pero si por jornadas comprendeis batallas, hay á lo menos treinta desde Bruselas á París.*

Cierto Canónigo llegó á verse en la agonía, de manera, que el Obispo dispuso de su Canonicato. Curó, no obstante, de su enfermedad, pero pasó mucho tiempo sin visitar al Obispo. Preguntáronle la causa sus amigos, y él les dixo: *no voy á visitar á su Ilustrísima, porque creo que está enojado de que no hubiese muerto quando estuve enfermo.*

Habia un Caballero á quien no podia sufrir ningun criado. No obstante, se resolvió á tomar uno, que habia sido sen-

ten-

tenciado á galeras, por haber dado un bofeton á cierto Juez. Súpolo el ofendido, y no pudo menos de dar sus quejas al Caballero; pero este le satisfizo diciendo: *sosegaos, Señor, que os prometo que en mi casa estará mucho peor que pudiera estar en galeras.*

Un Frayle Bibliotecario, se encontró con un libro hebreo; y como no supiese baxo qué título ponerlo en el Catálogo, escribió así: *mas, un libro cuyo principio está en el fin.*

Un Caballero, que vino á parar en ladron público, fue desquartizado vivo para general escarmiento. El Cura de su lugar, queriendo encomendarlo á Dios, dixo á su auditorio al fin de una platíca: *roguemos á Dios por el alma de nuestro compatriota, que ha muerto en Madrid de sus heridas.*

Un Palaciego, á quien habian sacudido una gran paliza, se hizo retratar, algun tiempo despues, con baston en la mano. La Reyna, á quien el Cortesano habia mostrado la pintura, preguntó á otro Palaciego discreto ¿qué le parecia de aquel retrato? y él respondió: *Señora, me parece admirable, porque está como un Santo Martir, con el instrumento de su martirio en la mano.*

En cierta sociedad de conversacion, se hablaba un dia de la semejanza que atribuyen á cada hombre con algun animal. Discurriendo así, decia uno: este se parece á tal animal, aquel á tal &c. Es á saber, que un sugeto de los de la concurrencia estaba tachado de soplon; por lo qual prosiguió otro diciendo: y fulano se parece á un perro de aguas, *porque trae.*

Un

Un Quidam remedaba naturalísimamente los rebuznos: este tenia una hermana, la qual oyendo un dia rebuznar á un burro en la calle, dixo á los circunstantes: *señores, oid á mi hermano.*

Un Jesuita, que pasaba á América, fue muy recomendado al Capitan del navio: sobrevino un temporal malísimo; y dixo el Capitan al Jesuita: Padre mio, vos no estais acostumbrado al mar, y no podreis manteneros firme sobre la cubierta, á causa de los vayvenes de la nave: meteos en la bodega, y mientras oyereis á los marineros jurar y blasfemar, no os de cuidado, porque es indicio de buenas esperanzas; pero si oyereis que se reconcilian y se abrazan, encomendad vuestra alma á Dios. Hízolo así el Jesuita, y de tanto en tanto enviaba arriba á su compañero para ver como iban los negocios: este se asomaba á la escotilla, y co-

como oia tan descomunal algazara, volvia diciendo: ¡ay, Padre mio, que juran y blasfeman como unos condenados! Esto se repitió tres ó quatro veces, hasta que por último dixo el Jesuita al compañero: *andad, hermano, que todo va bien: Dios sea loado y bendito.*

Presentáronse tres Diputados á arengar á un Monarca: tomó la palabra el mas autorizado, y dixo: *Señor, mi abuelo, mi padre y yo, todos hemos muerto en servicio de V. M.* Mandóle callar el Soberano, diciéndole: *que no entendia las arengas de los muertos.*

Queriendo un Doctor vender su caballo, dispuso montarlo él mismo para que el comprador se agradase mas del animalito; pero fue tan desgraciado, que no pudo moverlo del sitio: entonces le dixo el que queria comprar el caballo: *amigo,*

siem-

siempre que querais subir, subid al púlpito, mas no subais á caballo.

Un Militar, hombre de poquísima religion, estaba casi agonizando. Despues de haberlo exôrtado un rato el Confesor, pidió á los asistentes un Crucificado que habia sobre una mesa. Acudieron á tomarlo el Ayuda de Cámara y un Lacayo; y habiéndolo cogido ambos á un mismo tiempo, altercaban sobre quien habia de llevarlo. El casi moribundo, que atisvó la refriega, gritó al Ayuda de Cámara: ¡*Dale, dale, rómpele con él la cabeza*!

Un Labrador llevó en cierta ocasion unas peras á su señor, que era de malísima figura. Al entrar en el patio de la casa, advirtió que habia dos monos grandísimos, vestidos á lo militar: acercóse á ellos, y se le arrojaron ambos, y le comieron una porcion de las peras que lle-

va-

vaba. Habialo estado observando el amo; y quando le presentó el rústico su fineza, le preguntó riéndose : ¿*que cómo no venia lleno el canasto*? *Señor amo*, respondió el Labrador, *los Señoritos hijos de V. S. se me abalanzaron al entrar, y se han comido las peras que faltan.*

Residia en Nápoles un Cirujano chistosísimo. El Vi-Rey, que habia oido hablar tanto del buen humor de aquel hombre, quiso por sí mismo experimentarlo. Para esto le envió á llamar, con designio de que lo afeitara: vino el Barbero, y mientras lo afeitó, se mantuvo muy sério y en silencio. Viendo lo qual el Vi-Rey, creyó que lo habian engañado, y que aquel hombre era un estúpido. Despidiólo, y como por desprecio le dió un ochavo. Lo recibió el Barbero con el mayor respeto, y habiéndolo mirado y remirado, preguntó al Vi-Rey: *Señor Excelentísimo*, ¿*quánto he de volver á V. E.*?

Aquella pregunta agradó tanto al Vi-Rey, que le pagó liberalísimamente.

Caminaban en Holanda tres Eclesiásticos, hácia un mismo pueblo, cercano al de su residencia. Ya estaban inmediatos al lugar, quando divisaron á un hombre, que á ellos venia á paso largo, y que parecia una persona tosca é ignorante. Quisieron divertirse un rato, y se pusieron uno detras de otro, á cierta distancia. El primero que emparejó con el paisano, le dixo: buenos dias, Padre Abraham. A esta salutacion, solo respondió con buenos dias secamente. A pocos pasos, igualó con el segundo, quien le dixo: buenos dias, Padre Isaac. Correspondióle en los mismos términos que al primero. Pero quando seguidamente encontró con el tercero, (quien le dixo: buenos dias, padre Jacob;) correspondió así: *ni mi nombre es Abraham, ni Isaac, ni Jacob, si no Saul, hijo de Kis, que he sa-*

salido para buscar las burras de mi padre, y he dado con los burros.

Dos Cortesanos se iban un dia paseando juntos por el campo, y encontraron á un labrador, que apaleaba desapiadadamente á su asno. Movidos á compasion de aquella pobre bestia, dixeron al labrador: amigo, ¿por qué castigas tanto á ese desdichado animal? El paisano entonces, quitándose el sombrero, y volviéndose respetuosamente hácia su burro, le dixo: *perdonadme, señor asno, que yo no sabia que tuvieseis parientes en la Corte.*

Hàbia un Labrador, que seguia pleyto en cierto Tribunal. Un dia, que habia pasado quatro ó cinco horas esperando en una de las antesalas del Presidente, fixó la vista en quatro P. que estaban colacadas sobre la puerta de la sala; y que significaban: Pedro Pontaco, Primer Pre-

sidente: mirábalas embelesado, quando salió el Presidente, quien le preguntó: ¿qué piensas, amigo, qué significan esas quatro letras? *A fé mia, Señor*, respondió, *que no pueden significar, si no: pobre pleiteante, presta paciencia.*

Preguntó cierto Obispo á una vieja ¿quántos Sacramentos habia? ella respondió que dos no mas. ¿Qué decis, muger? replicó el Obispo; por exemplo, el Matrimonio ¿no es un Sacramento? ¿no es una union tan santa, tan dulce, tan agradable, tan:::: ¡*ay, Señor Ilustrísimo*! repuso la vieja, *si es tan bueno el matrimonio, ¿por qué no lo probais?*

Una Aldeana joven iba caminando á pie, y llevaba su burro por delante: encontróse con un Caballero, á quien agradó mucho su graciosa cara, y quien la preguntó: ¿si conocia en su lugar á la hija de Pedro Crespo? Sí señor, respondió

dió la Aldeana. Pues mira, hija mia, añadió el Caballero, dala este abrazo de mi parte. *No señor*, replicó la joven, *mejor será que se lo deis á mi burro, que llegará primero que yo.*

Preguntando un Monarca á su Ministro: ¿qué provisiones eran las mas precisas para realizar los designios de la guerra que meditaba? le respondió: *Señor, primeramente dinero; en segundo lugar, dinero; y en tercer lugar, dinero.*

Dos Majas chuscas estaban sentadas tomando el fresco á la orilla de un camino, á fines de Setiembre: vieron pasar á un pobre anciano con todo su pelo blanco. Quisieron burlarse de él, y le preguntaron: ¿ha nevado ya en las montañas? ¿*Quién duda eso*, las respondió el anciano, *quando las bacas se han baxado á la llanura*?

Predicando un sermon de la Magdalena, dixo el Orador: *que la Santa se habia abierto el Cielo con sus lágrimas, haciendo por agua un camino, que con dificultad se hace por tierra.*

Otro, predicando el dia de Pasqua á unas Monjas, y buscando la razon, de por qué Jesu-Christo resucitado se apareció primero á las Marias, dixo ingenuamente: *que como Dios queria publicar el Misterio de la Resurreccion, anunciándolo desde luego á las mugeres, no tardaria en saberse por todas partes.*

Predicando un Cura en su Parroquia contra la desenvoltura de las mugeres, dixo: una hay en mi auditorio de tan escandalosa conducta, que resuelvo nombrarla para confusion suya; pero no, no la nombraré, porque la caridad christiana me lo impide. Sin embargo, la nombra-

braré sin nombrarla, arrojándola encima mi bonete para que la conozcais. Hizo entonces ademan de tirarlo, gritando al mismo tiempo: ¡aquella es la infame! Todas las mugeres á una baxaron la cabeza temiendo el coscorron del bonete; visto lo qual por el Cura, exclamó: ¡*Dios inmenso, crei que era una sola la culpada, pero á todas les acusa su conciencia*!

Un Predicador, devotísimo de S. Francisco Xavier, dixo en un sermon: *que este Santo habia convertido en un dia diez mil hombres en una isla desierta.*

Predicando un Franciscano el Panegírico de San Francisco, y queriendo ponderar el mérito de su Santo, prefiriéndole á todos los demas, como Santo tan amado de Dios, que quiso, decia él, honrarlo con sus sacrosantos stigmatas; exclamó así: ¿*á dónde enviaremos*, *ó en dónde colocaremos á nuestro bienaventurado Pa-*

dre San Francisco? ¿Lo colocaremos con los otros Santos? Es mayor en dignidad que todos. ¿Lo contaremos entre los Profetas? Es muy superior á los Profetas. ¿Lo agregaremos á los Patriarcas? Está mas elevado que ellos. ¿Lo pondremos entre los Angeles? Todavia es superior á ellos. ¿Entre los Arcángeles? Aun es mayor. ¿Lo introduciremos con los Querubines? Es mas elevado que ellos. ¿Lo colocaremos entre los Serafines? Se aventaja á ellos. ¿A dónde, pues, pondremos á este glorioso Santo? Por ventura ¿le situaremos entre las Virtudes? ¿Le sentaremos con los Tronos? ¿O le pondremos con las Dominaciones? No; porque es superior á todo esto. Acaso ¿le pondremos entre las Potestades? Aun es mas elevado S. Francisco. Pues ¿á dónde lo enviaremos? ¿En dónde lo colocaremos?....... Aquí en mi lugar, Padre, respondió uno de los oyentes, *porque me voy*. Todo el auditorio soltó la carcajada, de manera que el Predi-

dicador tuvo que baxarse del Púlpito.

Otro Predicador del mismo Orden, que iba á Mision á cierto pueblo, se encontró con unos ladrones; pero como nada llevaba, que pudiera excitarles la codicia, no le causó susto el encuentro. Llegáronse los ladrones al Religioso, y le dixeron: supuesto que con vos nada podemos ganar, á lo menos nos dareis, Padre nuestro, un plato de vuestra cocina, esto es, que habeis de predicar un sermon en alabanza nuestra. Conociendo el Frayle que no tenia otro recurso, aceptó la proposicion, y les predicó en estos términos: "Señores, no puedo daros mayor »honra, que la de comparar vuestra vida »con la de nuestro Salvador Jesus, mien-»tras estuvo en el mundo. Sufrió mucho: »vosotros tambien sufris, andando siem-»pre fugitivos. Iba el Señor acompañado »de sus Discípulos: tambien vosotros vais »en tropas. Freqüentaba los Scribas y Fa-

ri-

»riseos: vosotros tambien freqüentais gen-
»tes, que no son mejores que ellos. Re-
»petidamente sufria la lluvia, el viento,
»el frio, el calor y toda suerte de inju-
»rias: vosotros vivis expuestos á los mis-
»mos infortunios, y sufris mil incomodi-
»dades: Jesu-Christo caminaba descalzo:
»vosotros no vais calzados. No tenia mas
»que una túnica: vosotros, creo que no
»tengais mas vestido que el puesto. No
»llevaba sobre sí oro ni plata: me pare-
»ce que vosotros no vais muy cargados
»de estos metales. Ayunó quarenta dias
»en el desierto: vosotros haceis freqüen-
»temente lo mismo. Fue tentado por el
»Demonio: vosotros lo estais de conti-
»nuo. Fue transportado al pináculo del
»Templo, y á la cima de una altísima
»montaña: á vosotros os lleva el Diablo
»á lo mas alto de las colinas para espiar
»á los pasageros. Tuvo hambre y sed: vo-
»sotros padeceis muy á menudo las mis-
»mas necesidades. Fue despreciado de
»to-

»todo el mundo: tambien vosotros lo »sois. Los Judios buscaban con ansia la »ocasion de prenderlo: otro tanto hacen »con vosotros las justicias y las tropas »para atraparos. Fue vendido por Judas: »alguno habrá entre vosotros que lo sea »para vender á los demas. Fue preso y »atado: algun dia lo sereis tambien vo- »sotros. Respondió ante Herodes, Anás »y Caifás: lo mismo hareis vosotros an- »te vuestros Jueces. Fue azotado con va- »ras: tambien vosotros lo sereis, si ya »no lo habeis sido. Fue crucificado, ó »suspendido entre dos ladrones: voso- »tros no tardareis tambien en serlo. Baxó »á los Infiernos: tambien baxareis voso- »tros. Despues subió á los Cielos: pero »vosotros no subireis, porque habitareis »eternamente con todos los Demonios, á »cuya compañia os enviarán el Padre, el »Hijo, y el Espíritu Santo. Amen."

Otro

Otro Predicador se sirvió en un sermon de este exôrdio: *quando un raton se mete en un haz de heno, me admiro de cómo no se queda sin ojos.*

Otro empezó de esta manera: *embarco este discurso sobre el galeon de mis labios, para navegar en el tempestuoso mar de vuestras atenciones, y llegar finalmente al afortunado puerto de vuestras orejas.*

Habiendo tomado otro Predicador por su texto á *Pablo Apostol*, comenzó su sermon por estas palabras: *Grande era la Diana de Epheso; pero todavia mayor el Coloso de Rhodas. Grandes fueron los presentes de Abraham; pero mayores aun los de la Reyna Sabá. Grandes y magníficas fueron las bodas del Rey Asuero, porque en ellas hubo Reyes, Monarcas, Príncipes y Sátrapas; pero fueron mucho mas magníficas las de Canaán, porque asis-*

asistió á ellas Jesus con sus doce Discípulos. De uno de estos venimos cabalmente á hablaros. Pablo Apostol.

Otro Predicador empezó en estos términos: *no todo lo que reluce es oro, ni harina todo lo blanco.*

A un Predicador, que se habia cortado en el sermon, le dixeron: *vuestro sermon ha sido excelente; no le ha faltado mas que la palabra.*

En aquellos tiempos, en que todavia se hablaba de la ridícula opinion de los Preadamitas, un Padre Jesuita, llamado Adam, predicaba la Pasion en una Iglesia. No gustó su sermon al auditorio. Preguntó despues cierta Señora á un Caballero, ¿qué opinaba en quanto al sermon? Señora, respondió, *soy Preadamita.* ¿Qué significa eso? replicó la Señora. *Que no creo*, repuso el Caballero, *que el Pa-*

Padre Adam sea el primer hombre del mundo.

Theun, Bufon del Emperador Carlos V, abusó un dia de la libertad que el Emperador le daba, y fue por lo tanto excluido de la cocina algunos dias. Parecióle aquel castigo demasiado fuerte, y así procuró ganar al cocinero, quien se mantuvo inexôrable á sus súplicas. Viendo aquello el Juglar, tomó la determinacion de clavar con herraduras todos los comunes del Palacio. Refiriéronselo al Emperador algunos de sus Gentiles-Hombres, que se encontraron chasqueados al ir á desahogarse. Mando Carlos V llamar al Bufon; y habiéndole preguntado el motivo de una accion tan atrevida, respondió ingenuamente: *que creia que todas las privadas eran inútiles en la Corte, supuesto que ya no se comia.*

Un

Un Comerciante Veneciano, estaba enamorado de una hermosísima muger, á quien freqüentemente hacia considerables regalos, con la mira de agradarla. Envióla un dia por su criado, que no era de los mas entendidos, un presente de alto precio, y le encargó, que si aquella Dama le preguntaba, ¿*si su amo era muy rico*? la asegurase de que era un Caballero poderosísimo, y que tenia *tre Galie in Porto*, esto es, tres Galeras en el Puerto. Instruido el criado con las advertencias de su señor, llevó el regalo á la Dama; y ella no faltó á preguntarle ¿si su amo poseia grandes bienes? *Y como que los posee*, respondió el majadero del criado, *os juro*, *Señora*, *que tiene tre galline & un porco*, esto es, *tres gallinas y un cerdo.*

Mandóse retratar un Caballero, y contrató con el pintor, que le pagaria

ge-

generosamente, si le sacaba el retrato parecido. El pintor lo hizo muy semejante á su original. Pero el retratado cometió la indignidad de no querer pagarle, imaginando con esta malicia sacar baratísimo el retrato, que el pintor para nada podia aprovechar. Mas diestro el artífice, le dixo: que supuesto no queria pagarle, se quedaria con él hasta que tuviese por conveniente cumplir lo contratado. El pintor hizo poner un marco al retrato, y lo expuso al público sobre la puerta de su casa, con esta inscripcion: *aquí estoy por falta de dinero.* El original del retrato, que fue conocido de todo el mundo, supo al instante la burla que le habia hecho el pintor; y, como todos lo murmuraban, se vió precisado á pagar al artífice quanto quiso para sacar el retrato de sus manos.

Habiéndose sentado un padre á comer con sus dos hijos, les sirvieron un po-

potage hirviendo. El menor de los dos fue el que primero probó el potage, y como se hubiese quemado la lengua, dixo: *esta es una mar tempestuosa.* El otro hermano le siguió en la probatura, y habiéndose abrasado del mismo modo, dixo: *apenas la he podido atravesar.* El padre, que no comprendió lo que decian, se metió una cucharada en la boca, y se la quemó toda. Entonces cayó en el cuento, y encarándose con sus hijos, les echó esta bendicion: *hijos de puta*, ¡*ojalá que ambos os ahogarais en ese mar*!

Una Señora sorprendió á su marido acariciando á la criada; y como tal proceder no la agradó, quiso precaver las conseqüencias de aquellas chanzas, y despidió por tanto á la doncella, diciéndola: *anda, hija mia, anda, que las haciendas tuyas yo las haré.*

Cierto amo de casa vivia enamorado de una de sus criadas; y hacia quantos esfuerzos eran posibles para conseguir algun favor de ella; mas todo en vano. Un dia que la buena de la moza se vió atormentadísima de las persecuciones del Señor, se quejó á la Señora, diciéndola que queria irse. Aquietóla su ama, y la prometió hacer de modo, que su marido se contuviera. Dale una cita, la dixo, á cuyo parage acudiré en persona, para avergonzar á mi marido, y cortar todo desorden. La criada, en efecto, citó á su amo de noche para una guardilla, á cuya hora y parage acudió puntualmente la Señora. Entretanto el marido, reflexíonó en lo que iba á hacer, y representándose las conseqüencias que podria tener aquella travesura, determinó no pasar adelante. Encontróse por casualidad con su criado Pedro, y le dixo: »escucha, Periquillo: Manuela me está esperando

en

en la guardilla; ¿quieres ir, en lugar mio, á hablar con ella? Verás qué chasco se mama, quando vea que eres tú." Aceptó Pedro gustosísimo la proposicion, y subió á la guardilla, en donde la Señora esperaba con impaciencia al marido. Creyendo que era él, calló para tener luego mas motivo de correrlo. Así Pedro no tuvo impedimento alguno. Volvamos al Señor, quien, satisfecho de su deliberacion, pasó por la cocina, y se quedó admirado de encontrar allí á Manuela. Pues ¡cómo! la dixo, ¿no has subido á la guardilla? No señor, respondió la criada, porque mi ama ha ido en mi lugar. Al oir aquello el buen Caballero, echó á correr como un gamo hácia la guardilla, gritando á toda fuerza. ¡Pedro, Pedro, mira que no es Manuela! *Manuela, ó no*, respondió Periquillo, *ya no hay remedio.*

Cierto Caballero tenia, como á punto de honra, no servirse jamas de afirmativa. Otro, á quien aseguraron de esta rareza, apostó á que le haria responder *si*, ó *no*, la primera vez que lo encontrase. Verificada la apuesta, sucedió que un dia vió el apostador al Caballero, que se dirigia derechamente á entrar en una Iglesia: salióle al encuentro, saludóle, y le preguntó: con que ¿vais á la Iglesia? *Este es el camino*, respondió el Caballero.

Comiendo un chistoso en cierta mesa de ceremonia, tuvo la desgracia de que se le escapase una ventosedad al tiempo de estar tomando la sopa muy caliente; pero sin cortarse por ello, dixo, hablando con el viento que se le habia escurrido: *hiciste bien de salir, porque, si no, iba á quemarte vivo.*

Ju-

Jugando un Personage con cierto Monarca, le sucedió igual fatalidad que al del cuento anterior; pero disfrazó la porqueria, diciendo chistosamente: *á lo menos, Señor, no ha salido sin trompeta.*

El Conde de Cantañeda, de la Casa de Meneses en Portugal, reparó tambien, por medio de una agudeza, otra libertad semejante con el Rey Don Juan IV. Este Monarca, que le trataba como favorecido, le dió una palmada en las nalgas, y él le peyó en la mano. Quedóse el Rey parado al ver aquella falta de respeto; pero el Privado acudió diciéndole: *Señor, ¿á qué puerta llamará V. M. que al instante no le respondan?* La disculpa agradó al Rey, tanto como le desagradó la accion.

Hállabase un Caballero, muy rudo, en cierta tertulia, donde se hablaba del Sol, *y del modo como gira en torno de la*

tierra, que tiene la figura de una bola. Quiso mezclarse en la conversacion para sostener que aquello era imposible, supuesto que los mismos ojos convencian de que la tierra era plana. Diéronle diversas razones para desengañarle de aquel error; y entre otras cosas le dixeron: »ya veis como el Sol sale diariamente en un mismo parage, y se pone al opuesto. ¿Cómo es, pues, posible que vuelva del Occidente, donde de noche se pone, al Oriente, por donde sale á la mañana, si no pasa por debaxo." ¡*Bella pregunta*! replicó el porfiado ignorante: *viene de noche.*

Defendia cierto Procurador la causa de un particular delante de *Raggi*, Auditor de la Cámara Apostólica, y citó al *Código*, dándolo por garante del buen derecho de su parte. Mandó el Auditor gravemente que al dicho *Código*, (que creia ser un testigo falso,) se le intimara que compareciese; y envió incesantemente

unos Ministros para que se apoderasen de la persona del *Código* en casa del Abogado, donde el Procurador dixo que se hallaba. (El procedimiento del Abogado se dirigia nada menos que á colgar al miserable.) Prendieron los Ministros entre sus manos al *Código*, y le llevaron á la Audiencia, teniéndole por un libro prohibido. El Señor Auditor, que vió su engaño, quedó mudo como una estatua; y pensó volverse loco, viéndose burlado de toda Roma, y en especial del Papa Urbano VIII, que no se cansaba de reir de aquel suceso.

Hablábase en cierta concurrencia de asuntos de buen gobierno. Se hallaba en ella una de estas mugeres presumidas necias, que quieren hacer las sabijondas; y queriendo meter su cucharada (para decir que la subordinacion nada tenia de nuevo,) dixo: *que la polygamia habia sido permitida en todos tiempos.*

Un Caballero, muy decidor y chistoso, se hallaba en Berlin en compañia de unas Damas. Dichas Señoras le rogaron, que las contase algunas novedades; pero respondió que nada sabia. Importunáronle tanto, que al fin las dixo: "pues, señoras, sabed, que el Rey se casa con la Dieta de Ratisbona." Una de las Damas, muy viva y atolondrada, soltó una gran carcajada, diciendo al Caballero: *¿pensais que no sabemos que la Dieta de Ratisbona es un rio?*

Hallábase un hombre presente á la venta de unos libros, y reparó que el librero decia de muchos de ellos, que estaban impresos *cum notis variorum.* No pudo menos de exclamar el lego: *¡qué sábio habrá sido ese* notis variorum, *quando ha compuesto tantos libros!*

Otro

Otro oyó decir, que los navios que pasaban á las Indias Orientales, cruzaban la linea; y no pudo menos de preguntar: *¿si tenian que baxar el arbol mayor para pasarla?*

Un Militar muy ignorante, comia en la mesa de un poderoso, con otras muchas personas de calidad. Suscitóse la conversacion de las obras de Aristóteles, y convinieron en que en ellas habia cosas admirables. Veamos, dixo el Magnate encarándose con el Oficial, de qué parecer sois. *Digo*, *Señor*, respondió, *que algunos que cuentan cosas de Aristóteles, nunca han estado en ella.* Creia que el Filósofo era una ciudad.

Leyendo un joven en la Gaceta, que habian arribado dos navios cargados de Terra-nova, preguntó: *¿si no era buena la tierra vieja?*

Un

Un Señor de un pueblo de Holanda, tenia mil empeños para la provision del Curato vacante. Exâminaba á los pretendientes, los hacia predicar, y les decia, despues del sermon, quando le habian agradado, que les concederia el Curato; pero que antes tenia necesidad de que le resolviesen una qüestion: á saber: ¿*quienes fueron el padre y la madre de Melchisedech*? Ninguno podia descifrar aquel enigma; y se iban ya volviendo los pretendientes sin esperanzas, quando el mas joven de ellos se determinó á dar la solucion; y regresando desde la mitad del camino, saludó al Señor, le informó del motivo de su vuelta, y predicó. Acabado el sermon, volviósele á proponer la misma qüestion; y entonces, sacando de la faldriquera dos bolsas, una con oro, y otra con plata, dixo, ofreciéndoselas al Señor del pueblo: *ved aquí el padre y la madre de Melchisedech.* Tomó el Señor am-

ambas bolsas sonriéndose, confirióle el Curato, y le dixo: *porque te creo mas sábio que los demas concurrentes, te doy la prebenda.*

Un padre envió á tres hijos suyos á estudiar á cierta Universidad; pero ellos empleaban en diversiones, el tiempo que debieran dedicar al estudio. Continuaron viviendo de aquel modo, hasta que el padre los envió á llamar. Halláronse embarazadísimos, no sabiendo como ocultar su ignorancia, en caso de que su padre quisiera exâminarlos, porque el buen hombre vivia persuadido á que habian hecho sus hijos grandes progresos, particularmente en la lengua latina. Determináronse, pues, á aprender de memoria algunas palabras en latin, para engañar á su padre. El mayor aprendió á decir: *nosotros tres caballeros.* El segundo: *por la bolsa y por el dinero.* El tercero: *es razonable y justo.* Con esto creyeron tener

ner bastante para alucinar á su padre. Pusiéronse en camino hácia su casa, y en el camino tuvieron á bien de exercitarse en el latin con los pasageros. Al atravesar un bosque, en donde pocas horas antes habian asesinado á un viagero unos ladrones, se encontraron con los Ministros de Justicia, que iban en busca de los malhechores; y como viesen á nuestros escolásticos cerca del cadaver, les preguntaron en lengua del pais: *amigos, ¿no sabeis quién ha matado á este hombre?* El mayor de los tres hermanos respondió en latin: *nosotros tres caballeros.* Volvió á preguntar la Justicia: *¿que por qué razon lo habian hecho?* respondió el segundo: *por la bolsa y por el dinero.* Continuó la Justicia diciendo: *pues yo os haré ahorcar*: á lo que respondió el tercer hermano, tambien en latin: *es razonable y justo.* Pero luego que vieron que la cosa iba de veras, dexaron de hablar latin, y se justificaron en su idioma nativo. Y habien-

biendo conocido la Justicia que estaban inocentes, celebró mucho la aventura, y los puso en libertad.

Un pobre hombre, muy deseoso de ordenarse de Sacerdote, empeñó á muchos amigos suyos, á fin de que se interesasen con el Obispo. Pero le aconsejaron que mas le convenia ir á Roma, porque allí encontraria menos dificultades, que las que podrian ofrecérsele con el Obispo. Determinóse á seguir este consejo; mas se halló embarazadísimo, no sabiendo latin para poder hablar con el Papa. Dixéronle sus amigos, que con tres palabras le bastaban: que las aprendiese bien de memoria, y el Papa le creeria un hombre habilísimo. ¿Quáles son? preguntó el buen hombre. Helas aquí, le dixeron. Luego que te pongas en la presencia del Pontífice, dirás, haciendo una genuflexîon: *salve, Sancte Pater.* Entonces te preguntará en latin: *unde es?* ¿de dónde

eres?

eres? Y tú responderás: *de Hispania.* Añadirá: *ubi sunt litteræ tuæ?* ¿Dónde están tus letras? Y tú le dirás: *in manica mea*, en mi manga. Despues de lo qual, mandará que te se expidan los despachos. Contentísimo aquel hombre de saber tanto latin, partió al instante á Roma, no cesando en el camino de repetir las aprendidas palabras. Pero quiso la mala suerte, que se le olvidase el primer periodo de su latin, y esto le causó muchísimo pesar; porque sabia muy bien, que ir á hablar con el Papa, sin saludarle en latin, era lo mismo que ir á la guerra sin armas. Ya estaba para volverse á su pueblo, quando, al entrar en una Iglesia, oyó cantar *Salve Sancta Parens.* Pareciéronle aquellas palabras las mismas que habia olvidado, y procurando retenerlas cuidadosamente, continuó su camino. Poco despues de su llegada á Roma, fue presentado al Santo Padre, á quien dixo, saludándole con profunda reverencia: *Sal-*

ve

ve Sancta Parens. Díxole el Papa: *non sum mater Christi*, no soy la madre de Jesu-Christo. Replicóle el pobrete: *de Hispania.* Maravillado el Santo Padre de ver tal majadero, le dixo: *habesne dæmonium?* ¿tienes al diablo en el cuerpo? *In manica mea*, en mi manga, continuó el exâminando, metiendo la mano en ella. Juzgando el Pontífice que iba, en efecto, á sacar algun demonio, se conmovió un poco; mas viendo que solo sacaba papeles, le dixo: *quid petis?* ¿qué pides? Entonces, el infeliz, que habia dicho ya quanto sabia, se quedó como una estatua sin saber qué responder, de manera que lo iban á despedir, sin que hubiese obtenido cosa alguna; pero, por una feliz casualidad, se encontró allí otro Español, quien, habiéndolo conocido por de su nacion, le preguntó en su nativo idioma, y le alcanzó los despachos que solicitaba, á causa de su simplicidad.

Un

Un Español presentó á Felipe II un diamante de muchísimo precio, diciéndole: Señor, no son de despreciar setenta mil pesos que he abreviado en este digno hijo del Sol. Sorprendido el Rey de que aquel hombre hubiese tenido tanto espíritu, le preguntó: y ¿en qué pensabas quando empleaste tal suma en esta piedra? *Señor*, respondió el Español, *pensaba en que habia un Felipe Segundo en el orbe.* Agradó tanto al Monarca la respuesta, que mandó inmediatamente darle cien mil pesos.

Fue cierto Personage á una casa de locos para distraérse de sus cuidados. Encontró en el patio á uno de los dementes; pero tan sosegado y en razon, que no pudo menos de preguntarle ¿quál era la causa de su mal? *Señor*, respondió el loco, *el mal que yo tengo, se llama vapo-*

pores entre la gente de calidad; pero entre nosotros se llama locura.

Defendia un Abogado, de poquísima reputacion, una causa con el sombrero quitado. Ofreciósele pedir al Abogado de la parte contraria un papel que deseaba ver. Rehusóselo; y entonces el otro, dirigiéndose al Juez, le dixo: Señor, facil es de conocer que el papel que pido no es favorable á mi parte, porque *malum est quod tegitur*, malo es lo que se encubre. *Siendo así, señor Abogado*, replicó el otro, *cubrios luego.*

El dia que Carlos Manuel I°, Duque de Saboya, hizo su entrada en Zaragoza, Felipe II, su suegro futuro, (que por excederse en política tomó la izquierda), le dixo: hijo mio, vuestro caballo es muy inquieto. *Señor*, respondió, *es porque conoce que no va en su lugar.*

Mirando cierto hombre en un manzano, que las ramas ingeridas daban mejores manzanas que las naturales, dixo: *esto nos da á entender, que muchas veces se prevalen de nuestra asistencia contra nosotros mismos.*

Un Militar animoso dixo un dia á cierto Cortesano: que era excelente cosa morir en el lecho del honor; pero el Cortesano le replicó: *bien puede ser hermoso ese lecho, pero es muy duro, muy frio, y muy descubierto, para un hombre que tiene gana de vivir, y de descansar cómodamente.*

Motejábanle á un Poeta, que llevaba clavos en los zapatos, y respondió: *soy del orden del Pegaso.*

Otro Poeta cantó cierto dia en medio de la calle, pero lo hizo tan mal, que le

ape-

apedrearon los muchachos. Diéronle despues cantaleta con la lapidacion, y él dixo: *eso tengo de comun con Orfeo y Amphyon, que atraian hácia sí las rocas.*

Burlábanse de otro mal Poeta, porque se rascaba mucho la cabeza, quando hacia versos; pero él dixo á los mofadores: *¿cómo han de salir, si no los saco con las manos?*

El mismo Poeta dixo en otra ocasion á los que se burlaban de sus rascaduras: *para que un campo produzca mucho, es menester labrarlo bien.*

Burlándose por tercera vez del mencionado Poeta rascador, dixo, encarándose con los que se burlaban: *pues en verdad, señores, que para que saliese Minerva, fue necesario hender la cabeza de Júpiter.*

Reprendiéndole al mismo un dia, que iba muy mal vestido para ser un poeta de tanta importancia, respondió: *amigos, hartas veces he visto á Virgilio enquadernado en pergamino.*

Una vieja llevó á la Iglesia dos velas encendidas: puso una á la imagen de San Miguel, y otra á la del Diablo. Viendo aquello el Cura, la dixo: ¿qué haceis, buena muger? ¿no veis que es el Demonio á quien alumbrais? *Pues ¿qué importa, Señor Cura?* respondió la vieja: *bueno es tener amigos arriba y abaxo, porque no sabemos donde iremos á parar.*

Un Señor, de la comitiva de cierto Cardenal, (que tenia el pelo roxo, y era de corta estatura,) se halló presente al discurso que hizo un Juez; y queriendo divertir á su Eminencia, á costa del orador, se propuso interrumpirlo y cortarlo

lo enteramente. Para conseguirlo, le preguntó: ¿quánto habian valido los burros en la última feria? A esta pregunta, volvióse el Juez, y mirándolo con menosprecio, le respondió: *caballero mio, los de vuestra alzada y vuestro pelo se vendieron á diez ducados.* Despues continuó su discurso con el mayor acierto.

A un General valeroso le dixeron: que debia casarse, quando no fuese, sino por dexar herederos de su valor. A lo que replicó: *no estimo tanto la vida, que quiera hacer participantes de ella.*

Un Sabio, cuya erudicion hizo mucho ruido en el mundo, fue llamado de Escocia á Francia para ocupar plaza en una famosa Academia: lo primero que se le presentó al desembarcarse en dicho Reyno, fueron unos burros, animales que no hay en Escocia. Aquel hombre, pues, cuya sabiduria era tanta, dió un grito

de admiracion al verlos, y dixo: ¡*preciso es que la Francia sea un pais fertilísimo, pues se crian en ella tan corpulentas liebres*!

A un Caballero pesadísimo, dixo una Dama: decidme, amigo, ¿quál es la bestia mayor que se conoce en el mundo? Me parece, Señora, respondió el Caballero, que es el Elefante. *Pues, señor Elefante*, replicó la Dama, *por Dios que os vais y que me dexeis en paz.*

Cierto Cura reprendia agriamente á un marido, delante de su muger, llamándolo pícaro, ladron, infame, canalla. A nada de esto desplegó sus labios la muger. Pero quando seguidamente lo trató de tonto, empezó la esposa á dar gritos diciendo: ¡*señores, señores, este mal Cura revela mi confesion*!

Un

Un Gramático decia á sus discípulos: *hablad lo menos que podais en superlativo, si no quereis que hablen de vosotros en diminutivo.*

Hallábanse muchas personas en la tienda de un librero. Una de ellas, cuya nariz era chatísima, estornudó. Todos hicieron el acostumbrado saludo; pero uno de ellos dixo: *Dios os conserve la vista.* Maravillado el chato de aquella rara salutacion, le preguntó la causa de ella; y él respondió: *lo digo, porque vuestra nariz no es apropósito para anteojos.*

Cierto Español llegó muy mojado á media noche á un meson. Llamó; y al preguntar el mesonero ¿quién era? respondió: *soy Don Sancho, Alfonso, Ramiro, Juan, Pedro, Carlos, Francisco, Domingo, de Roxas, de Zúñiga, y de las*

Fuentes. Pero el huesped, que sabia que no le quedaba mas de una cama vacante, le dixo: *amigo, no tengo cama para tanta gente*; y se fue á acostar.

Leonidas, Rey de los Lacedemonios, calmó en una ocasion el terror de sus tropas despavoridas, replicando á un soldado medroso, que vino á decirle, que los enemigos estaban cerca: *si ellos están cerca de nosotros, nosotros estamos cerca de ellos*.

El mismo General respondió á otro soldado, que le dixo fuera de sí que el exército de los Persas era tan numeroso que con sus flechas cubriria el Sol: *tanto mejor, amigo, con eso pelearemos á la sombra*.

Hallándose Luculo en el caso de dar batalla á Tigranes, viniéronle á decir, para disuadirle, que era un dia desgra-

cia-

ciado; pero él replicó: *nosotros le haremos dichoso con la victoria.*

Quando Carlos XII se disponia á atacar á los Moscovitas, retrincherados delante de Nerva, nevaba con tanta fuerza, que no se distinguia cosa alguna, á la distancia de quatro pasos. Representaron los Generales al Monarca, que no era posible atacar á los Moscovitas con aquel tiempo. *Muy al contrario*, les respondió, *estoy contentísimo*, *porque así no podrán los Moscovitas contar nuestros batallones.*

Cierto Monarca supo, que habia en su Corte un bribon que profetizaba. Quiso llamarlo, para hacerle una pregunta, y no satisfaciéndole á ella, mandarlo arrojar por una ventana. Preguntó, pues, al Astrólogo, luego que se le presentó, ¿si sabia lo que iba á sucederle de allí á breve tiempo? Pero él, que tuvo algun pre-

sen-

sentimiento de la intencion del Rey, le respondió: *Señor, sé muy bien que he de morir dos horas antes que V. M.* Quedó el Príncipe tan mudado con la respuesta, que le señaló allí mismo una buena pension, encargándole mucho que cuidase de su persona.

En otros tiempos, acostumbraba la gente de guerra, así de tierra como de mar, llamar *Putas* á quantas mugeres se presentaban en sus tiendas ó navios, sin miramiento á su calidad. La Reyna de Bohemia, Electora Palatina, halló modo de contener tal insolencia. Quando los desgraciados negocios de su esposo el Rey, y la pérdida de todos sus Estados, los obligó á refugiarse á Holanda con toda su familia, fue dicha Señora un dia á divertirse á bordo del navio del Almirante Holandés, donde fue recibida con todas las señales de honor debidas á su clase. Pero apenas hubo entrado, quando

do los soldados y marineros comenzaron á gritar ¡*Hoer*! ¡*Hoer*! Entonces la Reyna, dando unos pasos hácia los que estaban á su inmediacion, les dixo con semblante alegre y agasajador: *todos vosotros sois mis hijos*: aquella réplica graciosa y aguda, los confundió de tal manera, que cesó inmediatamente la griteria, que no alcanzaron á calmar los Xefes.

Un Embaxador de Francia, en la Corte de Venecia, se quejó en una audiencia, de que la República (que felicitaba al Rey su amo por una considerable ventaja que habia conseguido de los Españoles, con quienes estaba en guerra) manifestaba al mismo tiempo al Rey de España, la parte que tomaba en el sentimiento de sus pérdidas. A lo qual respondió el Dux: *que aquello no debia admirarle, pues la Serenísima República practicaba la leccion del Apostol, de alegrarse*

con

con los alegres, y afligirse con los afligidos.

A un Caballero, muy bufon, presentó cierta Dama una copa de vino; pero él no la quiso tomar, diciendo: como el asno no quiera, no le harán beber: á lo que replicó la Señora: *por lo mismo, no os hago mas instancias.*

Paseábanse unos quantos amigos por el campo. Entre ellos habia uno demasiado burlon. Al pasar por delante del sitio donde se executaban los reos, el burlador hizo como que sacudia alguna basura del sombrero del que iba á su lado. Este se lo quitó naturalmente, para acabar de limpiarlo. Entonces el otro le dixo riéndose, que saludaba la horca. Pero repuso inmediatamente el burlado: *amigo, tengo muchísimo respeto á tu última habitacion.*

Un Monarca Francés revistaba un dia algunas de sus tropas, delante del Embaxador de Holanda, á quien dixo con aire risueño: Señor Embaxador, ved aquí unos ratones que tienen traza de ir gustosos á roer los quesos de Holanda. *Si señor*, contextó el Embaxador sobre el mismo tono; *pero hay en Holanda gatos, que saben cazar los ratones.*

Preguntando uno á un viagero ¿si sabia quál era la cosa mejor? respondió: *la libertad.* — Y ¿la mas gustosa? — *La ganancia.* — Y ¿la menos conocida? — *La fortuna.* — Y ¿la peor? — *La muerte.* — Y ¿el mas dichoso del mundo? — *El hombre sabio, rico y con salud.* — Y ¿el mas desgraciado? — *El anciano sin bienes.* — Y ¿el mas importuno? — *El hablador.* — Y ¿el mas peligroso? — *El Médico ignorante.* — Y ¿el mas digno de compasion? —

El

El mentiroso, que no es creido quando dice la verdad.

Un Peregrino, que llegó á Roma, y se parecia mucho al Papa Bonifacio, fue llevado á la presencia de su Santidad. Este le preguntó, maravillado de tanta semejanza, ¿si habia estado su madre en Roma? á lo que respondió inmediatamente: *mi padre es el que ha estado muchas veces.*

Un Consejero de cierta ciudad considerable de Holanda, hallándose en la feria de caballos de Schiedam, se encontró con un librero, amigo suyo, gran bufon, quien le preguntó ¿si habia venido á comprar caballos? Respondióle el Magistrado que sí; pero tú, añadió el mismo, ¿qué has venido á hacer aquí? ¿Sabrás distinguir un caballo de un burro? ¡*Oh*! *sí señor*, le replicó el librero, *aunque os me-*

tie-

tierais entre mil caballos, os sacaria por la pinta.

Un hombre, que hacia profesion de gracioso, preguntó súbitamente á un joven modesto: ¿cómo se llamaba el padre de los quatro hijos de Ammon? y él respondió seguidamente: *no lo sé, pero conozco muy bien su caballo, que eres tú.*

Un Conde, que tenia la barba muy roxa, preguntó á un jardinero (sabiendo que era eunuco) en presencia de su Rey: ¿por qué no tienes barba? *Señor*, le respondió el jardinero, *quando Dios hizo la distribucion de las barbas, llegué á tiempo, que ya no le quedaban sino roxas que dar, y viendo yo aquello, mas quise quedarme sin barba, que tomarla de el color de la de Judas.*

Haciendo el Poeta Antágoras un guisado en el campo de Antígono, le dixo es-

este Príncipe: ¿piensas, Antágoras, que quando Homero escribia las gloriosas acciones de Agamenon, se entretenia, como tú, en guisar en medio del exército? *Y ¿vos, Señor, pensais*, replicó Antágoras, *que quando Agamenon hacia esas grandes acciones, que describe Homero, se entretenia en ir por todo su campo indagando, si habia alguno que guisase?*

Cierto hombre presumido, se encontró un dia con una buena muger, que iba guiando una porcion de burros; y queriendo chancearse, la dixo: vaya en buen hora la madre de los borricos. *A Dios, hijo mio, á Dios*, le replicó ella sin detenerse; y el hombre quedó tan corrido, que ya le pareció que se le alargaban las orejas.

Francisco I°, para burlarse de una Señora, que ya era vieja, y habia sido muy hermosa, la dixo: ¿quánto tiempo ha

ha que vinistes del pais de la belleza? y ella respondió: *Señor, desde que V. M. volvió de Pavía.*

Otro Monarca se mofaba un dia de cierto Cortesano, que le habia servido en muchas Embaxadas, y entre otras cosas, le dixo: que se parecia á un buey. *Señor*, replicó el Cortesano, *no sé á quien me parezco, pero sí sé, que he tenido la honra de representar vuestra persona misma en muchas ocasiones.*

Un Sabio, que era feisimo, contaba: que yendo cierto dia por la calle, se encontró con una Señora, la qual, tomándole por la mano, lo llevó á la tienda de un escultor, á quien dixo: *como este ¿me entendeis?* y que al instante lo dexó, y se fue: que, sorprendido de aquella aventura, no sabia qué significacion tuviese: que suplicó al escultor le explicase tal arcano, y que le satisfizo así: "aquella

señora habia venido poco antes á mandarme hacer un Diablo, y yo la dixe, que no tenia modelo alguno para servirla como deseaba: *os ha encontrado, y os ha traido á fin de que tome de vos el modelo.*"

Los Cortesanos de Filipo, padre de Alexandro Magno, le aconsejaban que desterrase á uno que hablaba mal de su persona, y él les replicó: ¿*para qué*? ¿*para que vaya maldiciendo por todas partes*?

En otra ocasion, que querian obligarle á que se deshiciera de un hombre honrado por igual motivo, dixo: *miremos antes, si le hemos dado causa para ello.*

Asistiendo el mismo Monarca á la venta de algunos cautivos, en una postura bastante deshonesta, acercósele uno de ellos, y le dixo al oido: que baxase un poco mas la ropa: inmediatamente le mandó poner en libertad el Monarca, dicien-

ciendo: *no sabia yo que eras amigo mio.*

Aconsejábanle en otra ocasion todos sus Cortesanos, que castigase la ingratitud de los Peloponenses, que le habian públicamente silvado en los juegos olympicos; pero les respondió: *¿qué no dirian, si yo les hiciese mal, quando se burlan, habiéndoles hecho tanto bien?*

Finalmente, al concluirse una audiencia que habia dado á unos Embaxadores de Athenas, venidos á quejarse de cierto acto de hostilidad, les preguntó: ¿si podia servirlos en algo? A lo que respondió Demochares: el mayor servicio que podrias hacernos, seria ahorcarte. A estas palabras, sin alterarse, aunque advirtió á todos indignados, replicó: *decid á vuestros dueños, que los que se atreven á proferir semejantes insolencias, son mucho mas altivos, y menos pacíficos, que los que saben perdonarlas.*

No fue menos moderado que Filipo, el Rey Antígono; quien oyendo á la puerta de su tienda murmurar á unos soldados y quejarse en términos injuriosos, se contentó con decirles: *idos á quejar á otra parte, no sea que me vea precisado á castigaros.*

Pericles, Atheniense, gran Capitan y Orador, sufrió todo un dia, sin alteracion, que un Ciudadano le llenase de injurias delante de todo el mundo; y quando á la noche se retiraba á su casa, le fue aquel temerario detras prosiguiendo en sus injuriosos denuestos. Llegado que fue Pericles á la puerta de su casa, dixo sosegadamente á su criado: *ya es tarde: vuelve á acompañar á ese Ciudadano hasta su habitacion.*

Habiendo ascendido al Trono Adriano, dixo á uno de sus enemigos, que por ca-

casualidad encontró: *ahora que soy Emperador, ya no tienes que temer de mí.*

Cierto Caballero, en el sitio de Sevilla, echó en cara á Perez de Vargas que el escudo hondeado que llevaba no era permitido á los de su casa. Perez hizo como que no habia entendido la proposicion; pero poco tiempo despues sitiando á Triana, combatió en ella con tanto valor que sacó su escudo erizado de flechas: entonces, volviéndose á su emulador, que se habia mantenido al abrigo de los golpes, le dixó: *teniais razon de querer quitar este escudo á mi familia, pues en ella se le contempla tan poco: mas lo mereciais vos, que lo hubierais conservado intacto.*

Viajaba un sugeto por las Andalucias, y al pasar por cierta ciudad, le preguntó el Corregidor: amigo, ¿qué se dice en Madrid? *Misas*, respondió. Pero ¿qué

ruidos corren? *Los de los coches.* No pregunto eso, sino ¿qué hay de nuevo? *Habas tiernas.* Amigo, prosiguió el Juez, dígame vmd. á lo menos ¿cómo se llama? *Necios hay que me llaman su amigo; y en la Corte me llaman por mi nombre.*

Pasando dos Duques por delante de un Ciego dixo el uno al otro: ¿qué apostamos que le hago decir tu nombre á este Ciego? Cien doblones á que no, replicó el otro. Hecha la apuesta, dixo el primero: toma este alfiler y púnzale. Hízolo así, y el Ciego gritó al instante: ¡*hijo de puta quien me pica*! Lo mismo fue oir esto, que dixo el otro Duque: ¿*qué tal, amigo*? ¿*he ganado, ó no*?

Theócrito habia ofendido cruelmente al Rey Antígono, que era tuerto: este Príncipe, no obstante, le ofreció el perdon, con tal que se le presentase. Llevá-

ron-

ronle sus amigos casi por fuerza; y en el camino le iban diciendo: nada temais: vuestra vida está segura, luego que os presenteis á los ojos del Rey. *Pues si no puedo alcanzar el perdon*, les dixo, *sin comparecer á los ojos del Soberano*, *ya me cuento por perdido.* Esta chanza le costó la vida.

El Emperador Domiciano vivia siempre retirado en su gabinete, entreteniéndose en matar moscas con un punzon. Habiéndole preguntado un Cortesano á Vibio Crispo ¿si habia alguien con el Emperador? le respondió: *que ni una mosca.* Bufonada fue que le costó la vida.

Chah-Jehan, Emperador del Mogol, pesaroso de que el Embaxador del Rey de Persia no queria saludarle á la india, por ser un saludo muy humillante, pensó en el modo de obligarlo á su pesar. Un dia, destinado para la audiencia de di-

cho Embaxador, mandó que se cerrase la puerta grande del patio del Am-kas, donde habia de recibirlo, y que no se dexase mas que el postigo abierto, por el que no podia pasar una persona sin doblarse mucho (como se acostumbra en el saludo indio) para que á lo menos se dixese, que habia obligado al Embaxador persa á ponerse en situacion todavia mas humilde que la del *Salam*, ó saludo indio. Así se executó; pero venido el Embaxador, y conociendo la pieza que se le queria jugar, dobló el cuerpo y entró de espaldas. Picado el Emperador de verse burlado de aquel modo, le dixo: desatento, ¿te parece que entras en alguna caballeriza? y el Embaxador le repuso, sin alterarse: ¿*quién no habia de creerlo, viendo una puerta tan mezquina*?

Este mismo Monarca dixo en otra ocasion al Embaxador arriba dicho: ¿no tiene tu amo el Rey de Persia otras per-

so-

sonas en su Corte de quien valerse, y no que me envia un loco como tú? A lo que replicó seguidamente el Embaxador: *sí señor: hay en su Corte personas que me aventajan en todo, pero á tal Rey tal Embaxador.*

Llegando * *Behloul* á hacer su corte al *Califa*, le dixo el Gran Visir: Behloul, buenas nuevas: el Califa te ha hecho Intendente de los monos y cerdos de sus Estados. *Pues prepárate*, replicó Behloul al Visir, *á obedecerme, porque tú eres uno de mis subordinados.*

Preguntó un ladron á un mendigo: ¿sí no tenia vergüenza de alargar la mano para tomar lo poco que le deba qualquiera? y el mendigo le respondió: *no me avergüenzo de tal cosa, porque mas vale tender la mano para recibir la limosna,*

* Sabio de la Corte de un Califa.

na, que versela cortar por haber robado lo ageno.

Un Labrador, montado sobre su burro, pasaba una vez por delante de un Colegio á la hora misma que salian los Estudiantes de la clase, y cabalmente le dió entonces á su asno gana de rebuznar: los Estudiantes empezaron á gritar al Labrador, diciéndole: majadero, cria mejor á tu bestia y enséñala cortesia: á lo qual les replicó el Labrador: *hijos mios, tanto se alegra de ver á sus camaradas, que se ha puesto á cantar de gozo.*

Queriendo un viejo, de vida depravada, reprender á un joven que cuidaba mucho de su persona, le dixo como burlándose de él: ¿quándo me irás á ver, hija mia? *Nunca*, le respondió el joven, *porque mi madre me ha prohibido visitar las personas de mala vida.*

En-

Encontrándose cierto Pedante un dia con un estudiantillo, quiso divertirse con él. Para conseguirlo, le preguntó así: dime, niño, ¿de qué género es *Mater*? A lo que respondió el muchacho sin vacilar: *distingo*, *Señor*; *porque si hablais de la mia*, *es del género femenino*; *pero si hablais de la vuestra*, *es del género comun de dos*. Todos los circunstantes soltaron la carcajada: y el Doctor se retiró mortificadísimo de la agudeza del muchacho.

Una noche oscurísima iba un Ciego por las calles con una luz en la mano, y un cántaro de agua al hombro. Preguntóle uno de los que pasaban: simple, ¿de qué te sirve esa luz? ¿no es para tí lo mismo la noche que el dia? Respondióle el Ciego riéndose: *no llevo la luz para alumbrarme*, *sino para que algun atolondrado*,

co-

como tú, no me pegue un encontron y me eche el cántaro abaxo.

Un Poeta ilustre, y un Predicador famoso disputaban sobre cierta materia tenacísimamente. No sabiendo ya qué alegar el Predicador, dixo al contrario: todos los poetas sois locos: *os engañais, padre mio*, replicó el otro; *y si no, id á las gavias y encontrareis diez predicadores por cada poeta.*

Un Pisaverde dixo á una Dama muy llena de galas y joyas: señora mia, vamos claros: ¿no es ese gran equipage fruto de vuestras galanterias? y ella le respondió sonriéndose: ¡*Jesus, hijo mio*! ¿*Crees que estás hablando con tu madre*?

Cierto Militar de graduacion que acababa de llegar á Palacio á traer á su Monarca una noticia gloriosa de sus armas,

mas, entró con botas y espuelas, despeinado y lleno del polvo del camino. Encontróse con dos Palaciegos, quienes le dixeron: mirad como venis, que pareceis un palafrenero. *Sí, señores mios*, les respondió desenfadadamente, *y dispuesto á ensillaros.*

Un Sastre, que vivia cerca de un Cementerio, tenia una alcancía colgada á la puerta, y echaba en ella tantas chinas como muertos via pasar. Llegó en fin la muerte del mismo Sastre; y como poco despues, viendo cerrada la tienda, preguntase un parroquiano: ¿qué se habia hecho el Sastre? le respondió un vecino: *cayó en la alcancía como los demas.*

Cierto Monarca mandó formar algunas compañias de soldados, y la casualidad hizo que casi todos los reclutados tenian cicatrices de heridas recibidas. En

vis-

vista de ello, dixo á sus Capitanes: ved aquí unos buenos soldados; pero mejores eran los que así los hirieron. Uno de los alistados, que lo oyó, dixo al Rey: *Señor, perdóneme V. M. que le diga que no eran mas valientes que nosotros, porque si ellos nos hirieron, nosotros los matamos.*

En el tiempo de la guerra civil de Inglaterra entre el Rey y el Parlamento, hallándose algunas personas del partido Real en compañia de otras del partido contrario, referian ciertas cosas que parece prometian alguna ventaja á su favor. Pero uno del vando opuesto les replicó: mucho os engañais, Caballeros: eso no es mas que hacer castillos en el aire. *Pues ¿dónde los hemos de fundar*, le replicaron los contrarios, *si nos vais quitando todas nuestras tierras?*

A un hombre de humor chistoso se le escapó una ventosedad, en el acto de estar cumplimentando á una persona de distincion. Aquel accidente debió haberle causado algun embarazo; pero no fue así, porque volviéndose á mirar á su trasero, le dixo: *si quieres hablar, será menester que yo calle.* Todos rieron de la ocurrencia, y la persona del cumplimiento no se dió por ofendida.

Otro, que era un Abate italiano, tenia mucha propension á esta especie de descuidos. Hallábase en compañia de ciertas Damas, y le sucedió el fracaso de una tremenda explosion. Hizo como que se admiraba mucho, y hablando con sus asentaderas, dixo: *sois unas impertinentes é indiscretas, pues hablais tan alto en presencia de estas Damas, interrumpiendo su gustosa conversacion.*

Un

Un Músico, diestro en su arte, pero muy envanecido de su mérito, tuvo un dia la honra de hablar con cierto Soberano; el qual reparando que llevaba unas malísimas medias, le preguntó: ¿si era el Músico de quien le habian hablado con tanto elogio? *No lo sé, Señor*, respondió, *pero puedo vanagloriarme de tener una voz que hago de ella quanto quiero. Pues si así es*, dixo el Rey, *os aconsejo que hagais un par de medias, porque las necesitais mucho.* De esta manera se burló el Soberano de la ridícula vanidad del Músico.

De un Príncipe, cuyos Estados eran de corta extension, y que mandó construir una plaza de mucho recinto, dixo Machiavelo: *que se veria precisado á poner de guarnicion en ella todos sus vasallos.*

Pre-

Preguntáronle á Caton el anciano: ¿si no se ganaba mucho en dar su dinero á usura? y respondió: *lo mismo es eso que si me preguntarais: ¿si no se ganaria mucho en matar á un hombre?*

A Themístocles le preguntaron tambien: ¿que á quién daria mejor una hija? ¿á un hombre de probidad pobre, ó á un rico de mala reputacion? y respondió: *que mas queria hombre sin dinero, que dinero sin hombre.*

Dixéronle un dia á Trajano: que no representaba bien la dignidad imperial, á lo que satisfizo: *quiero parecer á los particulares lo que yo desearia que me pareciese el Emperador, si yo fuera particular.*

Cierto Rey de Polonia dixo á los que pretendian inclinarle á que mandara á

sus vasallos que abrazasen su religion: *yo soy Rey de hombres, y no de conciencias. Tres cosas hay que pertenecen solo á Dios: crear qualquiera cosa de la nada; predecir lo futuro; y dominar sobre las conciencias.*

Dixéronle á un Abate: que habia perdido el pleyto por unanimidad de votos; y replicó: *lo he perdido por unanimidad de sueño, porque todos los Jueces roncaban quando se sentenció.*

Decia un Portero anciano de un Convento: *que los malos devotos empezaban por: Creo en Dios Padre todo poderoso; y finalizaban por: la Resurreccion de la carne.*

Cierto Juez, que habia pasado la noche bebiendo, fue por la mañana al Tribunal para interrogar á un delinqüente de graves delitos. Despues de haberle preguntado su nombre, edad, y demas, se

se quedó adormecido, en fuerza de los vapores vinosos. Despertóse unos instantes despues, y creyendo que hablaba con algun amigo, le preguntó al reo: *¿cómo estais?* Miróle entonces de hito en hito el delinqüente, y le dixo: *si yo estuviera como vos, no tendria sed.* Aquella respuesta hizo reir tanto á los demas Jueces, que no pudieron menos de mirarlo con lástima.

Un Español, que se hallaba en una ciudad de Italia, reprendió mucho á los Italianos el que no acompañasen á Dios, quando salia en público. Desagradó el asunto á un Florentino que lo oyó, y que era poco piadoso, y dixo al Español: *Dios no necesita de compañia en este pais, porque está en tierra de amigos.*

Viendo un Soldado á un Estudiante presuntuoso y vizco, dixo á los demas camaradas suyos: *amigos, este será un*

hombre sapientísimo, porque lee de una vez las dos caras del libro.

Un dia que Cambyses, hijo de Cyro, dió un combite á los Grandes de su Corte, le celebraron tanto los Sátrapas, que le hicieron superior á su padre. Creso, Rey de Lidia, hombre de talento, aplicó un sentido admirable á lo que queria decir, para dar al Príncipe una alabanza todavia mas fina. Dixo: que no tenian razon en poner á Cyro superior á su padre; y que él le juzgaba muy inferior. Como aquel discurso tan libre sorprendió á todos, hasta al mismo Príncipe, se explicó así el diestro lisonjero: *hállole inferior, porque Cambyses no ha tenido aun, como Cyro, un hijo que se le parezca.*

Habiéndole dicho uno al Poeta Tasso, que un hombre enemigo suyo maldecia de él en todas partes, le replicó el Poeta: *Dexadlo decir: mas vale que diga mal de*

mí

mí á todo el mundo, que si todo el mundo lo dixese.

Este mismo Poeta dió una vez á conocer finísimamente á un enemigo suyo, que queria aparentársele amigo, las razones que tenia para dudarlo. Fue el caso, que al ir á hacer un desembarco, se quedó el enemigo del Poeta de los últimos con designio de ayudarle á baxar; pero el Tasso, que penetró su intencion, le dixo: *no necesito ayuda para baxar, sino para subir.* Ambos eran de la corte del último Duque de Ferrara, y el Tasso sabia que su fingido amigo le hacia mucho perjuicio.

Díxole uno en otra ocasion al mismo Poeta famoso: que se le habia venido á las manos la venganza de un enemigo suyo, que habia procurado desacreditarlo, y le respondió: *no es la vida ni la honra lo que deseo quitar á ese envidioso,*

 si-

sino solamente su mala voluntad. ¡Bello exemplo de moderacion, de que pocas personas son capaces!

Un imprudente se burló cierto dia del Tasso, en su misma presencia, y el Poeta guardó un silencio tal, que admiró al mofador. Otro de la concurrencia dixo, en tono que pudo oirlo el burlado, que era menester ser loco para no hablar en ocasiones semejantes. *Os engañais mucho*, replicó el Tasso, *porque un loco no sabe callar.*

Dixéronle unos amigos á Platon: que Thersites se divertia á costa de su reputacion, y que merecia un castigo tanta temeridad; á que respondió el Filósofo: *el hombre sabio se venga de sus enemigos dexándolos por mentirosos.*

Cierto Prelado de elevado nacimiento, y por lo mismo sumamente vano, cele-

lebraba un dia la Misa, á tiempo que habia algun ruido en la Iglesia. Enojado, se volvió hácia los oyentes, y dixo: *maldito pueblo, ¿qué mas harias, si estuviera diciendo la Misa un Lacayo?*

Cierto Romano contó muy asustado á Caton: que la noche antes le habian roido los zapatos unos ratones, y que esto le parecia malísimo agüero. Caton le dixo entonces: *amigo, toma aliento: ese accidente nada tiene en sí de espantoso; pero lo fuera mucho, si, al contrario, hubieran sido los ratones roidos por los zapatos.*

Dixo uno, que amaba á su muger, porque era su mitad: *tienes razon*, le replicó otro, *de amarla por mitad, ya que no puede serlo toda entera.*

Dixo á una Dama un Caballero: que tenia un borriquillo y lo queria mucho:

y ella le replicó: *haceis muy bien de amar á vuestro próximo como á vos mismo.*

Cierto Obispo preguntó á un Cura ignorantísimo: ¿que quál asno de Prelado lo habia ordenado de Sacerdote? *V. S. I. mismo*; *respondió.*

Cierta Señora, remilgada é hipócrita, que aun se aderezaba el rostro con blanquete y arrebol, acostumbraba decir muy devotamente: que habia ya renunciado á todas las cosas y placeres mundanos; pero un satírico, que la oyó cierto dia, la dixo: *todavia os falta, Señora, renunciar á la pintura.*

Un General de exército condenó á muerte á un Soldado por sus delitos: este rogó al General, que le empeñase su palabra de concederle una gracia para despues de muerto. Otorgóselo el General, comprometiendo su mismo honor si no se

la

la cumplia. *Pues, Señor Excelentísimo,* añadió el Soldado, *la gracia es, que V. E. me dé un beso en el T......, quando haya muerto; de lo qual no puede V. E. desentenderse, teniendo empeñado su honor.* Semejante peticion hizo reir al General, quien mas quiso concederle la vida, que verse en la precision de haber de cumplir su palabra.

Un Andaluz dixo á otro: no me enfades, porque te arrojaré tan alto, que has de tener hambre, antes de llegar al suelo. *Y yo*, respondió el insultado, *te despediré con tanta fuerza, que, antes de caer, ya te habrán comido las moscas.*

Un Oficial Gascon pidió una pension al Rey de Francia: respondióle el Monarca: que, si no le bastaba el sueldo, acudiese á su padre, para que le socorriese con algo de lo mucho que malgastaba en diversiones: *¡mi padre dinero!*

ex-

exclamó prontamente, *mas facil fuera que V. M. hiciese tirar un pedo al caballo de bronce.*

Otro Oficial Gascon, que, aunque valiente, tenia los resavios de su nacion, tiró un pistoletazo, en una escaramuza, á cierto enemigo suyo, y seguidamente se vanaglorió con un amigo, que estaba cerca, de haber matado á su contrario. El amigo miró hácia todas partes, y despues le dixo: no puede ser, porque, aunque has tirado, á nadie veo. ¿*Cómo no*? replicó el Gascon, *pues ¿no ves que lo he reducido á polvo*? ¿*no me conoces*?

Cierto Predicador presuntuoso, que componia muy buenos sermones, aconsejado por sus amigos para que pidiese una pension, les respondió así: ¡*yo solicitar una pension*! *Esa es bagatela: yo busco la gloria.*

Es-

Estaba viendo una comedia cierto Fanfarron, y se meneaba tanto, que mortificaba con la espada á los que tenia al lado. Caballero, le dixo uno, vuestra espada me incomoda. *No os admireis de eso*, le replicó, *porque á otros muchos ha incomodado.*

Cierto Rey de España, pasando un dia de ibierno muy crudo por el Puente de Toledo, vió á un Caballero de Provincia, paseándose muy sosegadamente, vestido de verano. Paróse el Monarca, y le preguntó: ¿cómo no tienes frio con tan poca ropa, quando yo, cargado de abrigo, aun estoy helado? *Señor*, respondió el Caballero, *si V. M. hiciese lo que hago, no tendria frio: yo llevo sobre mi quanta ropa tengo: imíteme V. M. y tendrá calor.*

Un

Un Andaluz, lleno de andrajos, se arrimó á pedir limosna á un Caballero, pero con su sombrero puesto. Alargóle úna peseta el Idalgo, y le pidió que le volviera tres reales. Entonces el Andaluz se registró las faldriqueras, y como nada tenia en ellas, dixo con seriedad: *creo que me he dexado el dinero en el otro vestido.*

En el tiempo que se prohibieron sábiamente los duelos, sucedió que, paseándose juntos un Caballero y un Militar, dixo aquel á este, (que era muy fanfarron:) amigo, ¿qué teneis que vais tan melancólico? *¡Ay es nada!* respondió, *pues ¿no sabeis que S. M. nos ha quitado la diversion de los desafíos?*

Otro señor Guapo dixo en una ocasion: *que en qualquiera parte de su cuer-*

po

po que lo biriesen, era mortal la berida, porque todo él era corazon.

Abrió cierto Caballero una carta delante de un Andaluz su amigo, y le dixo: que venia en ella una letra de cambio. *Pues yo*, replicó el Andaluz, *ó recibo una resma de ellas, ó ninguna.*

Estando muy enfermo un Gascon en París, le llevaron al *Hospital de Dios.* Fuelo á visitar otro Gascon, amigo suyo, y le preguntó ¿si estaba bien con Dios? ¡*Buena pregunta*! repuso el enfermo, ¿*no he de estar bien con él, quando me ha dado quarto en su casa*?

Un Caballero Andaluz, que iba en coche, tuvo la desgracia de que su cochero borracho atropellase á un hombre, quien, en recompensa, sacudió una gran paliza al cochero. El amo no se atrevió á chistar. Diéronle despues cantaleta sus ami-

amigos, por la demasiada paciencia de no haber sacado la cara por su cochero; pero él les dixo: *yo no nací para pendencillas, sino para acciones gloriosas.*

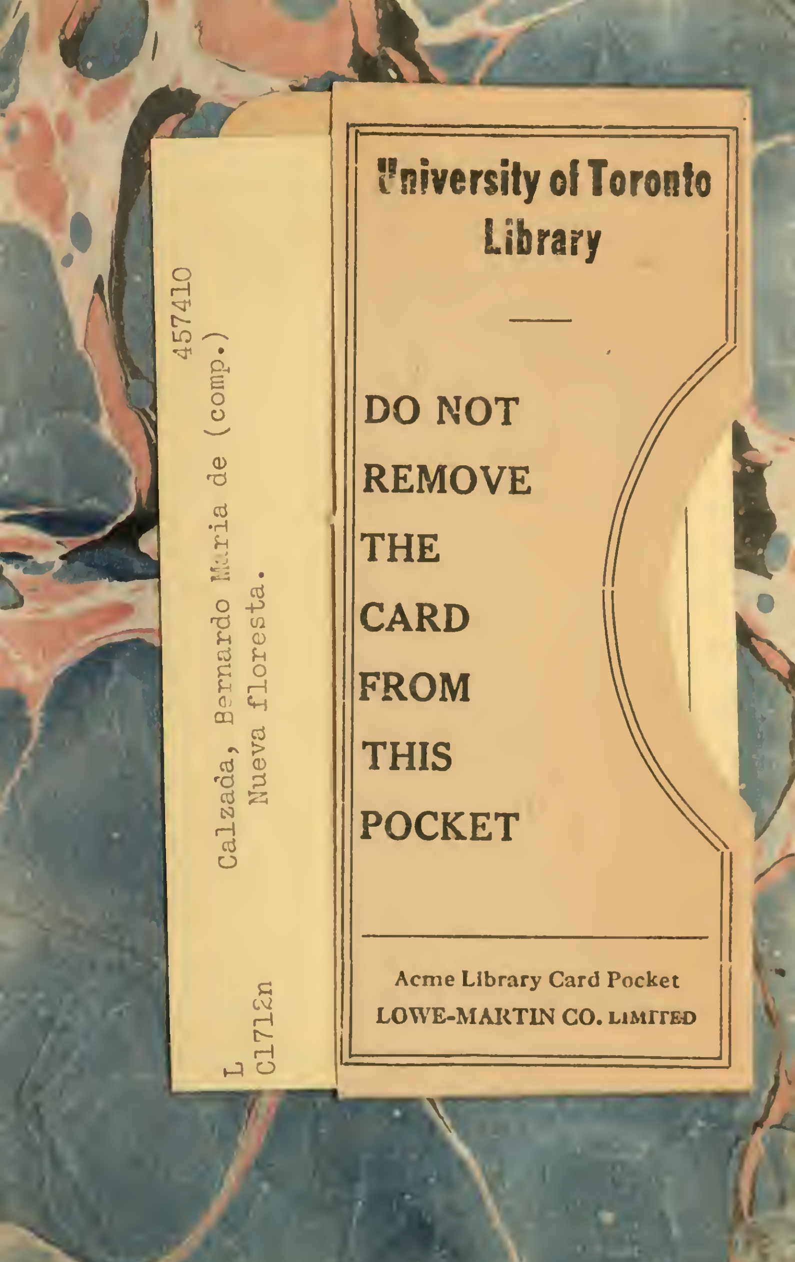
A otro Andaluz le escribió su padre diciéndole: que gastaba mucho para doscientos ducados que tenia no mas de renta. Leyó la carta en alto, y pronunció dos mil ducados. Quiso la suerte que se la hubiese estado leyendo por detras cierta Señorita, la qual le advirtió su equivocacion; pero él replicó muy fresco: *y ¿tengo acaso la culpa de que á mi padre se le haya olvidado un cero?*

Un Caballero Gascon, que habia estado oyendo hablar de las valerosas acciones de algunos Generales de exército, y particularmente de un Príncipe, que, en dos asaltos de plaza, habia matado seis contrarios con su mano, dixo exclamando: ¡*valiente hazaña para hacer admi-*

miraciones! Habeis de saber, caballeros, que los colchones de mi cama están rellenados, en lugar de lana, de vigotes de enemigos que he despachado al otro mundo con mi espada.

FIN.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
457410
Calzada, Bernardo Maria de (comp.)
Nueva floresta.
L
C1712n

